ASOCIACIÓN ARAGONESA DE ESCRITORES

Dossier 3. **REVISTA IMAN**

MÉXICO S. XXI

Adcock · Cerón · Flores · García · Garcidueñas
Guerrero · Haghenbeck · Inzunza · Monge · Ortiz
Pámanes · Posada · Ríos · Santana · Tarrab · Tristán
Uresti · Uribe · Villanueva · Velasco · Wence · Zalapa

DOSSIER *IMÁN*, Nº 3
MÉXICO S. XXI

Editado por *IMÁN*
ISSN: 2255-145X
Publicado por la Asociación Aragonesa de Escritores
Dirección y selección de Textos: Ricardo Díez Pellejero
Maquetación y diseño de edición: Carlos Bozalongo
Diseño de Portada: Estudio DosManos (estudiodosmanos@gmail.com)

Sugerencias y contacto: colectivoespoleta@gmail.com

DOSSIER 3

MÉXICO S. XXI

Editorial
7

Prólogo de Joserra Ortiz
Una mirada a la literatura mexicana del siglo XXI
9

NARRATIVA

Emiliano Monge
15

F. G. Haghenbeck
29

Joserra Ortiz
33

Adonai Uresti
41

Darío Zalapa
49

Orlando Tristán
57

Víctor Santana
63

Rodrigo Pámanes
69

Octavio Guerrero
81

POESÍA

Alejandro Tarrab
87

Juana Adcock
93

Rocío Cerón
103

Jorge Posada
109

Sara Uribe
115

Sergio Ernesto Ríos
123

Alfredo Garcidueñas
135

Gerardo Isaac García Hernández
145

Edgar Flores
151

Dulce María Villanueva González
155

Sergio Velasco
161

Bertha María Inzunza Choza
167

Daniel Wence
171

§

Editorial

Supongo que un escritor debería plantearse tratar de alcanzar a sus cuatro o cinco lectores, estén donde estén, y afinar el oído para escuchar las voces nuevas, remotas, tan distantes como distintas, para poder alimentarse de otras motivaciones y realidades, de otras formas de expresión, aunque, a fin de cuentas, compartan un mismo objetivo. No siendo hercúleas, ambas cosas se me antojan, no obstante, harto difíciles.

Tampoco sería bueno olvidar que está en la naturaleza humana probar, competir, distinguirse, mezclarse, compararse con los otros para tratar de elevarse más alto, siquiera una micra —para muchos ya una milmillonésima sería bastante—. Un ejemplo que habla de esta situación con elocuencia es la construcción de moais en la isla de Pascua. Los primeros moais no se alzaban más allá de cuatro o cinco metros; pero, a medida que la isla se fue superpoblando —y dado que, al no haber madera suficiente, no podían navegar ni competir entre los once o doce clanes en los que se dividía la isla—, les debió de dar por ahí y esculpir moais de la propia roca sobre la que vivían. La pugna llegó a situaciones tan ridículas como la de tratar de erigir un moai de 25 metros, que jamás terminó de salir de la cantera, o la de tocar las esculturas con rojos pukaos de varias toneladas, que aún hoy pueden admirarse.

Con aquellos monolíticos tótems de piedra en la memoria veo clara la importancia de la comunicación, del conocimiento que llega del exterior, del intercambio. De haber estado en contacto con otros pueblos, quién sabe si hubieran evitado el colapso y la desaparición; quién sabe si no hubieran desistido de picar roca y, en cambio, hubieran pintado a la acuarela o competido en las olimpiadas polinésicas..., o hubieran escrito para una revista.

Por ello, un año más, hemos querido doblar el mapa para juntar a las gentes de entrambas orillas y presentar un dossier que nos ayude a acercarnos a la realidad literaria mexicana del siglo XXI.

Si este dossier sale adelante es gracias al apoyo e implicación de muchas personas. Especialmente quiero agradecer a José Ramón Ortiz por haber sido nuestro mejor aliado desde el otro lado del charco y por haber prologado la antología. También quiero reconocer el esfuerzo y el empuje de David Bendicho, cuya labor ha sido decisiva.

Como siempre, realizar una selección de textos y autores es algo tan parcial como arbitrario. Al igual que hicimos con el dossier *Uruguay S. XXI*, la idea de partida es poner a disposición de nuestros lectores textos que no podrían encontrar en el estante de librerías ni bibliotecas locales y que, por la variedad de espectro —me refiero a edades, estilos, momento del crecimiento literario del cada escritor…— de quienes componen esta recopilación, pudieran establecer un cuerpo literario válido como muestra de lo que, ahora mismo, rebulle en tierras mexicanas o, al menos, en su epicentro: México DF, San Luis de Potosí, Michoacán, etc. Vayan también por delante nuestras disculpas por no haber podido llegar a más rincones, a más Méxicos dentro de México.

Por lo demás, tan solo desear que os sea de agrado este esfuerzo por no ser moais que, de espaldas al mar, tutelan el colapso endogámico de nuestra particular isla literaria; por girarnos, abrirnos y contemplar la paleta de colores de estas otras voces que sobrevuelan el Atlántico a lomos de estas páginas.

Gracias por seguir apoyándonos.

Ricardo Díez Pellejero
Director de la revista *IMÁN*

Una mirada a la literatura mexicana del siglo XXI

Joserra Ortiz*

En 2004 Jorge Volpi publicó una de las reflexiones más interesantes que hasta entonces se habían hecho sobre la literatura escrita en español en nuestra orilla atlántica: "El fin de la narrativa latinoamericana", aparecida en la *Revista de crítica literaria hispanoamericana*. El novelista y crítico mexicano, para entonces ya muy afamado por la visibilidad que le había dado a la llamada Generación del crack, destacaba que la crítica especializada en nuestra novelística, sigue una tendencia poscolonial que enfatiza la atención a aquellas obras que giran sobre el eje de la identidad nacional frente al cosmopolitismo. Fiel a su propio *ethos* creativo, en el que sobresale su frecuente intención de escribir historias que no ocurren en México ni les suceden a mexicanos, y en un derroche de imaginación futurista, Volpi destaca dos cuestiones que me parecen importantes para pensar en nuestra tradición literaria: 1) la inexistencia de una tradición literaria de calidad en el continente antes de la aparición de Borges y Rulfo; y 2) la conciencia en cierta estirpe de narrador latinoamericano de desnaturalizar su escritura para integrarse en un mercado literario internacional.

Quizá el primer punto sea un poco exagerado, pero cuando menos como invitación a la reflexión resulta interesante ponderar el surgimiento de una literatura continental en dos poéticas tan distantes entre sí: la de uno basada en el placer bibliófilo exquisito, y la del otro en la carencia como discurso.

El segundo planteamiento, sin embargo, no resulta para nada hiperbólico, pues sí es bastante patente que el mundo universitario ha establecido un canon libresco en que se pueden estudiar cuestiones paradigmáticas muy

*Doctor en estudios hispánicos por Brown University (2012), y actualmente profesor investigador de tiempo completo en la licenciatura en lengua y literaturas hispanoamericanas en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, donde también dirige el fondo editorial.

específicas que, cuando menos, sirven para dar una apariencia de orden al vastísimo archivo geotextual latinoamericano, sobresaliendo el tema de la identidad. Lo que hace la crítica, sin ir más lejos, es proponer un sesgo historicista que finge una evolución natural de nuestra literatura (como ocurre, por supuesto, con todas las literaturas reguladas por una seudociencia analítica), haciéndonos creer que hay una constante temática que inicia, por ejemplo, en las cartas de Colón o de Cortés, se continúa en la poesía de Balbuena, llega a Bolívar, pasa por Martí, se estaciona en Rodó, estalla en Carpentier y se vuelve materia universal con García Márquez. No es este el momento ni el espacio para discutir un tema tan grave, pero sí conviene llamar la atención sobre el mismo, precisamente porque me parece una cuestión indiscutible que los primeros ya casi veinte años del siglo XXI, hayan ocurrido sin que supere todavía este estancamiento crítico. Los que alguna vez fueron considerados los grandes temas de la literatura americana en español, se han ido desfasando paulatinamente desde, por poner alguna fecha, el ánimo del cambio de siglo que trajeron consigo fenómenos revitalizadores como una nueva concepción de lo nuevo en las poéticas de McOndo y la de los enterradores, así como la paulatina y lamentable desaparición de quienes fueron los jerarcas de la producción literaria durante el grueso de la segunda mitad del siglo XX.

El caso de México me parece particularmente evidente, no solo porque es la literatura que tengo más inmediata y, por lo tanto, me es más visible, sino también porque en la producción más contemporánea, entiendo los diversos cambios que está viviendo el campo literario y su producción narrativa. Por un lado, tal vez el más anecdótico, tenemos una fortalecida generación de autores que comenzaron a publicar en la década de las noventa, cuando eran aún muy jóvenes en su mayoría y que se formaron en revistas no siempre exclusivamente literarias, que revitalizaron (o, sencillamente, lanzaron), modelos y propuestas creativas ignoradas por casi todos los predecesores (Carlos Fuentes sería una excepción en toda regla), sobre todo dentro de las literaturas que desde Alberto Chimal hemos tendido a catalogar como "de la imaginación". La producción de relatos y novelas de ciencia ficción, a la par de los textos de corte más propiamente fantástico, han coincidido con una vitalidad nunca antes vista del género policial o meramente criminal. Igualmente, un nuevo aprecio por la crónica (mal y poco practicada en el siglo de los novelistas), ha acercado nuevamente a la

clase literaria con la práctica del periodismo de fondo o de investigación, junto a una literatura de corte más intimista que explora los horrores y los errores del yo en megalópolis enfurecidas donde, a pesar del tumulto, se está muy solo. Los autores que hoy producen y leo, además, han llegado a las mesas de novedades con sus propias bibliotecas personales en las que sobresalen, junto a escritores contemporáneos internacionales, algunos de los llamados "raros" de la literatura mexicana, en su mayoría escritores y escritoras que habían estado acumulando polvo durante una o dos generaciones. Ahí el rescate de las obras de Francisco Tario, Ámparo Dávila, Rafael Bernal o Josefina Vicens, por mencionar solo cuatro de entre todos los que veo leer con avidez a la mayoría de mis estudiantes de la licenciatura en letras.

Otra realidad de la literatura mexicana actual es su sorprendente internacionalización, ya no solo en la variedad de temas o escenarios contemplados, ni tampoco en ese ánimo cosmopolita que siempre ha tenido parte de la escritura americana, sino a la visibilidad que muchos autores tienen a nivel global, en materia de traducciones o ediciones trasatlánticas. Por supuesto que, en parte, esto es resultado de la fortaleza que para la industria librera han sido las ferias internacionales del libro, con la de Guadalajara a la cabeza, pero también del carácter universal que ha tomado gran parte de la escritura reciente en sus autores que producen en gran parte de las capitales culturales del mundo, desde Nueva York, a Barcelona, pasando por Berlín o Buenos Aires. Como es lógico, el territorio habitado produce un relato en particular, lo que ha ido deslocalizando a cierta narrativa mexicana del propio México, y sus costumbres. Este es un fenómeno transhistórico, se me dirá, y con toda razón, pero también es cierto que lo que era la excepción y ya no lo es tanto y esto también va en concordancia con la realidad que hoy vive el país en el plano internacional. México, como nación migrante de aquí para allá y de allá para acá, explora hoy ese drama en muchas de sus mejores plumas, curiosamente con mayor persistencia en la literatura de corte infantil.

Sin embargo, no se puede negar que el tema más visible de la literatura mexicana es el de la violencia, casi siempre de corte criminal, en concordancia con la realidad inmediata que sufre la nación, de forma más grave desde que se declaró la guerra militar contra los cárteles de la droga desde 2006 y que ha producido

cientos de miles de muertos, desaparecidos y movilizados por toda la geografía del país. Como es obvio, es la literatura de corte policial la que más ha bebido de este tema, produciendo una revolución en el género que ya no vuelve a los temas que fueron propios a esta clase de textos, como el de la militancia político-intelectual. Algunos de sus detractores la llaman peyorativamente "narcoliteratura", por la centralidad con que figuran ahí personajes provenientes de la cultura, o el imaginario, del trasiego ilegal de drogas en la frontera con los Estados Unidos. Estas novelas suelen seguir a un héroe investigador que se enfrenta a capos o células delincuenciales para encontrar una verdad. Las calidades son variadas, algunas novelas, como las del maestro Élmer Mendoza, las de Bernardo Fernández BEF o las de Hilario Peña son muy divertidas, al tiempo que informadoras de las mutaciones que sufre el género en México, ya sea porque algunas se inclinen a un formato más tradicional, que otras que tienden a mezclar su registro con el de otras literaturas de masas, como el cómic, el western o el cyberpunk. Destaco en este panorama, por sobre sus colegas de generación, el trabajo del también periodista Imanol Caneyada, cuya literatura informa de manera muy objetiva sobre hechos criminales diversos y cotidianos, como la trata de blancas, el abandono de los desprotegidos, las torturas policiales y, en el caso de su novela más reciente, *49 cruces blancas*, el acontecimiento real de un incendio en el parvulario ABC, todavía impune por la corrupción gubernamental, y en donde fallecieron medio centenar de bebés menores de tres años.

Creo que, en este sentido, el dossier que presenta la revista *Imán*, resulta bastante informador y ejemplar de algunas de las generalidades que hasta aquí he notado. Distingo una variedad muy amplia de registros y éticas literarias entre los autores congregados, así como una intención descentralizadora que permite intuir la complejidad y multitud de voces y experiencias de todo un país y no solo una región —la capital, históricamente el centro del discurso artístico mexicano. Hay también autores pertenecientes a muy distintas generaciones: desde algún representante de la generación de los 60, hasta jóvenes plumas que no pasan la veintena de edad. Pero el fuerte de esta ventana a la literatura que se practica hoy en México, más allá de su pluralidad, es el de actualizar nuevamente nuestras referencias sobre lo que se escribe hoy mismo al otro lado del mar, en una orilla de nuestro idioma que, por la costumbre del canon, tiende a fijarse en los nombres comunes y a ocultar lo nuevo. Por supuesto que los medios

masivos y nuestra realidad digital cada vez permiten menos el estancamiento, la literatura en español nunca había estado más cerca de sí misma que ahora y, sin embargo, no está de más echarnos de vez en cuando un cable trasatlántico en el que reconocernos.

San Luis Potosí, México
Octubre de 2018

§

Emiliano Monge

Ciudad de México, 1978. Es escritor y politólogo. Ha publicado la colección de relatos *Arrastrar esa sombra* (Sexto Piso, 2008) y la novela *Morirse de memoria* (Sexto Piso, 2010).

El instante indicado

Estás muerto, recuerda Osmar terminando de pintarse. Siempre que se mira ante un espejo y no se reconoce lo repite. Le da miedo que lo olviden a él o al personaje: hace quince años morimos. Entre sus pies, echados, los tres perros que encontró en el canal, no debían tener ni una semana, lo contemplan. El macho chilla cuando Osmar gira el cuerpo y sin quererlo le pisa la cola: intentaba alzar del suelo su maleta. Perdón, Benito, se disculpa sobándole un instante la cabeza a su mascota. Luego deja la maleta encima del lavabo, jala el cierre, saca la peluca y se la pone: estamos listos. Antes de cerrar la puerta del baño, Osmar aguarda a que salgan sus tres perros. Apúrate, Josefa, ordena a la más necia y cuando ésta por fin sale hacia el pasillo añade: qué bien se te ve tu nueva falda. Hace apenas dos semanas, les compró a sus perros los disfraces que el nuevo acto ameritaba. En la sala, mientras los perros aguardan ansiosos, Osmar mete en la maleta sus tirantes, sus zapatos de bola, la botella de agua que sacó recién del refri, su overol de tres colores, una bolsa con croquetas y las naranjas que anteayer le regaló una vecina: esa mujer que lo sigue a todas partes y que en más de una ocasión le ofertó amor eterno: *Araceli, mejor consíguete a uno vivo.*

Antes de marcharse, Osmar busca en el desorden de la mesa la dirección a donde deben presentarse. Tras hallarla, lee el papel una, dos, tres veces, enterrando la instrucción en su memoria. Encaminándose a la puerta, descarta los caminos que se oponen a su prisa: otra vez se le ha hecho tarde. *Por lo menos está cerca*, dice arrebatándole a un clavo las correas de sus perros y las llaves de su pesada camioneta. *Además está pegado al canal, bastará con irnos recto*, añade amarrando a cada perro su correa y abriendo la puerta. Desde ahí, justo antes de cerrar la puerta nuevamente, Osmar revisa el espacio: nunca fue de poseer mayores cosas: una mesa de aluminio, dos sillas de plástico, las camas de los perros, la fotografía del cadáver de una camioneta y el televisor que se ganó hace un par de años, en la rifa de la unidad en donde vive. Esta unidad que atraviesa acicateando a sus perros: *órale, Benito; ándele, Josefa; vamos, Antonieta.* No necesita que los niños que aquí viven lo descubran y que entonces lo retrasen con sus súplicas de siempre: *una bromita, aunque sea una, qué le cuesta.* Tiene que apurarse y para colmo también debe bajar hasta la orilla del canal, donde habrá de dirigirle unas palabras al esqueleto que en el centro de las aguas se oxida y se deshace. Acostumbrados

como están a este ritual, los perros se detienen en donde Osmar deja su maleta y suelta sus correas. Ninguno lo acompaña hasta la parte más agreste, donde la hierba crece alta y salvaje. Aquí solamente vienen los que quieren tirar algo. O los que a cuestas cargan un motivo tan pesado como el de Osmar, que en la orilla del canal, a punto de mojarse los zapatos, asevera: *hace quince años exactos. Aún me rige lo que ustedes me enseñaron*, suma observando en la distancia el amasijo de metales retorcidos: *no me fío de la cara de la gente, me fío sólo de su risa.* Tras decirlo, Osmar empieza a contar en silencio y por primera vez en años dice los nombres de sus padres y su hermana. Entonces, a pesar de que el calor es agobiante y de que no atraviesa el cielo ni una nube, escucha varios truenos y un calambre lo recorre, lo sacude y le arranca de la boca la oración que dijo el día que lo adoptaron: *la única forma de que pueda seguir vivo es pensando que estoy muerto.* Minutos después, tras haber recuperado la entereza y tras haber también cruzado la alta hierba de regreso, Osmar vuelve hasta sus perros, sin dejar de contar en el silencio de su mente. Levantando las correas, acicateando nuevamente a sus bestias y alzando su mochila, cruza la avenida en sentido opuesto al de hace un rato. Esta vez, sin embargo, y a diferencia de otras tantas, siente que el pasado le ha calado hasta los huesos. Cuando llega a la unidad en la que vive, echa a correr a su pesada camioneta, convencido de que así compensará el tiempo perdido y se alejará también de todo aquello que le imponen los metales oxidados. Pero al llegar a su vehículo, abollado y despintado, Osmar recuerda otra vez aquella noche en que la combi de sus padres fue sorprendida por una tempestad inesperada. Y abriendo la puerta trasera, mientras sus perros suben dando un salto, también se acuerda del momento en que esa combi fue arrastrada por el agua. *Lo importante es que jamás les he fallado, eso es lo único que cuenta*, se dice tratando de encender su camioneta y es así que por fin deja de contar en las profundidades de su mente. *No he hecho nada diferente de lo que ustedes habrían hecho*, insiste y se convence de estarse despidiendo de esa hermana y de esos padres que vendían artesanías, no creían en la gente y no tenían otro refugio que la combi reducida en el canal a su esqueleto.

Y es también así que Osmar asevera: *por favor no me hagas esto, hoy no me chingues*, bombeando el embrague de su pesada camioneta y dando marcha, una y otra vez y una más a su contacto: *ve lo tarde que se me hizo, por favor, en serio enciende.* Cuando está a punto de rendirse y de bajar para buscar a algún vecino que lo ayude a empujar el armatoste, éste enciende exhalando una espesa nube negra

y Osmar condensa su alegría en un sonido gutural y le sonríe al espejo: *estás muerto.*

Hoy hace quince años exactos, añade mecánicamente y tan feliz como apurado deja atrás el sótano de la unidad en la que vive. Entonces encara la avenida y, esperando a incorporarse, intenta leer el último grafiti que pintaron sus vecinos. Así observa a los pequeños de los que había creído escaparse: están jugando en la banqueta un juego que él nunca ha jugado.

Ingresando en la avenida, Osmar saluda a los pequeños y después toca el claxon, que al instante truena como risa tartamuda y descompuesta. Felices, los niños corren tras la pesada camioneta varios metros, despidiéndose de Osmar y sus perros, quienes de pronto han empezado a ladrar sobreexcitados. Volviendo el rostro sobre un hombro, les pregunta: *¿cuándo van a acostumbrarse, cómo pueden seguirse emocionando todavía?*

Mejor vamos a ensayar su nuevo paso, anuncia apurando la marcha y volviendo nuevamente la cabeza ordena: *¡el castillo!* Rebasando un par de coches y observando de reojo, en el retrovisor de su armatoste, cómo Josefa se encarama encima de Benito y cómo salta sobre ellos Antonieta, Osmar se siente orgulloso y les festeja la gracia a los perros silbando y aplaudiendo. Luego mira la luz ámbar de un semáforo y molesto cambia un par de marchas.

Aminorando la velocidad: se acerca al semáforo que hace nada le mostrara su luz roja, Osmar inclina el cuerpo a su derecha, estira el brazo, abre la guantera y al sacar los premios de sus perros tira, sin quererlo, un papel muy bien doblado. *Lo recojo ahorita que frenemos*, se dice e incorporándose a la fila que han formado varios coches, saca tres galletas de la bolsa que sostiene y se las lanza a sus bestias.

Tras guardar otra vez la bolsa, Osmar estira aún más el cuerpo, se hunde en el espacio del copiloto y con las uñas alcanza el papel que lo hace ahora dudar si darse o no darse un pase: no le gusta jalar coca cuando va rumbo al trabajo. Pero tampoco es que éste sea un día cualquiera. *Hoy se cumplen quince años*, piensa Osmar y en silencio empieza a contar de nueva cuenta: ocho, nueve, diez, once, doce.

Entre sus dudas y sus ansias, con el papel entre las manos, Osmar escupe esa oración que lo ha venido acompañando desde siempre: *estoy muerto y nada me hace lo que le hace algo a los vivos.* Con una agilidad sorprendente, sin emerger del espacio reservado a los pies del copiloto, levanta la nariz roja y redonda bajo

la cual está la suya, desdobla el papel y se acalambra la cabeza con tres puntas. Antes de que se limpie las fosas, oye como detrás suyo estallan varios cláxones y angustiado dobla el papel de nueva cuenta. Cuando por fin vuelve a erguirse, la luz roja ha vuelto a encenderse y sólo avanza un par de metros. Detrás suyo, a los cláxones se suman los insultos de otros conductores y Osmar siente que en el pecho el corazón se le acelera: sabe, por experiencia personal y por historias que ha escuchado, que pegarle a un payaso es deporte en la colonia donde vive. Asustado, saca el brazo y se disculpa ante los otros conductores levantando el pulgar contra el cielo, justo antes de que uno se bajara de su auto. Con el brazo nuevamente dentro y con la mano otra vez en el volante Osmar mira el semáforo que sigue aún en rojo, observa más allá el tendedero de un viejo edificio y aún más lejos ve un avión cruzando el cielo: *¿se verá desde allá arriba lo que queda de su combi?*

Cuando está por responderse, en la ventana de su pesada camioneta irrumpe el rostro de un pequeño que mendiga unas monedas y el corazón de Osmar vuelve a acelerarse. Esta vez no es el temor a una golpiza lo que truena en su pecho sino el recuerdo de los golpes recibidos hace tiempo. Empezando a contar de nueva cuenta en lo más hondo de su mente: dos, tres, cuatro, cinco, Osmar saca unas monedas, se las pasa al pequeño Y suplicando que se ponga la luz verde, intenta escapar del derrotero que podría tomar su mente.

Pero a pesar de que la luz verde se ha puesto, de que ha cambiado un par de marchas, de que sigue todavía contando: diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuno, de que otra vez ha acelerado su armatoste y de que ha empezado nuevamente a hablarle a sus perros, no consigue que su mente lo aleje de esos años que le duelen aún más que los otros. De nueva cuenta está aquí esa familia que hace tiempo lo adoptara. Y otra vez está aquí su entrenamiento en el andar del niño ciego y en los ruegos del que pide. Y otra vez están también aquí, en el interior de su pesada camioneta, el letrero, la lata, el bastón falso y los vagones. *A los fantasmas no pueden herirnos*, pronuncia Osmar, igual que se decía en aquellos años. *Ya no pueden lastimarnos porque no tenemos nada que nos duela*, insiste rebasando a un camión de gas y a un par de coches. Y no pueden tampoco agarrar lo que nosotros traemos dentro, remata acelerando la marcha, colocándose de nuevo la nariz color carmín y consiguiendo al fin que el pasado se retire al lugar en donde vive.

No pueden quitarnos el aliento, asevera un par de cuadras después, cuando la cal-

ma ha vuelto a su mente pero no a su organismo, cuando ha visto el letrero que le avisa: ya está cerca esa calle que deseas, y cuando al fin acepta que no puede hacer más nada, que llegará tarde a la fiesta. Es lo mismo que su madre le decía todas las noches, acercándole la boca a los labios y fingiendo que soplaba: *lo único que siempre será tuyo es el aliento.*

Eso nadie va a decirme que no ha sido siempre mío, asegura sintiéndose feliz de nueva cuenta y reduciendo la velocidad con la que avanza su pesada camioneta gira en la calle en la que se alza ese salón donde muy pronto va a acabar la fiesta. Volviendo el rostro nuevamente y observando así a sus perros, Osmar ordena: *vayan calentando, estírense que vamos a dejarlos boquiabiertos. A ver si así perdonan que lleguemos a esta hora, a ver si así nos pagan.*

¿Está listo Benito, preparada ya Josefa, Antonieta concentrada?, inquiere al tiempo que en silencio sigue todavía contando y busca, con los ojos, el salón en donde aún cree que esperan su llegada. Lo que observa, sin embargo, es a un grupo de personas que a lo lejos le hacen señas. Acelerando su pesada camioneta, Osmar se dirige hacia su encuentro, tocando el claxon varias veces y rogándole a sus perros: *estén listos, hoy tenemos que impactarlos.*

Cuando llega hasta el lugar en que la gente yace concentrada, nota que las puertas del salón están cerradas y aceptando que la fiesta ha terminado gira el rostro una última ocasión: *se me hace que hoy no hubo trabajo. Esta vez nos la pelamos*, añade luego pero al instante le devuelve su atención a los que están aún en la calle. Es así como observa que en el centro de ese círculo que forman los que estaban esperando llora el niño del cumpleaños.

Y en un instante esa gente se aleja del pequeño, rodea la camioneta y enfurecida golpea la hojalata. Sintiendo el peso de sus odios, Osmar entiende que se le ha hecho también tarde para huir y en vano lucha con el vidrio de su puerta. Los brazos del padre del pequeño lo sacan del pesado armatoste y lo avientan al asfalto, donde varios hombres y mujeres, alcoholizados y furiosos, lo despojan de su ropa y lo patean con rabia viva, mientras sus perros ladran desquiciados.

Al final, hombres y mujeres van cediendo ante el cansancio uno tras otro. Todos menos el padre del pequeño del cumpleaños. A este hombre no le importa ser el único que sigue reduciendo el amasijo que ya es Osmar, quien al borde del desmayo sigue todavía contando. Está seguro de que basta con decir el número correcto en el instante indicado para desaparecer. ¿O no es esto lo que hacen los que están desde antes muertos?

Todos nuestros odios

Un mes después de que Cristóbal y Mauricio —que no tendrán aquí mayor cabida— dieran por muerta a la pequeña que tiraron junto al cuerpo de su abuelo y varios otros cuerpos, en los terrenos que para esto utilizaban cada tanto, tuvo lugar el juicio que habría de resultar en el castigo de Ana Agravia, quien para entonces había perdido ya las simpatías de todos los hombres y mujeres que siguieron su caso desde que éste comenzara.

Catorce años de prisión, sin reducción posible de condena, ordenó el juez hace apenas unos días, en presencia de la parte acusadora, de los secretarios del ministerio, de los miembros de la prensa, de algunos representantes de ONG, de varios colados y del abogado defensor que por oficio le había sido asignado a la niña del cráneo diminuto, quien por supuesto nunca conoció —antes de la vista, el proceso y la pena— el escrito de la parte acusadora o la alegación de su defensa.

De cualquier modo, dijo el letrado defensor ante los contados reporteros que se reunieron aquel día ante las puertas del tutelar de menores de San Fernando, la pequeñita no habría podido leer ningún escrito. No los habría comprendido, añadió el facultativo, aunque los hubiera sostenido entre las manos. Y es que en algún momento del enredado proceso —demasiado tarde, en mi opinión— la defensa decidió replegarse y articular sus argumentos en torno a las primeras impresiones que externara el público, todavía simpatizante de Ana Agravia, arguyendo que ella era una pobre extranjera desvalida, inútil y sin valor comercial alguno.

Así que no, no creo que esta situación —no haber tenido acceso a los documentos— haya determinado el resultado de este juicio, remató el leguleyo, apartando de sí los micrófonos y murmurando, por lo bajo: Ana Agravia tiene una discapacidad y esto tenemos que aceptarlo. Por su parte, la pequeña microcéfala, quien apenas hacía semana y media sorprendiera al país con su elocuencia, al ser interpelada por un manifestante —que tampoco tendrá aquí mayor cabida—, atinó únicamente a repetir lo mismo que venía refrendando a últimas fechas: no blo i igo ni tiendo.

¿Pero cómo es que el caso de Ana Agravia, que en su origen despertara incontables apoyos hacia la niña desamparada, dio un giro tal que terminó en su

condena, por parte de la autoridad, y en su repudio —podría decirse incluso linchamiento—, por parte de la sociedad del país al que ella había llegado en compañía de su familia, una familia que había ido desapareciendo a lo largo de su viaje en busca de una vida nueva?
Aunque no sé si podré explicarlo, trataré de hacerlo apegándome, en la medida de lo posible, a los testimonios y opiniones a los que he tenido acceso, así como reconstruyendo los hechos principales con la información que he recabado y, por supuesto, utilizando la experiencia que me otorgan años de inmersiones en peritajes legales y en el análisis de los cambios que se gestan al interior de la opinión pública. Ésta es, pues, la historia de Ana Agravia.

El 22 de diciembre del año 2014, hacia las tres de la madrugada, los hermanos y policías Gustavo y Alejandro Morales —quienes tampoco tendrán aquí mayor cabida, como no la tendrán nunca en otra página, documento o libro escrito— llegaron a El Amparo, famoso barrio de la periferia de Santo Tomás, tras ser advertidos de que en los baldíos que delimitan ese sitio se habían escuchado gritos, múltiples detonaciones y lo que parecían ser los motores de varias camionetas.
Apenas descender de su patrulla, maldiciendo a la fortuna por haber sido en su turno cuando avisaron de estos hechos, que los tenían allí en los lindes de El Amparo, los hermanos Morales escucharon un terco y fastidioso lloriqueo. Encendieron sus linternas, sacudieron sus cabezas y se dirigieron, quejándose en voz alta, hacia el origen de aquel llanto, donde encontraron el cuerpo de Ana Agravia, aferrado a la pierna izquierda de su abuelo. A varios metros del viejo y de la niña, cuya cabeza diminuta en aquel momento no notaron los agentes, yacían otros cadáveres.
Lo que faltaba, aseveró Alejandro apuntando su linterna hacia Gustavo: que nos dejaran una viva. Esto va a ser un desmadre, soltó, por su parte, el mayor de los Morales, acercándose a la niña y al viejo y sintiendo cómo el coraje se adueñaba del resto de su cuerpo: vuélvete mejor a la patrulla y diles que nos manden ambulancias y peritos... ya estuvo que nos vamos a quedar toda la noche. ¿Y le hablo al Pano?, preguntó Alejandro caminando ya hacia la patrulla: ¿o esperamos otro rato? Avísale a ése también de una, respondió Gustavo alumbrando a Ana Agravia: por lo menos que nos deje esto una lana.
Una hora después, hacia las cuatro de la madrugada, el ajetreo en El Amparo era absoluto: los policías se movían como enjambre, los paramédicos tendían

sobre el suelo una sábana tras otra y los peritos dejaban sus marcas por aquí y por allá. Por su parte, los vecinos, tras la cinta que Gustavo y Alejandro habían tendido hacía un rato, atestiguaban todo entre cansados y aburridos y el Pano, cuyo nombre de pila es Felipe, tomaba apuntes y fotografiaba todos los detalles que habría de mencionar en la nota que publicaría al día siguiente, con un titular en forma de pregunta: "¿Inocente niña entre doce asesinados?"

Para cuando llegó el amanecer, El Amparo finalmente había quedado desierto: los muertos habían sido trasladados a la margue, los policías habían vuelto a sus casas, los peritos habían redactado sus informes, los vecinos desayunaban discutiendo su desvelo, Ana Agravia descansaba en su cuarto del hospital municipal de Santo Tomás, vigilada por los federales que la habían escoltado hasta ese sitio, y Felipe leía orgulloso, podría decirse incluso que exultante, el ejemplar de Noticias del Golfo que, en portada, presentaba dos de sus fotografías y el texto íntegro de su reportaje.

El mismo reportaje vago, suspicaz y mal escrito que al día siguiente, tras el revuelo que causara en Santo Tomás, sería reproducido por la mayoría de los periódicos de circulación nacional, convirtiéndose en la causa principal de que la historia de Ana Agravia se transformara en asunto de todos y en un caso digno de las autoridades federales. Y es que el escrito de Felipe, apenas 48 horas después de los sucesos acaecidos en los terrenos de El Amparo, había dividido en dos a la opinión pública y había inoculado en la médula de ésta un evento que, en lo general, era igual a tantos otros sucedidos diariamente en el país pero que, en lo particular, tenía a una niña discapacitada como víctima. O como culpable.

Así que apenas 72 horas después de los hechos ya narrados, cuando a nadie le importaba lo que pudieran contar las autoridades locales o lo que pudiera añadir Felipe —quien había lanzado la primera piedra pero había sido olvidado por la opinión pública muy pronto, por lo que tampoco tendrá aquí más cabida—, todos los habitantes del país, sin importar su clase, raza o estrato social, se habían convencido a sí mismos de estar en posesión de la verdad absoluta. Tanto en las plazas como en los cafés, las escuelas, las oficinas, los medios de comunicación y las redes sociales, los ciudadanos clamaban por conocer todos los detalles, convencidos de que al hacerse pública la información completa del caso, ésta no vendría si no a darles la razón.

Por supuesto, a todos estos ciudadanos les daba igual que esa información, por la que no habían dejado de clamar y por la que estuvieron suplicando en silen-

cio varios días, fuera la versión de Ana Agravia, la historia de vida de esa niña narrada por la voz de algún conocido, la confirmación o la negación de su discapacidad o los rumores que sobre su familia empezaron a correr, sin que pudiera asignárseles un origen claro. Pero ¿qué decían estos rumores? Los principales: que la familia de Ana Agravia huía de su país tras matar a varios habitantes de su pueblo; que huían más bien tras descubrirse una red de trata de discapacitados que ellos regenteaban; que escapaban de un grupo paramilitar que quería asesinarlos, o que, como tantos otros, sólo buscaban un futuro mejor y más promisorio.

Fue entonces, en mitad de la apoteosis desatada por la rumorología, que la información que tanto ansiaba la opinión pública se hizo presente, aunque de forma extraña, inesperada y a la vez inevitable. Ocho días después de la tragedia, una enfermera del hospital municipal de Santo Tomás colgó en su muro de una conocida red social un video en el que podía verse a Ana Agravia. Por fin, el centro momentáneo de la nación se presentaba ante los ojos que no querían ver otra cosa. Sentada en la cama de su cuarto, desayunando, conectada por vía intravenosa a una bolsa de suero y por diversos cables a un enorme aparato, la pequeña microcéfala observaba, con atención difusa y la mirada vacía, la pantalla de un televisor, que en la grabación apenas podía distinguirse.

No tuvieron que pasar ni cinco minutos para que el video referido se viralizara y para que las miradas de todo el país, no conformes con ver a Ana Agravia en su suplicio una vez, repitieran éste otra, una más y varias veces. Como también fue una cuestión de apenas media hora que la opinión pública, hasta entonces dividida, se replegara casi entera al lado de la pobre y sufrida niña idiota. Lo mismo, por supuesto, hicieron la mayoría de los expertos, periodistas y autoridades nacionales, quienes durante los días previos no habían dejado de comentar la matanza en las pantallas de todos los canales de televisión, en la mayoría de las estaciones de radio y en casi la totalidad de las columnas de los periódicos. Y es que lo que se podía observar en el video no era solamente a una niña abandonada a su suerte y sin nadie que estuviera a su lado, sino a una niña clara y evidentemente discapacitada: la cabeza de Ana Agravia, en efecto, era diminuta y el movimiento de sus manos, al acercarse la comida hacia la boca, parecía implicarle un esfuerzo titánico. Además, la pequeña desvalida, que parecía no tener frente ni tampoco parietales, se reía, de tanto en tanto, de una forma sumamente extraña pero también intensamente tierna. Y dirigía hacia la nada

miradas desdichadas. Para colmo, su piel parecía haber sufrido, en otro tiempo, diversas quemaduras y presentaba, en los brazos y en las piernas, moretones y heridas recientes.

Los niños con microcefalia me parecen preciosos, comentó en cadena nacional uno de los escritores más importantes del país: si fuera Durero, haría un estudio sobre sus proporciones, su belleza y su inocencia. La ternura que me inspira la deformidad de esta pequeña, añadió después el músico más famoso de la nación: sólo puedo compararla con la ternura que siento cuando hablo con Dios. Por su parte, el conductor del noticiero de mayor audiencia, aseguró que, tras haberlo consultado con varios médicos, por supuesto expertos en la materia, podía asegurar que: un niño con microcefalia es absolutamente incapaz de hacerle daño a otro ser humano e, incluso, de llevar a cabo siquiera un acto que pudiera ser motivado por 1o que comúnmente denominamos como "el mal".

Así pues, doce días después de la tragedia acaecida en El Amparo, todo parecía indicar que Ana Agravia se había liberado de las dudas que recaían sobre su persona y que la opinión pública, en general, se había convertido en su mayor aliada. Además, la autoridad, que seguía buscando a los culpables de la matanza, había declarado que no consideraba a la pequeña más que otra víctima de la violencia desatada en Santo Tomás y que, por ningún motivo, era considerada sospechosa. Los medios, mientras tanto, se peleaban por conseguir una entrevista en exclusiva con Ana Agravia, la gente organizaba colectas para su futuro, las ONG intentaban convertir su caso en la bandera que les permitiera hablar de los horrores de la inmigración y no pocas empresas se peleaban por convertir el rostro encogido de la niña en imagen de sus marcas.

Incluso el gobierno del país donde Ana Agravia y su familia habían nacido se ofreció, cuatro días después de la aparición del video que grabara la enfermera, a pagar todos los gastos que generara la recuperación y posterior repatriación de la pequeña de cabeza diminuta, a quien, por otra parte, la opinión pública empezaba poco a poco a olvidar: a nadie parecía importarle una inocente. El primer mandatario de la nación vecina, además, no dudó en prometerle a Ana Agravia un futuro promisorio: será acogida por una de nuestras mejores familias... lo difícil será elegir una entre todas las estirpes ilustres que se han ofrecido a adoptarla, aseveró el político y sus palabras fueron reproducidas por las cadenas televisivas y radiales de nuestro país, aunque ya sin mayores cuotas de audiencia.

Justo entonces, al abogado defensor que le había sido asignado por oficio a Ana

26

Agravia —hombre menudo que con tristeza sentía cómo los focos le retiraban su halo caprichoso con el pasar de los días y con la vuelta de la nación a su normalidad— se le ocurrió convocar a una conferencia de prensa, en la cual anunció otra conferencia de prensa: la pequeña niña microcéfala iba a agradecer a la nación su cariño y apoyo. Además, aprovecharía el momento para despedirse de los mexicanos, antes de ser repatriada a su país de origen. Lo que nadie podía imaginar era que esta conferencia, la segunda, sería el suceso que volvería a poner a Ana Agravia en el centro del debate, desatando, de nueva cuenta, las dudas y sospechas entre la opinión pública.

Unas dudas y unas sospechas que en apenas unas horas se transformaron en acusaciones y sentencias. El problema, extrañamente, no fue lo que Ana Agravia dijo ante los medios, diecinueve días después de la matanza acaecida en El Amparo, sino el hecho mismo e indiscutible de que ella, la pequeña microcéfala, fuera capaz de decir algo. Que fuera capaz de expresarse. O en otras palabras: que la discapacitada no fuera en realidad discapacitada. Y es que aunque nadie había confirmado lo anterior, la opinión pública se sintió desengañada: cómo que no es idiota esta pendeja, fue la reacción mayoritaria de los ciudadanos que vieron aparecer a la niña en sus pantallas y que la escucharon hablar como habría hablado uno de ellos.

En efecto, la microcéfala era capaz de pensar y de transmitir sus ideas. Y si era capaz de pensar y de transmitir sus ideas, ¿por qué no sería capaz de planear un asesinato y de llevarlo a cabo? ¡Hipocresía! ¡Engaño! ¡Argucias! La gente, sin importar de nueva cuenta su condición, origen o destino, gritaba enardecida y expresaba su rabia en todos los lugares en los que se hallara: privados, públicos o electrónicos. Y otra vez, en cuestión de apenas unos días, la pobre niña desvalida se convirtió en una asesina fría y calculadora; la extranjera abandonada a su suerte, en una invasora que traía con ella el mal, el odio y la violencia a nuestras tierras, y la entrañable huerfanita, en despiadada parricida.

Para colmo, al verla de cerca, en las pantallas de sus televisores y en las de sus computadoras, la opinión pública, al igual que los expertos y los conductores de los principales noticieros, descubrió que aquello que había visto en Ana Agravia no eran moretones ni heridas ni quemaduras: las manchas en la piel de la pequeña eran consecuencia del vitiligo. ¡Hija de puta! ¡Mira que querernos conmover con sus mentiras! ¡Es una embustera! ¡Intentó pasar por accidente el estigma de su cuerpo! Pocas cosas asustan tanto a los seres comunes como los males que

advierten un fantasma en sus iguales. ¡Lleva la muerte en la piel! ¡No puede ser sino malvada! ¡Cómo pudo engañarnos!

Los niños con vitiligo son particularmente envidiosos, violentos y necesitados de atención, viven obsesionados con el sexo, declaró un famoso artista, cuya madre había sido violada por un vecino destintado, en el mismo noticiero en el que, instantes después, una cantante de moda aseguró: el horror que me producen sus manchas es consecuencia del horror que sentí al ser secuestrada por una banda de satánicos cuyo líder padecía esa misma enfermedad del diablo. Por su parte, el conductor del noticiero, tras asegurar que había documentado su opinión con la de varios expertos, aseveró, mirando fijamente a la cámara: un niño con microcefalia es perfectamente capaz de hacerle daño a otro ser humano e, incluso, de llevar a cabo actos motivados por lo que conocemos, comúnmente, como "el mal".

Piensen si no en los hombres más perversos de la historia: Carlos V, Napoleón, Hitler, todos tenían cabezas pequeñas, remató el conductor que convertiría a Ana Agravia, nuevamente, en su tema central durante los días siguientes. Días en los que la opinión pública, los expertos y los medios en general terminaron por unificar su dictamen y la pequeña microcéfala, además de convertirse en el centro de todos nuestros odios, volvió a ser recluida en su cuarto del hospital municipal de Santo Tomás, resguardada ahora por cuatro soldados que le temían incluso más de lo que ella les temía a ellos y que se negaban, al igual que los doctores y enfermeras, a explicarle lo que estaba sucediendo.

Hacia el día veintitrés, cuando el cuarto del hospital donde Ana Agravia había sido encerrada ya era una celda a la que nadie tenía acceso y de la que habían sacado el televisor y los regalos que otrora le hicieran llegar a la pequeña, el presidente de su país de origen volvió a aparecer en cadena nacional. Pidió disculpas a los ciudadanos y al gobierno del país vecino —donde su mensaje ya ni siquiera fue retransmitido— y le encargó a sus autoridades que aplicaran, sobre la niña de cabeza diminuta, todo el peso de sus leyes.

Así fue como el gobierno nacional, que no había apuntado todavía hacia ningún otro sospechoso por la matanza de El Amparo, acusó formalmente a Ana Agravia y apuró todas sus instancias para que el juicio tuviera lugar lo antes posible y para que su dictamen se anunciara de forma expedita, aprovechando, además, que el caso había perdido, otra vez, casi por completo la atención de la ciudadanía: a nadie parecía importarle una culpable.

28

Pero de esto, del juicio y de la pena: catorce años de prisión, sin reducción posible de condena, ya he hablado antes. Así que no me queda más que contarles que Ana Agravia será esta misma tarde trasladada a su celda, sin presencia alguna de la prensa y sin que nadie quiera ya saber de ella pues en algún lugar, al parecer del norte del país, han nacido dos niños pegados.

F.G. Haghenbeck

Ciudad de México, 1965. Creció en Tehuacán, Puebla, donde radica. Graduado en Arquitectura, ha sido creativo en *Televisa* y guionista de narrativa gráfica en DC Comics. Desde 2005 se dedica totalmente a escribir narrativa. Reconocido por su obra en el género Noir, ha publicado novelas, libros juveniles y novelas gráficas. Su obra ha sido traducida en más de 20 países. Ganador de premios nacionales e internacionales en Literatura, obtuvo residencias artísticas en Europa y USA. Es también curador e historiador para exhibiciones en museos.

De entre sus más de 15 novelas destacan: *Trago Amargo* (Planeta, 2006), *Solamente una Vez* (Planeta, 2007), *El caso Tequila* (Océano, 2010), *El libro secreto de Frida Kahlo* (Atria, 2012), *Deidades menores* (Premio Bellas Artes José Rubén Romero de Novela 2014), *Por un puñado de balas* (Océano, 2016), *Matemáticas para Hadas* (Random, 2017) y la novela juvenil *La isla de los lagartos terribles* (Premio Norma Latinoamericano Juvenil 2015). *El diablo me obligó* (Suma de letras, 2011) ha sido adaptada a la serie televisiva en NETFLIX *Diablero* (2018) y está en proceso de filmación su obra *La primavera del mal* (Suma de letras, 2013).

Como escritor y dibujante de narrativa gráfica destacan: *Supermán* (DC Comics, 2002), *Alternation* (Image Comics, 2004) *Justicia Divina* (Universidad Iberoamericana, 2013) o *Elemental, señor Sherlock* (Secretaria de Cultura, 2017).

Ha sido también coescritor de la serie *Crimson* (Harvey Award 2016, USA).

Una vida simple

El timbre del teléfono sonó tan alto que en Patagonia debieron confundirlo con un terremoto. Cuando menos, con una tormenta. En mi cabeza perduró cual eco de campanadas para misa, tocadas a poca distancia. Un centímetro, máximo. El dolor de cabeza fue tan intenso que no sobreviviría otro timbrazo más. Con la velocidad de un burócrata revisando papeles, levanté el auricular. Mi mente seguía aturdida. Adentro de ella, las campanadas seguían llamando a viudas para el rosario.

—¿Si? —pregunté al teléfono. No me contestó, sólo era un aparato sin vida. El que sí lo hizo se encontraba a más de mil kilómetros. Y lo hizo a todo pulmón.

—¡¿Sunny Pascal?! ¿estás loco?... ¡Te he estado buscando toda la noche!

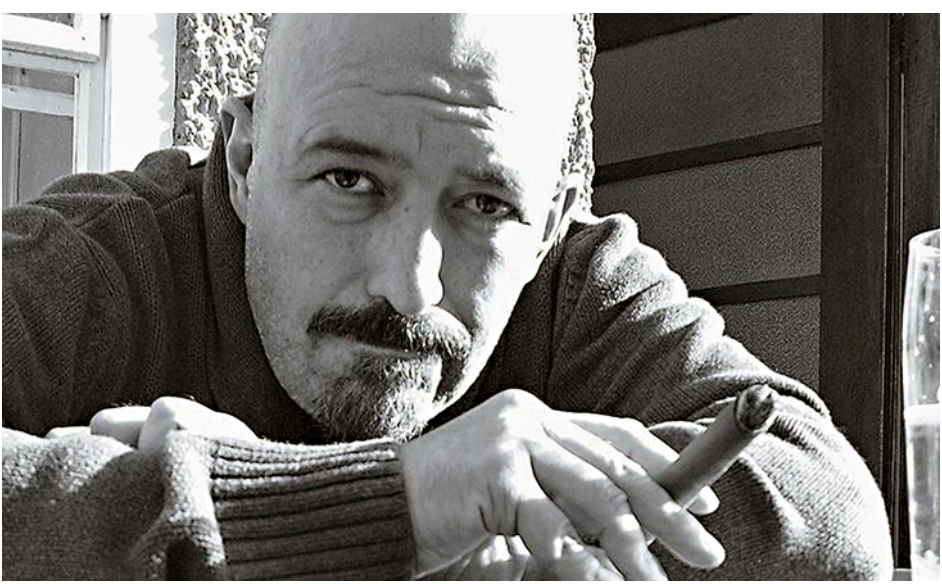
—Creo que se equivocó de número. Solía venir un hombre llamado Pascal, pero hoy no vino a trabajar –contesté. Sin dar más explicación, colgué. Me llevé la mano a la cara para asegurarme que seguía siendo yo, que si había ido a trabajar ese día y que sólo había dicho una mentira. Al ver que todo estaba bien, dejé caer mi cabeza en la almohada. Abrí un ojo y dolió. No tanto como cuando abrí el segundo. La luz entró por ellos, taladrando mi cerebro que seguía asimilando y reconstruyendo las últimas horas de mi vida. No era una labor sencilla. Había que llenar los huecos que los golpes de dos gorilas y seis cocteles Buchanan's Redhair habían borrado.

Primero hice una exploración visual. En esa, me fue bien. No estaba en cárcel, un bar de mariachis ni ahogado en un lago con una cubeta de cemento en los pies. Lo último lo descarte de inmediato. En el lago, los peces no tienen teléfono. Me encontraba en un hermoso cuarto. La ventana estaba enmarcada por cortinas costosas, con borlas, flecos y demás cursilerías. Parecía estar decorado al estilo de un rey francés que con seguridad perdió la cabeza en la guillotina, Si no fue así, debería por su barroco gusto. Estaba acostado en una cama del tamaño de un campo de béisbol, con sabanas tan grandes como velas de galeón. Yo, en ella. Mi ropa, no. Esta parecía haberse quedado varios metros atrás, en el suelo. Recordé que era un hotel y esa debería ser la habitación que alquilé.

El teléfono volvió a timbrar. No tan alto como la vez anterior. Las campanadas ahora tan sólo eran de una pequeña parroquia. Levanté el auricular. De nuevo

el teléfono no quiso decir nada, pero el tipo que estaba en Los Ángeles gritó:
—¡Te advierto que si me cuelgas de nuevo, voy a destriparte para luego colgarte en mi pared junto al rinoceronte y el pez vela!
La voz se me hizo conocida. Podría ser de la de un propietario de tierras de Palms Springs. Es más, podría asegurar que me había pedido seguir a una aspirante a actriz que filmaba una película en la ciudad de México. También recordaba que por casualidad, decía que era su novia. Pero ya no lo era y la película era un pretexto de la chica para regresar a su casa en Guadalajara. Creo que así era todo, pero seguía sin recordarlo bien.
—Lo siento, Mr. Madeira. Tuve una noche alocada.
—¿Qué ha sucedido?
—Sus muchachos, eso sucedió. Les fue fácil seguirme cuando se enteraron que había rentado un Ford *Acapulco*.
—¿Un *Acapulco*? ¿Con mis viáticos?
—Recuerde, yo todo lo hago con clase. Rentar un Acapulco es un punto más que clase. Es descapotable, eso es punto y juego —no replicó. Sobre clase sabía mucho. Quizás más que yo.
—Tenía dudas de su fidelidad, por eso mandé a unos conocidos para ayudarle —cuando dijo conocidos, sonreí. A lo mejor también conocía a King Kong.
—Había decidido encontrármela en el bar que frecuenta. Ya sabe, algo casual. También sus conocidos pensaron igual. Pero no me gustó como trataron a la dama. Tuve que darles una lección – expliqué. Me dolía el ojo morado de la correctiva que les di. Pero estoy seguro que a ellos les dolería más.
—Entonces, ¿pudo hablar con ella? ¿Logró convencerla que regresara a California?
Me incorporé en la cama. Mi cabeza renegó un poco. Cuando dejó de dar vueltas, miré con más atención el cuarto, descubriendo cosas que no había notado.
—Hablé con ella. Le agradece que le ayudara para actuar en las películas de Roger Corman, pero dijo que se va a quedar aquí. Lo siento, no regresará.
Hubo un silencio no más largo que una ópera. Luego, el hombre preguntó en murmullo:
—¿Esta seguro que no hay otro hombre?
—Se lo prometo, tan sólo quiere regresar con su familia. El sueño americano no es para todos. Es…— dije pensando por un momento la palabra correcta —… demasiado para algunos. Ella desea algo simple.

—Asegúrese que esté bien. Entréguele algo de dinero —convino con la frialdad de un hombre que pide una trucha en un restaurante y le contestan que no hay.
—Cuando usted regresé, le pediré a mi secretaria que le extienda el cheque por sus servicio.
Del otro lado, el hombre colgó. El teléfono quedó mudo. Yo miraba el suelo. Entre el regadero de ropa, distinguí una pieza entre la mía. Un hermoso sweater en color mora. Me había comentado que era un clásico de la moda actual, algodón de primera. Era una linda prenda. Puesta en una mujer con las curvas idóneas, se vería mejor que una pintura costosa en museo francés.
Se abrió la puerta del baño. Ella salió, levantando la prenda. Sin duda su cuerpo poseía las características anteriores. Me regaló una sonrisa que hacia juego con su pelo color canela. Podría haber sido la nueva Rita Hayword si hubiera seguido actuando. Hasta una Elizabeth Taylor con todo y su Oscar para decorar el baño. Pero Cinelandía no perdona. Las devora y las escupe cuando dejan la belleza en una fiesta pomposa en Beverly Hills.
—¿Me vas a acompañar a la central de camiones? Ya quiero regresar. Mi madre se muere por verme de nuevo.
Como dije, para algunos la vida debe ser simple.



Joserra Ortiz

San Luis Potosí, 1981. Es doctor en Estudios Hispánicos por la Universidad de Brown y actual investigador de tiempo completo en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. En 2002 fundó el primer coloquio anual de estudio y difusión del género negro en México, las Jornadas de detectives y astronautas, y en 2017 la escuela de escritura creativa Taller Escritores. Desde ese año también dirige la Punkademia, un proyecto de divulgación de estudios literarios para públicos no especializados.

Ha publicado el libro de cuentos *Los días con Mona*, la novela *La conquista del Monte de Venus*, y antologó la colección *El complot anticanónico. Ensayos sobre Rafael Bernal*. De entra la docena de antologías en que aparece, destaca *México Noir*, *¡Esto es un complot!* y *Cuentistas de Tierra Adentro 2007-2017*.

La conquista del Monte de Venus
(fragmentos X y XVI)

X

A diferencia de Peter, yo siempre respeté a las mujeres y eso que casi todas me demostraron no valer más de cincuenta dólares. De entre todas, a quien más quise fue precisamente a Heidi. No sé por qué lo confieso hasta ahora, cuando ya nada importa. ¿Se debe tal vez a que nunca he podido olvidarla y su recuerdo duele porque siempre vuelve acompañando al de Peter? ¿Es esa la razón verdadera por la que cuento esta historia? ¿Es ella mi verdad?

Ya he dicho que en esa época, a principios de los años cincuenta, Peter estaba enamorado de la actriz, pero no he contado que su obsesión lo llevó a tapizar las paredes del baño con mis mejores fotografías de Heidi. Hermoso. Perverso. Tetas grandes, culo grande, ojos grandes. A pesar de su éxito, Heidi Simmons era la más secreta de las mujeres desnudas. No tenía nombre fuera de aquél círculo en el que nos movíamos. Su éxito entre el grupo de aficionados a la pornografía era abrumador. La rasurábamos, esa era nuestra innovación, que mostrara los labios.

"Vellos ya hay muchos en el sórdido mundo del desnudo, pero vagina sólo la de ella", decía Peter, buscando sus caricias sin obtener mucho a cambio. Probablemente porque en aquella época la chica apenas tenía veintitrés años y una cara de ángel a punto del orgasmo y Peter Schaz, el gran libertino del cine, al rondar los cuarenta y cinco comenzaba a acobardarse frente a las caras bonitas y abusadoras.

Durante meses, preso del encanto de esos senos que no podía dejar de mirar, Peter le insistió a Heidi para que participara en el quinto remake norteamericano del guión que originalmente llevó el título de *Die Kolonisierung dem Venusberg*. Ella se negaba, conocedora del destino trágico que le deparaba a toda cinta dirigida por nuestro amigo.

"Se irá a la lata inevitablemente, Pete, a menos que quieras exhibirla en el secreto de un cineclub porno. Ni los promotores de esas películas con chicas jugando al voleibol en pelotas quieren relacionarse con tus cosas. Ya conoces la regla: *no pickle, no beaver*. Claro que hay un público para las tetas, Pete, pero nadie quiere

verlas salir de una cabeza enorme, robótica y demoníaca que lanza humo y las aliena y las hace danzar desnudas alrededor de su ridícula reina-robot", le decía Heidi.
"No hay nadie dispuesto a excitarse con mujeres desnudas nadando en un lago de lava venusina", terciaba yo, "así como tampoco hay público para ninfómanas interestelares que vienen a la tierra para conquistarla con orgasmos".
"No son ellas las que vienen a la tierra, ¿nunca me has puesto atención?"

Las nuestras eran razones totalmente lógicas para negarse a las locuras de Pete. Además, Heidi, nuestra reina de la protuberancia, estaba muy ocupada acostándose con directores mucho más serios y respetados que Schaz. Gente que sí hacía películas. Pasó por las camas de muchos, hasta que se estacionó durante meses entre las sábanas de Fritz Lang, de quien deseaba obtener el papel de Vicky Buckley para la cinta *Human Desire*. No tuvo éxito y la parte fue interpretada por la casi sensual y poco sexual de Gloria Grahame.
Ese era el problema de Heidi, por eso nunca llegó a nada: era demasiado sexual, demasiada mujer para cualquier hombre de aquél Beverly Hills temeroso del mundo real y de los comunistas. Nunca podría salir del vaudeville o del secreto mundo del porno. Ni siquiera interpretaría una *Nudie Cutie*, porque su sexo vivo quemaría la pantalla. Eran los años en que en Hollywood todavía no importaban más las tetas que la belleza enigmática de los labios contrayéndose al expulsar el humo del cigarro.
Sólo a Schaz le interesaba la sexualidad bruta y desbocada en el cine, o cuando menos era el único director en expresarlo abiertamente.
Ni siquiera Russ Meyer se atrevería a tanto.

XVI

Debo interrumpir mi narración para insertar una trascripción que apenas me envió una amiga, la doctora Sarah Buchmann. Se trata del fragmento de una conversación ocurrida hace menos de un mes en la Universidad de Harvard, en el marco del *Primer congreso internacional sobre cine B y pornografía*. No sé si sea lo adecuado, lo confieso, pero creo que la transcripción pondrá muchas cosas en contexto. Sobre todo el lugar y la situación de Peter Schragl en el imaginario

cinematográfico popular, aunque dudo, por cierto, que alguno de los panelistas haya conocido realmente a Peter o a su trabajo.
He aquí lo dicho:
John Waters: Tengo entendido que a Schaz, a Peter Schaz, no se le considera director de *exploitation*, aunque él fue de los primeros...
Doris Wishman: El primero...
John Waters: Sí, bueno, el primero. Él fue el primero en filmar lo que los estudios no querían filmar. Se nos adelantó a todos, se adelantó a Meyer, por ejemplo, porque Meyer esperó años después de la guerra para hacer sus pelis sobre campamentos nudistas y Schaz ya estaba aquí. Llegó aquí a mediados de los treinta, de hecho, o no, creo que llegó a principios de los cuarenta.
Doris Wishman: Su primera película americana la hizo en el cuarenta y uno y la exhibió en el cuarenta y dos. La filmó con puros desechos de Fritz Lang... lámparas, claquetas, papel, extras, pero sobre todo la cinta que sobró del rodaje de *Man Hunt*...
Fred Schneider: ¡*Man Hunt* es del cuarenta y cinco!
Doris Wishman: No. Se estrenó en el cuarenta y cinco, en Suiza, pero se hizo en el cuarenta y uno en Estados Unidos... en fin, de eso no estamos hablando. Lo que iba a decir es que Schaz trabajó siempre, cuando menos durante doce o trece años, con las migajas del material de Lang. Cuentan que muchas veces tuvo que robar ese material, sobre todo en los últimos años de su relación profesional con Lang, porque a él le parecían de mal gusto las películas de su protegido. Es muy probable, de hecho, que Fritz sea uno de los responsables del boicot que sufrieron las cintas de Peter Schaz, que por su culpa se haya perdido el legado del artista.
John Waters: Hoy en día es difícil conseguir las pelis de Schaz porque desaparecieron, literalmente desaparecieron. Hace poco alguien encontró una lata con *La colonización del monte de Venus*, en su versión americana, que se cree un remake de una cinta que rodó en Austria, a principio de los treinta de la que tampoco se tienen copias o algo. No hay ni fragmentos. Pero esto no es nuevo... hace sesenta años era igualmente difícil ver una película de Schaz porque había una especie de contubernio secreto entre distribuidores, políticos, directores, estudios, exhibidores y hasta actores... un acuerdo de no mostrar nada de lo hecho por Schaz y, según parece, esa oposición ni siquiera se fundaba en el contenido meramente pornográfico de esas cintas, sino en el rumor de que Peter Schaz

pertenecía a la liga comunista o algo así, alguien dijo que Pete era comunista y se lo jodieron...

Doris Wishman: ¡Fue Lang, fue Lang! O cuando menos eso es lo que sospechaba Peter. A Peter no le importaba la política, ni la economía ni nada. A él le gustaban el cine, el sexo y el ron, sobre todo los mojitos.
John Waters: Yo no quería apuntar a nadie, sobre todo porque no estamos seguros de nada. Tan sólo son rumores, conjeturas. Pero en fin, supongamos que fue Lang...
Doris Wishman: Fue Lang, eso es seguro...
John Waters: Ok, sí, di lo que quieras, pero yo prefiero que mantengamos la sospecha, mejor, mi abogado está esquiando en Colorado y prefiero no meterme en líos ahora y arruinarle su viaje. En fin, que lo que decía era, qué, ¿qué estaba diciendo?, ¡Ah, sí! Que el rumor de que Schaz era comunista le jodió la vida, sobre todo porque algunos de sus enemigos comenzaron a pagar a estudiosos y críticos para que analizaran las películas de Peter. Claro, estoy siendo sarcástico, porque en esos análisis se esforzaban por argumentar y probar que en la cinta se estaba atacando a la nación americana y que se estaba exaltando el comunismo. Yo no sé, realmente, cómo lo lograban, porque encontrar un mensaje político, del carácter que fuera, en las pelis de Schaz me parece muy difícil; ahí todo eran tetas, en muy diversas situaciones, pero sólo tetas.

Fred Schneider: Creo que el trabajo de Peter Schaz era mucho más complejo que sólo tetas, John. Sus películas tenían trama, historia, algunas veces ridículas, pero siempre complejas. Sí, sé que casi ninguno de nosotros ha visto mucho del material rodado por Schaz porque, como se estaba diciendo, el boicot que sufrió el director devino en una persecución horrible, una caza de brujas...

John Waters: A eso iba...
Fred Schneider: Bueno, déjame lo digo yo y si tienes algo que añadir lo haces…
John Waters: …pero, ¡déjame hablar!
Fred Schneider: OK, no, mira, lo digo yo y ya que tú conoces todo esto mejor que nadie, en fin, podrías añadir lo que sea, ¿vale?
John Waters: Vale, ¡bah!
Fred Schneider: OK, mira, lo que sé es que parte del bloqueo consistía en com-

prar sus cintas y quemarlas. Dicen que alguien estaba pagando esa operación con su propio dinero, porque el gobierno tampoco se iba a meter tanto en un asunto meramente cinematográfico. Recordemos que la industria en los cuarenta, los cincuenta y parte de los sesenta, no estaba tan íntimamente conectada al mundo político como lo está ahora. Bueno, a lo que iba era que alguien, quién sabe quien, pagaba por cada lata de Schaz que le pudieran conseguir y las quemaba. Peter no se enteraba de eso, durante años creyó que los cines y las distribuidoras habían preferido almacenar su trabajo y ya; pero un día le vinieron con el chisme de que le estaban quemando su trabajo, incluso sus originales, ¡incluso lo que había rodado en Austria! ¿No te parece increíble? Peter contrató un detective privado que le confirmó sus sospechas y mejor decidió dejar de rodar para siempre. Pero bueno, aunque sea casi imposible ver su trabajo, tenemos todos sus maravillosos guiones y ahí nos damos cuenta de lo que decía antes, que en las pelis de Peter Schaz no todo eran tetas.

Doris Wishman: Además, y perdonen que vuelva a lo mismo, es lógico que filmara lo que filmara Peter Schaz, al final siempre pudo haberse salido con la suya y si no lo logró fue por mera política. Pudo haber hecho algo como Kröger Babb, por ejemplo, lo que hizo Babb con William Beaudine en *Mom and Dad*, por la misma época. Pero sí, como dice Fred, siempre podemos volver a sus guiones que se han conservado en diversas colecciones particulares. Hay uno, el de esa primera película que mencionaba hace un momento, en donde te das cuenta del poder narrativo, de la maravillosa imaginación que tenía Peter. Yo vi esa cinta a principios de los cincuenta, cuando conocí a Peter en una proyección privada en su casa. Imagínate que en un periodo de diez años Peter había rodado cuatro veces la misma película. Eran versiones distintas de la misma película, según decía, y no tenía copia de ninguna, ¡de ninguna!, solo de la primera. Pete planeaba hacerla de nuevo y le pidió a una amiga suya, Heidi Simmons, una chica que yo fotografié en Florida, que buscara a alguien que le ayudara con el casting y, bueno, yo era la única persona que conocía a las chicas adecuadas. Así que nos reunimos en su casa, me dio una copia del guion y leíamos y mirábamos al mismo tiempo. La película era increíble, naves espaciales, una robot gigante, amazonas venusinas... algo había de anarquía también, algo parecido a la anarquía liberadora del sexo.

Fred Schneider: ¿Cómo se llamaba esa película?

Doris Wishman: ¿La primera de Peter Schaz? *Las Tetas de Moloch*, creo, pero

no estoy segura de que así se llamaran todas las otras versiones que rodó... el nombre que más comúnmente aparece en los libros de texto, ya lo saben, es *La conquista del Monte de Venus.*

§

Adonai Uresti

Estudiante del 7mo semestre de la Licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericanas en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Organizador y participante en numerosos congresos y coloquios, participó como colaborador en la revista *Suplemento Literario Chirimbolo* de Michoacán en abril de 2016 y participa también actualmente como colaborador en la revista multidisciplinaria internacional *Liberoamérica* y en la revista *Morbífica*.
Es escritor de cuento fantástico, indigenista y relato.

La Mary

I

—Ya ni le muevas, güey, está muerto.
—No la amueles y ¿ahora qué hacemos?
—¿Hacemos? Si tú fuiste el que le disparó, te va a cargar la chingada, ahí nos vemos.
—No seas así, Chema, llegamos juntos, nos vamos juntos. Íbamos a michas, no me dejes el paquete a mí solo.
—¿Y el dinero dónde está? El ruco ya está bien muerto y no hemos visto nada de la lana, así ya no vale ni un quinto.
—Es cuestión de hacer unas llamadas y se arregla, recibimos el dinero y después nos pelamos, ¿qué dices? Ya no tendremos que rendirle cuentas al jefe.
—Tiene que ser rápido, este ojete ya hasta se está inflando y apesta, me toca quedarme con su reloj.
—Juega, mi Chema. Ya verás que todo saldrá bien, nos los chingamos y después cada quien por su lado.
—Ya dijo, mi Chuy. Apúrele que ya está haciendo hambre.

Al Chema lo conocí desde chavito, vivía a dos calles de la mía, allá por el kiosco. Teníamos como doce o catorce años, más o menos y desde entonces se convirtió en mi carnal; a pesar de algunas fallas que hemos tenido. La que más me dolió fue cuando, regresando del jale, llegué cansado a la casa con harta hambre y con antojo de esos frijolitos con chile de queso que tan ricos le quedaban a la Mary, y cuando entré a la cocina ahí estaban los dos echando pasión, sentados en una silla la Mary gritando y dando de sentones en las piernas del Chema. ¡Jijos de su pinche madre! Grité y rápido que se baja la Mary y se va pal patio. Discúlpame, Chuyito, te juro que yo no quería, yo vine a pedirle una cerveza a usté y al ver que no estaba pos la Mary me la ofreció y que me empieza a limpiar el sudor de la frente y que me empieza a echar airesito y pos que se me sienta en las piernas la condenada y pos sea lo que sea uno no es de hule y una cosa llevó a la otra. Por Dios que nos está viendo que así fue, Chuyito, y si no me cree pregúntele a

la Mary. Yo daba vueltas por la cocina tratando de no llegar a los golpes, al fin y al cabo, el Chema era más que un amigo, casi mi hermano. Le dije que le creía, pero a la que sí corrí de la casa fue a la Mary, mire que ponérsele a modo a un hombre cuando su marido no está en casa no es de Dios. Recalenté los frijolitos e invité a cenar al Chema, con sus tortillitas recién hechas y las Modelos frías.

La chamba nos llegó por sorpresa, aún ni siquiera cumplíamos los veinte años cuando llegaron tres sombrerudos a dizque hablar de negocios. Traían unos camionetones de harto lujo negras, de esas con unas llantotas, pero eso sí, bien aterradas y medio destartaladas, aunque seguían pareciendo nuevecitas. Nos dieron la mano y ahí estaban paradotes agarrándose la hebilla de sus cinturones.

Buenas, andamos buscando a José María. Pa servirle, ¿qué se le ofrece? Don Ricardo nos dijo que eras un muy buen trabajador, que no te importaba andar en chinga todo el día, mientras se te pagara bien, muy leal, pero que tenías un defectito, que luego luego te prendías y empezabas a tirar de golpes si se te ofendía. Me halaga, don. Pero sí, nadien me juega chueco, por las buenas soy cabrón y por las malas también. Aquí mi Chuy no les dejará mentir, en lo que me pongan sé sacar la chamba, todo sea por mis chamacos y mi señora.

El trabajo que te ofrecemos es muy sencillo, no te desgastará mucho, lo que necesitamos es que hagas uso de la fuerza que tienes. Voy a ir sin rodeos, Don Ricardo no es el mejor hombre del pueblo como todos piensan, sus obras de caridad están financiadas por sus negocios, de todo tipo, si usté me entiende. Siéndole bien sincero no le entiendo muy bien. Mira, guey, él trata de arreglar sus negocios a la buena, sin fallas, pero si las llega a haber, cuidadito. Al que no quiere entrarle se lo quiebra, de la manera que sea, a veces es bastante amable y les arranca los dedos uno por uno, cuenta doña Elena que en un baúl tiene más de trecientos dedos, quesque pal recuerdo. A los que tienen peor suerte se los chinga más feo, los tortura unos días, se mete con sus hijas, con sus hijos, él no distingue entre viejas y fulanos, todo esto para al final dejarlos libres, con la condición de que suelten lana, si no así les va.

Ya vámonos, Chema, ya va a empezar el box y estará re quete buena. Gracias, señores, pero es de que no es el hombre que buscan, muchas gracias.

No me chingues, Chuy, estamos platicando bien.

Yo empezaba a desesperarme y uno de los tipos, el más flaco de todos sacó su celular y se alejó para hablar con alguien. Yo hacía circulitos en la tierra con mi pie. ¿Y pa qué soy bueno?

Pues mira, Don Ricardo ya no tiene las energías de antes, necesita un sustituto que se encargue del trabajo sucio, mientras él se ocupa del dinero y otros asuntos. Yo me regresé pa la casa y ya no escuché más, sin embargo, cuando las camionetas se fueron y Chema regresó dijo:
—Nos va a ir de lujo, Chuy. Ve nomás el fajote de dinero que nos dieron y aún ni empezamos.
—¿Nos va a ir? Pero a mí en ningún momento me ofrecieron nada.
—No te preocupes, yo me encargué de todo, te darán menos de lo que a mí, pero aun así te irá bien. De jodido sacas diez mil pesitos por trabajo, pa que ya salgas de pobre, mi Chuy.
—Esas son tonterías, Chema, es andar en peligro todo el día, así ni se disfruta el dinero que te dan, ¿cuánto dijiste?
—Diez mil, como mínimo, ya la hicimos, Chuy.

II

Pronto perdoné a la Mary, al fin y al cabo, decía que me quería, y cómo no. Me hacía mis huevitos todos los días y un café tan rico que ni cómo dejarla, a mí jamás me quedaría igual. Ella nunca estuvo de acuerdo con nuestro jale, pero se le olvidaba cuando recibía mi paga y llegaba a la casa con unos huarachitos nuevos para ella, o como cuando me dieron mi primer carro, no era la gran cosa, pero casi nadie en el pueblo tenía. Salíamos a dar la vuelta en él por el kiosko y ella como si no conociera a nadie, ni siquiera los volteaba a ver. Se transformaba, pero al volver a la casa era la misma de siempre, se descalzaba y se ponía a tejer. Yo sentía que el dinero la había cambiado, aunque su sazón seguía siendo delicioso, cada vez me platicaba menos, a la hora de la intimidá hasta parecía que lo hacía con un bulto, ya ni se movía. Andaba rara la Mary.

III

Nosotros no teníamos que hacer gran cosa, los huercos de las camionetas (que nunca supimos sus nombres, solo sabíamos que les decían "la rana", "tuerto" y "el diecinueve" porque le faltaba un dedo), nos traían a los levantados, les dá-

bamos una calentadita y les sacábamos la información que nos pudiera ser útil. Chema tenía una pegada increíble, no necesitaba usar armas. A mí nunca me gustó la violencia, pero el trabajo era el trabajo. A mí me gustaba más jugar con su mente, cuando parecía que no querían hablar les rociaba gasolina en todo el cuerpo y me ponía a fumar cerca de ellos, cuando fingía que iba a tirarles encima mi cigarro de pronto la lengua se les soltaba, chillaban como maricas y hasta los pies te querían besar para que los soltaras.

Era ahí cuando Chema los soltaba y se los llevaba a Don Ricardo, para que él decidiera qué hacer con ellos. Era un jale tranquilo, lo más feo era ver a Don Richie en acción, cogerse a las esposas, hijas y huercos de sus enemigos era lo canijo, uno quedaba asqueado, incluso si al llegar a la casa la Mary estaba dispuesta a tratarme como se debe tratar a un marido, yo me negaba, no me podía quitar de la cabezota la imagen de niños siendo maltratados de esa manera, los cabrones eran una cosa, los niños son sagrados. Pero el trabajo era el trabajo.

Pa mí que el Chema me estaba robando, yo nunca recibí un peso de Don Ricardo, siempre me lo daba él en un sobrecito amarillo, pero el de él se veía mucho más grande que el que me entregaba. Es que lo mío está en puros billetes de a cincuenta, Chuy, es eso, no te agüites, te invito una cerveza. Ta bueno, yo le creía.

Muy pronto los chamacos de Chema estaban irreconocibles, andaban vestiditos como catrines, ni parecían de pueblo y la señora ni hablar, unos peinados y unos abrigos que no importaba que hubiera un calor infernal, ella se los ponía, pa no perder la elegancia, decía. Ni que yo no los conociera, pero así era la comadre.

¿Por qué tú no me compras unos abrigos como esos? Ay, Mary, a ti ni te gusta eso, ¿o sí? Pos no es de que me guste, pero el Chema sí le compra hartas cosas a la comadre y se le ven re bonitos, yo quisiera que de vez en cuando me compraran más cosas, no vaya a ser… ¿No vaya a ser qué? Nada, ya duérmete Chuy. Pronto te compraré todo lo que necesites, tú no te apures por eso. Sí, Jesús, yo sigo esperando paciente.

Nunca tuvimos problemas, uno olvidaba rápido las cosas que hacía, por más feas que fueran. La violencia se volvía parte de uno y de repente ya no podías sacártela con nada, cada día podías ser más cruel que ayer, era como el dinero; uno siempre quería tener más y más, como si eso te dejara la consciencia tranquila, ya lo pagaremos en la otra vida. Mi consciencia no podía estar tranquila, menos con la Mary, de eso sí que me arrepiento, yo le dije que estaba borracho, pero no, me salió de la nada, le pegué tan duro que ni siquiera pudo levan-

tar la cabeza para verme, se quedó ahí, viendo hacia el suelo mientras lloraba. ¿Qué estás haciendo? Nada, Jesús. Exactamente, nunca estás haciendo nada, nomás paradota en la puerta viendo pasar a los pelados, ¿te gustan? Seguro ya te los cogiste, yo chingándole todo el día y tú revolcándote con quien se te cruce primero. Pero, Jesús, cómo puedes pensar eso, no tengo nada que hacer en la casa, la cuido, te hago la comida como te gusta, voy a ver a la comadre, a sus huerquitos. ¡Cállate! Ya va siendo hora de que vayas dejando de ir pallá, nomás te mete ideas la vieja esa, no quiero que vuelvas a verla. Le pegué muy fuerte. Le pedí perdón a ella y a Dios, yo no quería hacerlo, no sé en qué me han convertido estos cabrones, le puedo hacer lo que me pidan a cualquiera, menos a la Mary, es lo único que tengo y la quiero rete harto.

IV

Algo traía el Chema, andaba como pensativo, parecía triste, pero de inmediato decía cosas para que te rieras y no te dieras cuenta, yo lo conocía, algo pasaba. Compadre, ¿pos qué tiene? Hace días que lo noto medio tristón, ¿qué tiene? Nombre, Chuy, cuál triste, estoy mejor que nunca, es solo que hay algo que me ha andado rondando la mente que no me deja dormir tranquilo. Ah, jijo. ¿pues qué será? Le voy a contar, a usté también puede interesarle. No, compadre, ya le dije que yo no le voy a entrar a vender chingaderas, esas madres acaban con los niños del pueblo y luego ahí andan llorando sus madrecitas porque se los secuestran o acaban muertos, yo no le entro a las drogas, ya lo habíamos hablado, no me chingue. Pérate, canijo, déjame hablar, pues. ¿Te acuerdas del Joaquín? Ayer fue a verme, estaba muy encabronado, parece que Don Ricardo se lo va a chingar si no le da una lana, según él ya le pagó, pero Don Ricardo le exige que le pague otra vez, la mera verdá yo le creo, no será la primera vez que hace eso el viejo. Insiste en que no le pagará ni madres, se lo quiere echar, se lo quiere echar todito, tenerlo amarradito unos días hasta que olvide la deuda y pa eso vino a buscarme, quiere que le ayude. Le haremos así, tú te encargarás de llevarlo al rancho de Joaquín, al viejito, donde tiene las milpas, una vez ahí… Pérate, pérate, ni siquiera me has preguntado si quiero hacerlo, nombre, sácate, es jugar con el mismísimo diablo, yo estoy muy a gusto así sacando mis centavos honradamente. Honradamente, chingado, vas a hacer exactamente lo

mismo, pero por más dinero, no seas joto, por eso la Mary se te pone chencha, ella necesita un machito de verdá. ¿Qué tiene que ver la Mary? Nada, hombre, te digo que le entres, después de chingarlo volvemos a trabajar con él y ni quién se entere. No quiero, no, mi Chema, siempre salgo perdiendo en estos negocios, es muy peligroso meterse con el patrón, sabe dónde vivimos, conoce a nuestras familias. Agárrate los huevitos, yo sé lo que te digo, te va a tocar lo de un mes de trabajo con este viejo marro. ¿Seguro no habrá fallas? Oiga, me ofende, ¿cuándo le he quedado mal? Bueno, la vez que… No se diga más, es un trato, Chuy, todo estará bien, usté tranquilo.

No estuve tranquilo, todo el camino fue una chinga. Convencí a Don Ricardo de que me acompañara a ver un terrenito que me ofrecían barato, al fin y al cabo, él sabía de eso, no tardó mucho en decirme que sí, seguro ya estando ahí también quisiera comprarlo. Nos fuimos en su camioneta, me dejó manejar, tantos botones en el tablero que ni siquiera sabía pa qué eran me distraían. El camino se terminó y entramos en terracería, a lo lejos se veía la casa de Joaquín, que nos estaba esperando. Por fin llegamos.

Estacioné a un costado del pozo y nos bajamos de la camioneta. Qué bonita casa, pero no veo ningún terreno, acaso estará en la parte de atrás, ahorita preguntamos, me gusta pa que aquí vivan mis huercos, chulo lugar. Apenas iba a prender un cigarro y Joaquín llegó. Hola, culero, ¿qué andas haciendo por aquí? Y lo golpeó fuertemente en el estómago, Don Ricardo había dejado su arma en la camioneta y mientras intentaba pararse le propinó una patada en la cara que lo hizo caer hacia atrás, quiso alzar el cogote, pero así como lo levantó cayó de nuevo al piso.

Don Ricardo despertó y tenía vendados los ojos y la boca. A nosotros nos tocó darle los madrazos. No te vayas a manchar, Chema, si no nos quedamos sin patrón. Tú aprovecha, que se joda. En unos días andará como si nada y la chamba seguirá ahí. Guárdate bien la pistolita, no se vaya a soltar el cabrón.

Ay, Mary. No le pienses tanto, es lo que más te conviene. No te mereces vivir en esta casa tan jodida, ni un pesito le meten. No lo sé, tú siempre dices lo mismo y nunca cumples nada. Epa, epa, no se me ponga así, yo la espero, no hay prisa, chula. Su blusón se deslizó por sus piernas bañadas de color cobre. Sus senos quedaron al descubierto, tímidamente se endurecieron de a poco. Besaron con lenguas tibias sus bocas, un quejido leve brotó de La Mary. Al poco tiempo se hicieron uno solo mientras ella se aferraba a su cuello quemado por el sol. Era como querer volver al origen de la vida, como si nunca hubiera

querido salir de ahí. Un sabor a sal se apoderó de sus espaldas brillantes. Lluvia y fuego en escena al mismo tiempo. Vida y muerte. La Mary era eso.

Listo, muchachos, se pueden ir. Yo me iré adelantando. El cabrón despertará hasta mañana si bien le va, dejen la puerta abierta pa que se vaya. Cuando llegue al pueblo mi gente lo estará esperando, ahí les damos su lanita. Ya después ustedes se arreglan con él. Fue un placer, muchachos. Trataron bien al bato, en sus zapatos lo hubiera matado. Hasta pronto.

Nos despedimos. Maté a Don Ricardo, fue por error. Lo juro por mi madre santa. ¿Y el dinero dónde está? El ruco ya está bien muerto y no hemos visto nada de la lana, así ya no vale ni un quinto. Es cuestión de hacer unas llamadas y se arregla, recibimos el dinero y después nos pelamos, ¿qué dices? Ya no tendremos que rendirle cuentas al jefe.

Nos pelamos, no recibimos la lana, pero al menos estábamos vivos. Llegamos a un sendero, ahí nos esperaban La Mary y la comadre con sus huercos. Hasta aquí llegamos, Chema, lo abracé, él a mí no. No sea puñal, deme la mano. La comadre no estaba, los huercos tampoco. La Mary estaba sentada. Se arreglaba una trenza. ¿Nos vamos, Mary? Lo siento, Chuy. Me voy con Chema. No hagas preguntas. Pinche Chema. Él no tiene la culpa, Chuy. Por favor entiende. Se fueron los dos, Chema se llevó el reloj. Los vi alejarse tomados de la mano, él la cargó de la cintura y le dio vueltas, le plantó un beso y se perdieron en el camino. Yo caminé por mi lado, no volteé más. Siempre lo supe, no debí perdonar a La Mary, ella siempre tuvo la culpa. Al llegar al pueblo fui por un mezcalito, me lo chingué y me caló re gacho, una muchacha se me acercó y se me sentó en la pierna. Sácate de aquí, soy casado, chula. Me fui y caminé hacia el río, estaba seco. Lo crucé y no sabía dónde estaba. No valía la pena llegar a ningún lugar si al final no estaría ahí La Mary ni sus frijolitos. Dios la perdone, quizá yo también lo haga.

Darío Zalapa

Michoacán, 1990. Es autor de tres libros de cuentos, entre los que destaca *Los rumores del miedo* (Tierra Adentro, 2012). *Perro de ataque* (Ediciones B/ Penguin Random House, 2017), su primera novela, fue nombrada por Las jornadas de detectives y astronautas como la revelación policiaca del año, y la revista *Playboy* México la mencionó entre los mejores libros de 2017. En 2010 obtuvo el Premio Michoacán de Literatura, y en 2011 la Fundación Juan Rulfo y la FENAL Michoacán le otorgaron el premio de cuento Juan Rulfo. Su más reciente colaboración fue para *Once navajas*, antología compilada por Tierra Adentro. Ha sido beneficiario del Programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en dos ocasiones, 2015 y 2017, ambas en la especialidad de novela.

Perro de ataque
(fragmento)

Pero por primera vez he sentido la fiebre de la sangre.
Por culpa de esta asquerosa ciudad.
No hay manera de andar limpio por ella.
Caí en la trampa desde un principio.
[...]
Si vives cerca del asesinato,
o acabas enfermo o termina por gustarte.
Dashiell Hammett, *Cosecha Roja*.

Odié en silencio esta ciudad de cadáveres sangrientos.
Odié la manera en que nos iba disminuyendo,
acobardando, silenciando.
Odié a sus dueños y señores.
Odié la miseria que nos envilecía,
que nos empujaba al sadismo y la barbarie.
Imanol Caneyada, *Las paredes desnudas.*

PRELUDIO

Debiste inhalar más. Hacerlo justo antes de sacar la escuadra y entrar a la tienda. Fue un error de principiante. Pero tenías trece años. Eras un niño jugando a sobrevivir como veías que lo hacían los adultos, aquellos con los que convivías, los empleados de tu tío.
Aleccionado estabas: cargar la escuadra y asegurarte de llevar suficiente parque en tus bolsillos; esnifar dos líneas antes de salir a ejecutar el asalto; conducir hasta una de las colonias más recónditas de la ciudad y ubicar el primer Oxxo; saborear la adrenalina previa y sentir que no eras de este mundo, que no había ley ni lógica que pudieran doblarte; estudiar el sitio, contar personas, improvisar un plan en segundos; obligarlos a creer que calculaste todo detalle, que nacieron para estar en ese lugar y en ese momento, que su destino era llegar ante ti para que les dictaras su juicio.

Antes tuviste cinco años y una madre y un padre. Te desayunabas un vaso de

leche Liconsa que ella conseguía luego de formarse durante una hora en la Conasupo de la Soledad, colonia en la que rentaban un cuarto por doscientos pesos al mes. No comías de nuevo hasta las siete de la tarde, cuando él regresaba con fruta aceda, guisos de días anteriores, pan duro, o lo que sea que hubiera conseguido, si lo había hecho, en el mercado donde a veces iba a trabajar. No conocías una escuela porque ese era un lujo que ni cómo, ni por qué o para qué. Jugabas, porque alguna vez lo hiciste, a encontrar arañas y meterlas en cajas de cerillos que tu madre olvidaba tirar. Si atrapabas una la dejabas ahí dentro varios días, durante los cuales agitabas la caja con brusquedad o la arrojabas de un extremo a otro de la calle. Cuando creías que ya había sufrido demasiado, decidías su suerte: encenderla y escuchar cómo tronaba conforme el fuego la carcomía, hundirla en agua para verla patalear hasta ahogarse, o, si ya estaba muerta, dársela a una de las lagartijas estampadas en las paredes del cuarto y observar cómo la devorada.
Tuviste cinco años y la vida era eso. Dormir comprimidos en una cama individual que ya estaba ahí cuando llegaron; conocer de memoria sus ritos sexuales porque creían que ya estabas dormido cuando los ejecutaban a centímetros de ti, o ser el muro entre ellos si de nuevo habían peleado y ella ojos tumefactos y lágrimas y abrazarte toda la noche, y él nudillos despellejados y mentadas de madre. Tuviste cinco años y la vida no era eso. Estaba en cualquier otra parte, en cualquier otro sitio, menos en esa habitación.

Estabas solo y no sabías del miedo. Qué podías perder a tus trece. Qué tanto le habías ganado a la vida. Qué te podría ella reclamar como robado. Por eso no te pesaba la escuadra aunque su cacha fuera más gruesa que tu muñeca, aunque con cada disparo vibrara todo tu esqueleto. Entraste al negocio y tu corta presencia fue acaso una maldición susurrada, una blasfemia prófuga. Si alguien te notó en ese primer instante, pensó que tus padres entrarían después de ti. Habrían salido a cenar, pero ya irían de regreso a casa. Paraban a comprar un refresco, o leche y pan para el desayuno del día siguiente. Entrarían después de ti y te dejarían coger unas galletas porque estuviste muy bien portado, porque te las merecías, porque terminaste tu cena. Pero después de ti no entró nadie. A tu espalda sólo el viento nocturno arrastrando los desperdicios del día, la mierda de una ciudad lo bastante sinvergüenza como para procrear bastardos como tú. Luego de ti sólo la noche. Llana porque de ahí llegaste, simple como el mal que

no era en ti adorno ni defecto. Inherentes a ti el mal y la noche. Naturalizado el mal. La noche enterrada en tus ojos.

Antes tuviste siete años y un tío que regresó de California. Hermano de tu madre, desde los quince se había marchado y tú no lo conocías. Un día simplemente apareció, te cargó en sus brazos y dijo que te parecías a él. Tuviste que acostumbrarte a su presencia, a sus visitas constantes a tu casa, aunque nunca pudiste deshacerte del miedo que te inspiró desde ese primer encuentro. Hablaba con tu padre, tenía ideas para hacer dinero. Tú sólo veías cómo se emocionaba tu madre cuando él les decía todo lo que podían ganar. Y así fue.

Tuviste siete años y la vida, por un instante, fue buena contigo. Pronto abandonaron el cuarto de la Soledad. Se mudaron a una casita en Prados Verdes, modesta pero decente. Tuviste una habitación propia por primera vez y no supiste qué hacer con tanto espacio. Empezaste a ir a la escuela. Te avergonzabas. La mayoría de los niños ya leía, pero a ti te era imposible mirar siquiera a los ojos a otra persona, y sufrías ante la idea de mantener una conversación. Durante las cinco horas que pasabas ahí no salía palabra alguna de tu boca. Pero todo mejoraba cuando, de vuelta en la casa de Prados Verdes, tus padres te pedían que los ayudaras con el trabajo. Contabas empaques, engrapabas pequeñas bolsas, recortabas láminas en recuadros minúsculos, metías tal o cual cantidad de pastillas en un frasco. Tuviste siete años y eras un narcomenudista.

Por las tardes, las pequeñas libretas salían de tu mochila de Batman para dejar espacio a los paquetes de marihuana, a las tiras de ácidos, a las grapas, a los empaques de tachas y de piedra. Entonces te ibas con tu padre adonde tu tío decía que era necesario ir. Viajaste en camiones que recorrían la ciudad, la mochila en todo momento en tu espalda. Siempre pedías ir en la ventanilla; querías entender eso que pasaba afuera. Una ciudad de desarrollo estancado que al principio tardaste en digerir, pero que terminaría por ser tu hogar, el único que supo acoger al animal huérfano en que habrías de convertirte. Una nube cargada a reventar de rostros ausentes y de mucha, demasiada ira. Feroces automóviles corriendo para ganarle al semáforo, para ser los primeros en llegar a ningún sitio. Perros famélicos enterrando el hocico en los cúmulos de basura que se hacían en cada esquina. Parques públicos grises, grafiteados, oxidados; ágoras de los drogadictos que se reunían para compartir su desesperación, como si al estar rodeados de seres más jodidos que ellos les fuera posible redimirse.

Tuviste siete años y una mochila de Batman. Y la vida, por un instante, fue buena contigo.

Fue necesario que dispararas una vez para que te notaran. Como si siguieran un manual, todos se agacharon al instante, se cubrieron la cabeza con los brazos, gritaron. Eso te extasiaba: te estaban rindiendo culto. Ubicaste al cajero. La mira de la Colt 98 Super también lo hizo, si bien ya en automático. Con pasos errantes te le fuiste acercando, pasos a los que cada vez les era más difícil seguir su rumbo. Aunque tu mirada encontró su estrella de oriente en la camisola roja del empleado, aunque te aferraste a ella para poder avanzar, ya empezabas a amodorrarte. Tenías trece años y tu cuerpo ya no soportaba más de una hora sin inhalar cocaína. El bajón. Arrastrar los pies. Un parpadeo lento. Segundos que se dislocan. Instinto sosegado. Trastabillaste una vez, entumecido, y eso bastó para que alguien tuviera un impulso heroico e intentara detenerte. Debiste inhalar más. Hacerlo justo antes de sacar la escuadra y entrar a la tienda. Fue un error de principiante. Pero tenías trece años.

Antes tuviste nueve años y un padre que cantó lo que no debía, que no pudo con su ambición y quiso entregar a tu tío cuando le insinuaron una cifra, alta para alguien que nunca sería más que un tirador. Una mañana sólo escuchaste el griterío afuera de tu casa y saliste corriendo, curioso, para detenerte de golpe en el umbral de la puerta. Los vecinos ya estaban en torno del Topaz gris que él acababa de comprar con la intención de llevarte pronto a la playa. Viste primero a tu madre llorando, de bruces al piso, junto a la portezuela abierta del vehículo. Caminaste con lentitud hasta abrazar uno de los postes metálicos del tejado. Lo rodeaste con tus brazos, lo apretujaste hasta sentir que te adoptaba. Alguien corrió hacia ti para cargarte, para impedir que observaras algo más poniendo tu cara contra su pecho. Lo consiguió, pero ya era demasiado tarde. Alcanzaste a estudiar la muerte, a presenciarla por primera vez. Entonces no sabías que sería para ti más una motivación que un miedo. La muerte fue esos segundos en los que viste el cuerpo de tu padre a bordo del Topaz gris en el que nunca fuiste a la playa. La muerte fue su cuello rajado de un mastoideo a otro. La muerte fue su camisa ocre como un lienzo y toda la sangre que alcanzó a chupar. La muerte fueron las miradas de lástima que todos los presentes te obligaron a recibir como si se trataran de una ofrenda. La muerte fue un viento parco que no pudo

llevarse los gritos y el llanto y la desazón y el coraje de tu madre, que no pudo alejarlos de ti. La muerte fue ese último recuerdo de tu padre, el que tratarías de olvidar con la piedra y el perico que empezaste a consumir dos años después. La muerte fue recuerdo. La muerte fue memoria.

Disparar, porque eso es lo que te dijeron que hicieras si el asunto se te salía de control. Tu brazo, un látigo que azotaba el aire tras cada detonación del arma. Proyectiles, al igual que tú, arrojados al mundo como groserías inacabadas de pronunciar. Ya estabas muy débil, sólo el orgullo te mantenía en pie, y la adrenalina natural de tu cuerpo ya no conseguía excitarte. Los gritos: uno solo, el mismo de siempre, el que conocías de memoria. Los disparos desvirgaron las paredes, los ventanales, los refrigeradores, el techo, pero no atinaron a atravesar el cuerpo del enorme individuo que se desplazaba en tu dirección. Sólo entonces pensaste que quizá había sido un error. ¿Qué le demostraba eso a tu tío? Era un simple asalto, tarea de gatilleros prescindibles. Definitivamente fue un error. Debiste inhalar más. Pero tenías trece años y confundías tu adicción al polvo con la bravura. ¿Qué le estabas demostrando? Para él seguías siendo un huérfano, vomitado en este mundo como el ácido biliar que abandona el cuerpo tras la peor noche de todas. Uno que se podía tirar a tres mujeres en una noche, sí. Que cargaba hierro. Que torturaba con una elegancia incomparable. Que inhalaba sólo si no era cortada. Pero eras un niño, porque tenías trece años, y esos eran los únicos juguetes que te enseñaron a usar.

Antes tuviste once años y una madre que se inventó otra vida. Se quedaron con tu tío porque él se encargó de procurarlos. Aunque no había reglas trazadas, ambos, tú y ella, tuvieron que entender que la familia no era primero, porque del negocio vivía la familia. El tiempo o la resignación, que bien podrían ser lo mismo, arrancó cualquier intención de justicia, y ella, tu madre, debió aceptar como un favor inhumano de tan piadoso el hecho de que tú siguieras vivo, que tu existencia se viera intacta pese a la posibilidad de que al crecer pretendieras la venganza por mano propia. Pero no habrías de crecer tanto como para formular esa idea.

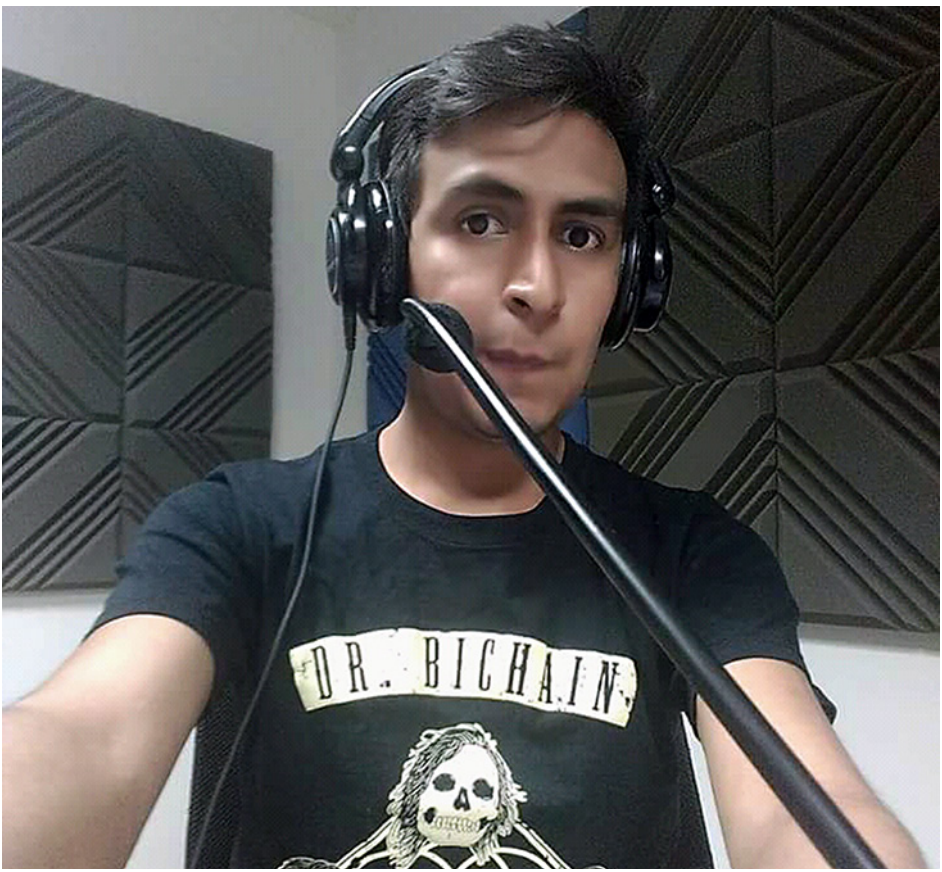
Tuviste once años y una madre que se olvidó de serlo, que tenía a la mano lo que quisiera meterse. Una madre a la que viste coger con cuanto sujeto se le antojó. Que encontró en su sexualidad la anestesia momentánea para mermar el

desconsuelo que en realidad ya nunca la abandonaría. Que pronto decidió el día en que habría de morir, y que quiso enseñarte a ser un hombre antes de largarse, como se fue, muerta por sobredosis de heroína.
Tú ya fumabas hierba en secreto, porros que los empleados de tu tío te regalaban como si fueran chocolates. Pero tuviste once años y tu madre te armó tu primera línea, te sirvió tu primer trago de whisky. También te presentó la desnudez femenina en el cuerpo de una de una prostituta de dieciocho años recién comprada por tu tío. Algo te insinuó esa corporeidad que se exhibía fresca ante ti, medrosa aún, pero sólo consiguió apabullarte como el niño que eras. Por eso tu madre, al verte tan asustado, decidió que ella misma te asistiría durante tu travesía por ese quicio.
Una pastilla de éxtasis. La habitación. Tú recostado en la cama tratando de darle un nombre a esa ansiedad que nunca habías sentido. La joven prostituta a tu lado, lengüeteándote las orejas, la nariz, la boca. Tu madre, recargada en la puerta, mirada revisora, dando las órdenes: chúpaselo, pónselo duro, móntalo, que grite, que se deshaga.
Te abrazaste de aquella piel aún fresca como si después de las sábanas sólo el vacío. Como si tu padre también te estuviera viendo y no quisieras su desaprobación. Pero él ya nunca más estaría ahí. Ya sólo tú y esa mujer, niña aún, con sus cariñosas manos desanudando tu miedo. Gráciles, tendiéndose por tu piel de roble blanco, serpenteándola, trazando medialunas como si te enseñara a dibujar. No fue tu primera erección, pero ahí descubriste para qué servía una. Entonces recordaste el arcaico rito que veías a tus padres entretejer en el cuarto de la Soledad, y algo parecido a la inercia te hizo penetrarla y empezar a bombear, a gemir por simple imitación. ¿Acaso todo acto sexual no es una réplica inexacta de otro que se ha visto o ejecutado antes?
Tuviste once años y te fue imposible el acto expiatorio de la eyaculación. Tuviste once años y la vida era eso. No estaba en ninguna otra parte, en ningún otro sitio, sólo en esa habitación.

Ya sólo el inmenso cuerpo sobre ti. La botella de cristal primero rajándote la cara, después el cuello, y finalmente saliendo disparada en cualquier dirección para que sus puños quedaran libres y pudieran golpearte a placer. Manoteaste buscando la Colt, pero ya nunca más volverías a asirla. Sólo lograste ver un abdomen inacabable de tan redondo y sentir cómo te iba comprimiendo hasta

dejarte sin aire. Sus brazos rollizos embistiendo tu cuerpo una y otra vez con la furia de cien árboles septuagenarios que acaban de ser derrumbados y caen al mismo tiempo. Ya sólo un grito, el tuyo, o el intento de uno. ¿Para qué? ¿Qué le demostraba eso a tu tío? Te equivocaste. Debiste inhalar más. Hacerlo justo antes de sacar la escuadra y entrar a la tienda. Fue un error de principiante. Pero tenías trece años. Eras un niño jugando a sobrevivir.

Orlando Tristán



San Luis Potosí, México, 1990. Estudió la carrera de Lengua y Literaturas Hispanoamericanas por la Universidad Autónoma de San Luis Potosí y desde el 2010 comenzó a asistir a talleres literarios en la ciudad de Guanajuato. Mismo lugar donde se han publicado algunos de sus poemas bajo el sello de la editorial universitaria por parte de la Universidad de Guanajuato. En 2018 dentro del marco del Segundo Festival Cultural Toltecáyotl se dio el estreno de su primera obra de teatro en lectura dramatizada titulada *Pathos* en el Museo Nacional de la Máscara. Actualmente se encuentra desarrollando la serie de cuentos *Santa Rosa*.

El enano marxista Lumpenstiltskin

Le decían Lumpenstiltskin de joven por la manera de "combatir" las injusticias del sector aburguesado a través de favores que en más de una ocasión se disfrazaban en chantajes con el objetivo de llevar a la cama a las más inocentes mujeres. A los veintidós años a duras penas medía 1.50 m. Tuvo más detractores que colegas cuando fundó la casa cultural Esmegma, pero en realidad no existió persona que lo apoyara. Nadie quería tenerlo como amigo y la gran mayoría de sus conocidos evitaban tener contacto cercano con él, le decían que era una persona desagradable ya fuera en su cara o en dichos a las espaldas. El punk de por estos lares tercermundistas es una verdadera expresión lumpen. Así que ya ves que no nos importa mamársela a un pinche político por unos cuantos varos. Bueno, ¿tienes o no los doscientos mil? ¿Quieres hacerlo? De esa manera conoció a Susi en su periplo a los lugares jodidos de Santa Rosa del Cristero y fue el infame día cuando se inspiró para los ataques terroristas de la década de los ochenta. A los veinte años comenzó a estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras de la UASRC pero sólo duraría un año ya que la institución educativa desafiliaría al campus por el temor al momento comunista de finales de los sesenta. El anhelado deseo del enano era convertirse en un escritor beat y su meta de vida a los 23 años era simplemente conducir un auto Impala y atravesar los miles de kilómetros de carreteras de México pero sólo pudo conseguir una pulguita y su viaje duraría una semana; se desencantó por el poco dinero que llevaba y por la soledad. Es de reconocer su valentía pues participaba en los mítines inclusive los que se desarrollaban fuera de su ciudad aunque terminó asistiendo al de la matanza del jueves del Corpus Christi donde afortunadamente paró en el Palacio Negro de Lecumberri donde saldría libre rápidamente ya que su madre se acostaría con un agente ministerial ligado a los Halcones. A los 27 años escribiría un cuento que increíblemente resultó ganador del certamen literario Roberto Reséndiz. Dicho relato lo consideraron rápidamente como uno de los más importantes de la historia literaria de Santa Rosa. Dejaría de escribir por un tiempo considerable y tres años después incursionaría en la industria pornográfica de la ciudad cristera cuyos "mediáticos" integrantes estaban en un total anonimato al igual que dicha rama cinematográfica. Su

pene medía entre los 20 y 25 centímetros, ideal para dar una buena impresión a cuadro ya que contrastaba con su peculiar estatura. Las producciones raramente se proyectaban en la ciudad pero por alguna extraña razón eran exportadas a la Ciudad de México y a Europa del Este, lugar donde extrañamente tendrían un éxito rotundo, sin embargo se remitían como mero producto pirata. El gran sueño del enano era conocer a Linda Lovelace pero nunca pudo cumplir tal deseo. Su carrera como actor de películas para adultos sólo duraría dos años justo en el momento en que su figura comenzaba a llegar a un pináculo erótico con el sobrenombre de "El tachuela". Retomaría su labor literaria y cultural. Se enamoró de la escritora Diana Moore cuando la conoció en un taller literario organizado por Donoso Pareja pero lo desairaría por considerarlo una persona asquerosa. Un día soleado de verano propuso que organizaran una marcha para la destitución de cierto mando policiaco y después unirse en una orgia descomunal entre los miembros del grupo político liberal-marxista pero recibiría una bofetada por parte de la escritora y la subsecuente expulsión del partido, hecho que no le restaría importancia para el curso de su vida. Cuando inició los trámites para obtener los permisos pertinentes con el objetivo de inaugurar su Casa Cultural Esmegma no tuvo el apoyo de los grupos artísticos de aquel entonces ni de las personas más cercanas a él. ¿Quién te crees para nombrarle así a un proyecto cultural, cabrón? No seas pinche asqueroso, aparte es ilegal. Ningún otro cabrón ha ganado el Roberto Reséndiz. Ya verás que habrá quien me apoye. Recordaba en ese instante aquel momento cuando se inspiró en su cuento ganador llamado "El Minsa" de cuyas críticas variadas, la que más le sorprendió fue la del escritor argentino Manuel Puig quien fue jurado sorpresa y diría que era una de esas historias donde el aroma a sangre, semen y violencia acrítica se percibía desde los primeros párrafos. Un paréntesis de la literatura mexicana de la década de los setenta cuya creación fue producto de un shock al haber leído la mini-novela El Fiord de Lamborghini. Había conseguido el lugar pero lo que pondría un escoyo fue la manera en cómo le quería llamar. Le siguieron aconsejando que le quitara el nombre pero en su determinación estoica no accedería por lo que al final fundaría la casa cultural con el nombre de Esmegma. Muy pocas personas se integrarían al nuevo proyecto tanto que al primer taller literario sólo asistiría una sola; un joven de tan sólo 18 años cuya aspiración era tener una mejor obra que Rimbaud antes de los 20. Pasaría un mes y se concretaba su mayor fracaso artístico al cerrar definitivamente su casa cultural y ser

estigmatizado por el ambiente cultural posterior ya que después no encontraría un trabajo estable. Su vida lumpen comenzaría de manera latente. De su departamento lo desalojarían inmediatamente. Vagó por la zona oriente de la periferia de Santa Rosa en la búsqueda de un lugar para habitar. Pobre enano, está de la chingada, ¿no podemos ayudarlo? Nel, él se lo buscó. Se hizo adicto al activo y al resistol amarillo y se enamoró de Susi, una chica que había sido rojilla pero sus ideales revolucionarios se irían gradualmente a la cloaca por el gusto a las monas de guayaba. La irónica ideología punk había perpetrado a los suburbios de Santa Rosa. Susi había nacido en la antigua colonia bávara que para finales de los sesenta comenzó a ser una de las zonas con mejor plusvalía de la ciudad. Su papá era médico cirujano estudiado de la UNAM y se instaló en Santa Rosa debido a un retiro sabático informal por la represión del 68 ya que al ser uno de los principales líderes estudiantiles tendría que abandonar la ciudad. De él había heredado su afición por el Che Guevara y las composiciones de Silvio Rodríguez. Cuando cumplió los quince años se fugó de su hogar. Comenzó a interesarse por los movimientos situacionistas y por los postulados de Debord. Solía ir a las mansiones de la gente adinerada y a las grandes sucursales extranjeras que comenzaban a aparecer y vandalizaba poemas de Baudelaire y escritos de Artaud a las fachadas de éstas. Más de una ocasión paró en la correccional de menores. Probó por primera vez el activo y a partir de ese momento comenzó el declive para ella. Su hogar adoptivo era una "casa rodante" y sentía ella que cumplía con los preceptos de la teoría de la deriva pues esa casa rodante era un camión de basura que deambulaba por la ciudad; los desechos se habían convertido en una pinacoteca para ella. Su familia se había olvidado de su existencia, o contrario a lo que pudiera creerse, tal vez sus padres apoyaban su vida artística. Los personajes se habían conocido un día lunes, día predilecto de los asquerosos niños punks para ir en búsqueda de alguna prenda en buen estado de entre aquellas pestilentes secciones de gigantescas montañas de basura del tiradero municipal de Santa Rosa. Si quieres cogemos en el camión, sólo le adecuamos un espacio cómodo y ya está; no hay pedo, ya lo he hecho antes. Sorprendentemente el enano dio pie para atrás a la fellatio que había planteado desde un inicio. Consiguieron pocas prendas de vestir de aquellas montañas de telas y abordaron la parte de atrás del camión de basura. Mientras salían de la periferia de la ciudad, observaban los grandes espectaculares que se encontraban a la orilla de la carretera. Susi sacó de su deshilachada gabardina una pequeña libreta de

apuntes cuya función pretendía ser la de un hipotético libro de poemas. Apuntaba los principales sintagmas nominales que alcanzaba a leer de los anuncios. Las calles nos dicen siempre algo, son creadores de bonitas historias. El ataque sucedió la mañana del 15 de septiembre de 1983. A lo largo de la calzada principal del centro de la ciudad, el intoxicado enano marxista colocó cinco explosivos justo en cada cruce de las que se conectaban paralelamente las calles. Fallecieron cuatro personas, tres trabajadores de intendencia y una señora que su intención era asistir a misa. Los hechos se le atribuyeron al grupo liberal-marxista, acto que para el gobierno del infame Contreras había caído como anillo al dedo pues al culparlos terminarían con su credibilidad sin embargo hicieron desaparecer a algunos integrantes entre los que se encontraba Diana Moore. ¿Cómo supo el enano Lumpenstinskin fabricar bombas caseras? En su etapa de vida siendo un actor pornográfico conoció a Arturo, chileno de nacimiento quien fue integrante del MIR y en 1975 el gobierno de Echeverría le ofrecería exilio político. Era un gran fabricante de explosivos. La esposa del guerrillero había muerto en su lucha para derrocar al gobierno de Pinochet y tan pronto llegado a la Ciudad de México intentó ponerse en contacto con la lucha de resistencia pero le fue inútil debido a la gran distancia y también por el perfil bajo que tuvo que adoptar. Cuando falleció Emilia, dejó un gran vacío en Arturo que le provocaría una fuerte adicción al sexo pues se acostaría asiduamente con prostitutas. Su miembro medía cerca de los treinta centímetros y la Bertha, una prostituta alfa sobreviviente de las Poquianchis le aconsejaría marcharse a Santa Rosa, pues se rumoraba que en esa ciudad comenzarían una casa productora pornográfica con una buena remuneración económica y también para calmar su fijación por el sexo descontrolado. Aquella mañana fresca en Santa Rosa ninguna persona podía dar crédito de lo que acontecía. Nadie inculparía al enano.

§

Víctor Santana

Tijuana, 1982. Es Doctor en Filología Hispánica por la Autónoma de Madrid y autor de *No es material para pistas de baile* (2015). Fue editor de *Traven Fanzine*.

Si una tarde en el cine un joyero

El verano de 2011 fue un asco. El calor y los Zetas se habían propuesto aniquilarnos y yo estaba más solo que una perra olvidada en una isla. Óscar David, mi mejor amigo, me ignoró para dedicarse a un novio que estudiaba la prepa. Daniela, mi mejor amiga, también tuvo pareja: un reportero de *Multimedios* que ambicionaba integrarse a la barra cómica del canal y que le contaba los pormenores de *¡Benditos caranchos!*, un programa de variedades que había imaginado. Ocurría en Caranchópolis, una ciudad galáctica gobernada por un canguro demente que en el principio de los tiempos segregó el esmegma que había dado origen a los conductores, bailarines y payasos del elenco.

Jorge, mi exnovio, no quería verme si no volvíamos. En dos meses de noviazgo no hicimos otra cosa que coger y fumar mota en mi depa y el estacionamiento del Hospital Christus Muguerza. Jorge era diabético y por aquella época caía enfermo cada dos semanas. Su mamá aprovechaba mis visitas para ir al casino, y cuando su papá me veía en el hospital me decía que cenara, pues el seguro cubría todos los gastos.

Como no soportaba los lugares sin aire acondicionado, julio y la mitad de agosto apenas salí. Entre semana pedía comida a domicilio, los sábados iba por coca con el Pelón (el viene-viene de Parking) y los domingos al HEB a comprar víveres y cigarros. Pasé tanto tiempo solo que al final del encierro había escrito un libro de cuentos drogones que nunca pude publicar.

Preparé los temarios del próximo semestre, y Óscar David y Daniela terminaron sus relaciones. Un viernes fui con Daniela y sus amigas a Topaz y al siguiente con Óscar David a Parking. Después vino el atentado en el casino y eso deprimió a todo el mundo. Al primero que llamé fue a Jorge, para asegurarme de que su mamá estuviera bien. "Yo sólo tengo tres vicios", me había dicho una vez la señora en el hospital, "el cigarro, la cerveza y el casino". Era flaca, mucho más morena que su hijo y el brillo enfermizo de su piel confirmaba su afición al chupe.

"¡Gracias por llamar, osito! Estoy con mi mamá en otro casino", dijo. Luego skypee con Óscar David y discutimos quién tenía más derecho a la conmoción: él por ser regio o yo por vivir más cerca del casino quemado. En la noche fui al

departamento de Daniela y hablamos del miedo a estar en el lugar equivocado a la hora incorrecta, y me regañó por comprar coca en el Parking, exponiéndome a peligros.

El último sábado antes de empezar el semestre me metí a Grindr y tardé cuatro horas en conseguir que un vecino se acostara conmigo. Era mi segunda opción, pues flirteaba más con un joyero flaco y narizón que vivía en Cumbres. Cinco minutos después de que le di mi dirección dijo que le había surgido un compromiso, pero esperaba verme la próxima semana.

El lunes chatee con el joyero. Me preguntó qué pensaba de mis alumnos (imbéciles maleducados), cuáles materias daba (Literatura Mexicana I y Narrativa del siglo XIX), si comía en la cafetería de la UDEM (le dije que cocinaba, pero siempre comía tacos de barbacoa de un puesto y frapuchino de Starbucks). Y el jueves me invitó a cenar al Costeñito de Gómez Morín, pues tenía el fin de semana repleto de eventos.

Lo encontré en la terraza de la marisquería. Se llamaba Ángel Latoya y además de joyero era defensor de los DH (así dijo: de hache). En sus ratos libres estudiaba casos de desaparecidos, pero su pasión eran las joyas. Me enseñó en su iPhone fotos de algunas piezas que había diseñado. Se vendían en el centro comercial donde estábamos y seis tiendas de San Pedro. Pedimos tostadas de atún y tacos gobernador, y cuando terminamos de comer lo invité a mi depa. Dijo que tenía que levantarse temprano, pedimos postre y dos cervezas, y compartimos un cigarro en el estacionamiento.

Me dio un beso antes de irse. Manejé pensando que el joyero era menos guapo que Jorge, pero su cuerpecito pedía a gritos que lo sodomizara entre volteretas. En la mañana tenía un mensaje suyo, quería saber si podíamos vernos después de la comida. Le dije que sí y llegó al depa a las tres y media. Me preguntó si la lavadora y la secadora eran comunitarias. Le dije que sí, afortunadamente, pues si no tendría que ir a la lavandería, y vi en su cara la decepción de que yo no fuera propietario de un centro de lavado moderno.

Me senté en el sofá grande y él, de pie, me contó las reuniones con familiares de desaparecidos a las que iría. Daba vueltas en silencio, supongo que repensando sus compromisos. Prendí la televisión y apareció un programa de variedades ambientado en una cafetería retropunk regenteada por un payaso verde que traía a raya a sus pobres patiños. "¿Te gustan esos programas?", me preguntó y dije que no y le cambié al noticiario de María Julia.

Lo jalé de un brazo y dejo caer su esqueletito sobre mí. Empecé a quitarle la ropa y él me abrió la bragueta y empezó a chupármela con una habilidad luminosa que no me sorprendió. Por intuición, no porque su boca fuera especial. En la cama hicimos de todo (sesenta y nueves, besos negros), pero no me dejó penetrarlo. Me rozaba el culito en la punta, pero se movía cuando lo iba a clavar. Me dijo que me viniera y se sincronizó a mi orgasmo. Se echó sobre mí, lo abracé y estuvimos callados un rato larguísimo. Recordé a la mamá de Jorge. El joyero se parecía más a ella que Jorge.

Cabecee y el joyero me dio un beso, fue al baño a limpiarse y me propuso que fuéramos al cine al día siguiente. Le dije que sí y me puse a leer Wikipedia hasta que anocheció, y vi rarezas en YouTube hasta que me quedé dormido.

Me levanté a las once y llamé a Daniela para ir a comer. Fuimos a Gorditas Doña Tota y al depa de Daniela a fumar una mota ultrapotente que le había regalado el reportero de Multimedios. Me mensajeó el joyero: "Ando en Galerías Cumbres. Vente y te pago la entrada al VIP, tú nada más pones las palomitas :p" "Va" contesté, aunque tenía flojera, y manejé hasta Cumbres. Un recorrido largo, yo vivía en la María Luisa.

El joyero compró los boletos, palomitas y dos coca colas chicas. Entramos a ver Avengers, a pesar de que le había jurado a Óscar David que no la vería jamás. Estaba en contra del cine de superhéroes. Todavía me parece una forma terrible de ser masa, pero ya no tengo pasión. El joyero me contó que era fanático de la saga, admiraba a los X-Men y lo asqueaba DC Comics, pero había visto todo Batman porque era una persona normal.

Tardé en darme cuenta de que era un chiste. Más bien, de que el joyero bromeaba al tomarse tan en serio las películas. Seguía medio anestesiado por la mota y no hablé ni dejé de verlo, tratando de explicarme sus palabras, hasta que sacó su iPhone y se puso a chatear. Empezaron los tráilers y lo tomé de la mano y él puso su cabecita en mi hombro hasta que en la pantalla apareció el logo de Marvel, entonces se aferró al asiento como si estuviera en un cohete a punto de despegar.

Más que la película, me interesaron sus expresiones. Se rió con todos los chistes, y eran malísimos, peores que el suyo. En una escena Capitán América confronta a Ironman y le dice que si se quita el traje no tiene nada, y Ironman responde que aunque se quite el traje sigue teniendo sus millones y un montón de mujeres. Y no se rio nada más el joyero. En otra escena Hulk cae del cielo y destruye

un edificio. El único testigo es Harry Dean Stanton vestido de paisano, y nadie gritó "¡mira, el de *Paris, Texas*!"

Salimos de la sala hasta el final de los créditos para ver la *escena escondida*. El joyero fue al baño y mientras lo esperaba vi que tenía un SMS suyo. "Estoy en el cine con un wey de hueva, pero ahorita les caigo", leí. Es triste reconocerlo, pero tardé en entender que el mensaje no era para mí sino sobre mí. En la puerta del baño lo vi con el celular en la mano y una expresión temerosa. Sonreí y se acercó. Lo abracé y le dije al oído que yo habría sido capaz de escribir lo mismo. "Como sea, quisiera que me perdonaras", susurró en mi hombro. Entendí que era la despedida. "Okey" dije y caminé hasta la entrada del cine. Voltee y el joyero no había movido ni una pestaña.

§

Rodrigo Pámanes

Es candidato a Doctor por la Universidad de Salamanca. Ha realizado estudios de arte y gastronomía. En 2005 realizó la maestría en Literatura creativa en la Escuela TAI, en Madrid y en 2009 se graduó del Master en Literatura hispanoamericana de la Universidad de Salamanca con investigaciones sobre la novela policiaca de Francisco Amparán "Otras caras del paraíso" y sobre el modelo de adaptación cinematográfica de Luis Buñuel. Ha publicado en medios tanto nacionales como internacionales artículos, crítica gastronómica, crónicas, entrevistas, relatos y poemas.

En la actualidad se dedica principalmente a la literatura infantil y al guionismo publicitario. Desde 2003 a la fecha colabora en la organización de Las jornadas de detectives y astronautas y codirige la publicación *Cuaderno rojo estelar* (CRE). En mayo de 2014 salió publicado su libro *Poemas para niños que se portan mal* (Abismos); en 2015 un ensayo de su autoría apareció en *El complot anticanónico: ensayos sobre Rafael Bernal* (FETA) y en 2016 *Una semana en mi pueblo*, poema infantil ilustrado (Viernes editores). Imparte clases de lengua y literatura en el ITESM Aguascalientes, donde también dirige el taller literario.

Grasa de marsopa

Para Raymond

La natación nunca ha sido un deporte que me entusiasme mucho. La considero exhibicionista y caótica. Para practicarla se necesitan demasiados elementos conjuntados y un receptáculo con agua que no siempre está a la vuelta de la esquina. Cuando nado añoro la simpleza de patear un balón entre dos piedras o la de rebotar una pelota contra un muro alto para que se pierda en la lejanía del patio. Aun así nado todos los días, por disciplina, porque los medicamentos no eran suficientes, porque si quiero tener todas mis uñas intactas debo nadar, nadar hasta cansarme y recordar en cada bocanada de aire a mi corazón sonando de fondo, armónico y tranquilo.

Todos los días entro a la piscina y recupero la cordura y eso es suficiente para seguir practicando mis brazadas, no es una oda a la natación lo que cuento, es un sistema de control de ansiedad.

No soy nadador profesional, soy un escritor, o algo parecido a un escritor. Digamos que pretendo ser considerado por mis similares como un buen escritor o por lo menos un escritor solvente. Por lo menos un redactor de historias medianamente entretenidas y bien escritas, el único problema, es que no sé escribir sobre otra cosa que no me haya sucedido, soy un pozo seco de imaginación, un escritor de oficio pero sin talento que solo escribe sobre cosas cercanas y facilistas. Como ahora era un nadador, según mi credencial del club, decidí realizar una novela corta sobre Matthew Webb, adicto a la adrenalina que decidió cruzar a nado el estrecho de Dover en 1875, sin ayuda de ningún tipo. Lo se, soy tan solo un obeso nadador de piscinas techadas, pero ahora conocía el agua y eso, según mi deteriorado yo, me daba licencia para escribir sobre uno de los nadadores más insignes de la historia de la aventura.

Nunca he cruzado a nado la distancia que hay entre Francia e Inglaterra. Nunca he nadado en aguas abiertas, pero conozco el agua, nado todos los días por el tema del estrés, y eso, pensé yo, me da las credenciales suficientes para escribir el texto que comenzaría con la llegada de Guillermo II a las costas inglesas y terminaría con la muerte de Webb en Canadá mientras intentaba nadar en

las corrientes del Niágara. El texto sería una maravilla narrativa en donde el hombre enfrentaría a la naturaleza a brazo partido, en calzoncillos y sin goggles; un relato épico donde explotaría la locura del deportista extremo y la voluntad férrea del adicto a las emociones fuertes. Tenía las notas, las letras, todo el impulso creativo pero faltaba un detalle en este mar de certidumbre y era que yo nunca había cruzado el estrecho de Dover en mi vida, nunca había experimentado esos 33 kilómetros de frío, miedo, adrenalina y hambre. Yo no era un nadador de aguas abiertas y por lo tanto nunca podría escribir el relato con la verosimilitud que mis lectores exigen. ¿Qué hacer? La respuesta solo era una y una solamente: debía cruzar el Canal de la Mancha para poder escribir la historia del magnífico Matthew Webb, el primer gran loco que en 21 horas y 45 minutos cruzó la brecha de mar que separa a Inglaterra de Francia, a Europa continental del Reino Unido. Tenía que ser Webb por unos meses y unir con mi nado esos dos témpanos de tierra.

La arriesgada misión comenzó con la imperiosa necesidad de conseguir un entrenador para aprender y perfeccionar mi nado en aguas abiertas. También de hacerme de un grupo de amigos par animarme a realizar la peculiar hazaña, pues estaba seguro que mi familia solo me bañaría en reproches y comentarios negativos sobre mi proyecto literario. Digo proyecto literario porque ese era el motivo de mi aventura, el fin de la diáspora de mi sentido común: si quería escribir esa novela de forma precisa y exacta debía ser mi personaje por al menos un año, tenía que someterme al rigor del entrenamiento y por último cruzar a nado el Canal de la Mancha. No había opción, si quería una auténtica novela era necesario el sacrificio. Conseguí el entrenador, los amigos apoyaron, la familia mostró ríos de miedo fluyendo por todos lados, no querían verme expuesto, lo entendía, pero no cedería. Mi entrenador, Luis Tule, había sido un experto nadador de aguas abiertas y ahora retirado era uno de los mejores preparadores de atletas extremos del país y eso me daba la seguridad de que mi entrenamiento estaría guiado por uno de los mejores, no fue difícil encontrarlo, en cuanto escuchó mi plan y la cantidad a pagar se sumergió en la corriente de mi idea. El primer comentario realizado por Luis, cuando nos vimos por primera ocasión, fue: "lo más complicado de la práctica no es nadar doce kilómetros diarios en aguas frías, lo más difícil será encontrar un río sin perros muertos, botellas de refresco y envolturas de cualquier cosa que se pueda comprar en una miscelánea". Tenía razón, aún en el más limpio de los ríos, practicaba entre desperdicios

animales y restos de incivilidad representada por envoltorios de papas, donas y demás mierda. No podría afirmarlo pero en una de mis últimas prácticas estoy seguro de que la persona que pasó flotando junto a mí no lo estaba haciendo de forma voluntaria.

Fijamos una rutina apta para el objetivo: nos veíamos todos los días a las seis de la mañana, manejábamos hasta las cercanías del río y entonces trotaba los dos kilómetros restantes hasta la ribera. Llegando, me clavaba y nadaba contra la corriente por tres horas; después cruzaba el río en ambas direcciones hasta completar doce kilómetros. La parte más estrecha entre Dover y Calais mide 33 kilómetros y es inusual nadar esa cantidad de metros al cruzar el estrecho, pues entre las corrientes y los desvíos puedes terminar nadando hasta 55 kilómetros antes de tocar tierra. Esto lo sabíamos los dos pero Luis insistía en que era innecesario nadar tantos metros de una y, sobre todo, hacía hincapié en dejar claro que las condiciones del canal nada tendrían que ver con cualquier otra experiencia en aguas abiertas. "No por nada", decía Tule cuando hablábamos sobre los detalles del plan de trabajo, "No por otra cosa más personas han subido al Everest que las que han cruzado el Canal de la Mancha". Fueron meses de intenso entrenamiento. Todos los días, casi todas las horas, yo nadaba, corría, y Luis dirigía y corregía, era una bella rutina que ocupaba la mitad de mi día. Doce horas entre prepararme, nadar y volver a casa, después tres horas para estudiar los detalles técnicos del viaje, de las mareas, de todos las pequeñas cosas que debía dominar antes de volar a Londres, antes de lanzarme al agua, antes de ser Matthew Webb por unas horas.

Existen muchos detalles sobre nadar en aguas abiertas que son insospechados para las personas ajenas al mundo de la valentía improductiva. Quienes desde su televisión observan a los nadadores dar más de treinta mil brazadas para cruzar el estrecho de Dover ignoran que el agua salada te coce la piel, no saben que el frío puede paralizar el corazón y los músculos y, por supuesto, ignoran la reglamentación de la Channel Swimming Association respecto al uso de trajes de baño y sobre como debe ser suministrada la alimentación durante la dura travesía. El traje de baño no puede ir más allá de los hombros y tampoco puede extenderse por debajo de la entrepierna. En pocas palabras los hombres deben cruzar uno de los mares más bravos del mundo en una tanga poquito más grande que un pañuelo si es que quieren respetar la tradición masculina. Es esencial alimentarse e hidratarse durante el recorrido, pero nadie puede tocarte, la forma

de ser alimentado está normada por la CSA y habla de cuerdas, cubetas y tubos para poder recibir alimentos y bebidas. El frío, la sal, el agua, cada gota de ella es el peor enemigo, por eso los nadadores antes de cruzar cubren su cuerpo con grasa de ganso para soportar el frío y no sufrir escoriaciones en las zonas de más fricción, esto es así desde el siglo XIX y en pleno siglo XXI algunos románticos suelen seguir la tradición. Hoy en día existe una grasa llamada Swimmer's Grease que solamente se vende en una farmacia en Dover y es lo más popular entre los intrépidos nadadores pero el gran Webb utilizó grasa de marsopa y por eso yo planeo hacer exactamente lo mismo. Ignoro si comprar grasa de marsopa sea ilegal pero seguro es menos riesgoso que comprar colmillos de elefante o vesícula de tigre. No me queda claro si Webb utilizó la grasa de este animal por alguna convicción práctica o solamente se untó con la manteca del primer frasco que encontró. Aun así, creo que utilizar cualquier otro aislante me alejaría de realizar una verdadera novela. Me dice Luis Tule que existe un gel de alta tecnología de venta por la red. "Es muy útil para proteger al cuerpo del frío extremo", dice, sin saber sobre la prohibición de estas sustancias. Como muchas de las cosas hechas por los ingleses, las reglas para cruzar el Canal de la Mancha son estrictas. Pétreas, diría yo.

En el mes de julio hice los últimos preparativos. Pagué la cuota de inscripción, los derechos pertinentes y el acompañamiento del oficial para dar fe de mi hazaña. En ese momento no necesitaba poner mi fecha exacta de salida, pero insistí en apartar el 24 de agosto. Quería, no, necesitaba salir el mismo día que Webb dejó Dover. Tenía que recrear con fidelidad cada ínfimo detalle. Me advirtieron sobre la gran cantidad de personas cruzando en agosto. También me recordaron sobre la temperatura del agua y cómo en ese mes es cuando está más cálida: "entre 14 y 18 grados", dijeron con un acento casi incomprensible. Me recordaron el cariño que se tiene al primer nadador en cruzar el estrecho y que yo no era el único nadador impregnado por el espíritu del pionero. "Es el día que más personas intenta cruzar", dijeron, "también es el día con más fracasos en el año". Luis Tule hizo un plan de alimentación, hidratación, estrategia de nado, proyección de horas hasta terminar el recorrido y un caudal de anotaciones, detalles y cosas por hacer que solo atiné a revisar y autorizar. La lista tenía una versión corta que anoto:

Fecha y hora de salida	24 de agosto 10:41 (ni un minuto más)
Lugar exacto de salida	Shakespeare Beach (Dover, Inglaterra)
Lugar aproximado de llegada	Cap Gris Nez (entre Calais y Boulogne, Francia)
Distancia aproximada	18.2 millas náuticas (33 km.)
Velocidad aproximada del viento	5 nudos, dirección Norte
Tiempo de nado	Entre 13 y 21 horas
Número de brazadas aproximadas	35,000
Alimentación (cada hora)	Mezcla: grasa de ganso, nueces y plátano

La lista de Tule solo daba cuenta de lo más esencial respecto al día de la acción. Todo lo referente a trámites y demás cosas farragosas estaban clasificadas en carpetas guardadas por Luis con un orden casi militar.

El 18 de agosto llegamos a Dover. No había cielo despejado y el agua estaba inusualmente fría. Los pescadores afirmaban sentir diez grados y un viento agresivo que no dejaba desplegar vela alguna. Yo no me amilané en ningún momento, faltaban seis días para mi proeza y estaba seguro que el 24 en la mañana el cielo se abriría y llegarían cuatro grados más al mar. Lo justo para nadar en un agua helada y no en un glaciar fundido en hielos.
La casa fue erigida en 1365 como residencia del capellán de la iglesia de San James. En 1539 el clero devolvió la propiedad al ayuntamiento. No se sabe muy bien qué pasó en los siguientes 35 años pero en 1474 se volvió un lugar de mala muerte habitado por supuestos catadores y fabricantes de cerveza *ale*, que no dudaban en alterar ilegalmente su paladar o el ambarino líquido para meterse unos peniques en los bolsillos. El año en que un tipo de apellido Ramsey consiguió una licencia para vender alcohol y convertir la pocilga en la City of Edinburgh fue 1652. Fundó una especie de *pub* que duró bajo ese nombre hasta 1818, cuando adquirió su blasón actual: un caballo blanco sobre un fondo negro. El White Horse es hoy en día el bar donde todos los nadadores del Estrecho de Dover recalan los días anteriores a su travesía, es el *pub* donde comen *fish and*

chips, salchichas con *mushy peas* y refrescan sus gargantas con cidras y *ales* que recuerdan a aquellos viajeros del siglo XVII que hacían lo mismo pero sin intenciones de remojar sus testículos en aguas heladas. Webb seguramente comió y bebió en este lugar.

Los días previos a mi nado comí y cené en el White Horse. Probé casi todo el menú, con excepción del *kidney pie* porque olía a una empanada de orines. Charlé con todos los nadadores que entusiasmados con la proeza del primer nadador pensaban salir el mismo 24 de agosto. Cuando conversé con ellos les aclaré que odiaba la natación, porque me parece un deporte absurdo y sin sentido. Insistí en que yo estaba ahí por una novela que iba a escribir. Les aclaré que después de esto nunca volvería a nadar en aguas abiertas. Mi proeza sería una primera y última vez. Todos me cuestionaron, ya en confianza me llamaron de todo pero yo estaba seguro de lo mío: esto lo hacía por la literatura no por la natación, no por el deporte. Nunca por el deporte. Los días en el *pub* fueron muy instructivos. Escuché a los que han cruzado más de una vez el canal, aprendí historias sobre todos los fracasos y algunas muertes y por último cumplí con una de las tradiciones obligatorias de Dover, del White Horse: firmé la pared, como todos los nadadores antes de partir; sellé al viento mi promesa de volver a escribir en ella al regreso de Francia. "Esta noche debes dormir bien y pensar qué es una marsopa", se despidió de mí el más viejo del bar.

Bitácora del 24 de agosto	
07:00	Me despierto, no reconozco el cuarto. Bajo los pies de la cama y piso mis *goggles*. No hay marcha atrás, esto ya está firmado en mis deseos. ¿Servirá de algo darme un baño?
08:00	Decidí no bañarme, tendré más de medio día de agua salada circulando por mi piel y no lo creo oportuno. Luis preparó el desayuno: pasta con grasa de ganso, no sabe mal, más bien no sé si sabe mal, los nervios tienen secuestradas mis papilas.
09:00	Salimos en un bus hacía Shakespeare Beach. Primero paro en el White Horse y firmo en la pared como dicta la costumbre, junto a mi rúbrica anoto un mensaje: "Ya me voy, nos vemos al rato, ¿alguien quiere una *baguette*?"

09:32	Luis comienza a untarme la grasa de marsopa. Cuando los otros nadadores preguntan, mentimos: "grasa de ganso checo, por eso la textura es distinta, allá los gansos pasan más frío y comen lúpulo, por eso la grasa no parece la misma". Tengo todas las articulaciones muy engrasadas. En el resto del cuerpo solo una leve capa que me protegerá del frío. Dicen que llevar manteca en el cuerpo no protege de nada pero si Matthew Webb portó cebo yo lo haré.
10:20	Verifico los *goggles*, el ridículo traje de baño y al juez con su cara de inglés rancio. Lo más importante: me aseguro que mi alma y mi mente están listas para nadar, para escribir una novela. A partir de las 10:41 seré el nuevo Matthew Webb. A partir de las 10:41seré mi novela.
10:40	El juez me indica que puedo partir. Doy unos pasos y me detengo, pregunto la hora y dejo que se consuman los cuarenta segundos restantes, tengo cuidado de que mis pies no toquen el agua.
10:41	Siento la gélida agua y recuerdo cuánto odio nadar.
11:00	Escucho las indicaciones de Luis desde el bote. No entiendo nada. Todavía no decido en qué ocupar mi mente, cómo matar el tiempo. Recuerdo mi odio por nadar.
12:00	Ha pasado una hora. Todo va bien. No estoy muerto, no tengo el hígado congelado, tampoco estoy muriendo de inanición. De todos modos como, me meto a la boca la mezcla de cebo de ganso y plátano que preparó Luis, no puedo decir a qué sabe, mis papilas están pensando en un caldo de pollo, en un gran tazón de caldo frente a mí, y en una gran cuchara. Una cuchara tan grande que no le veo fondo.
13:00	Dos horas y media y todavía veo a los niños correr por Shakespeare Beach. No entiendo nada. Más bien solo entiendo de frío y hambre. Como. Bebo un líquido tan azucarado que alegraría a cualquier mosca. Sigo nadando.
13:30	Brazada, brazada, los pies rectos. El sol contrasta con el frío de mis orejas.
14:00	Como y bebo, lo hago en automático, no sé lo que bebo, no importa lo que como.

14:01	Reanudo la marcha: brazo, agua, brazo. Escucho una voz: "vamos, ya vas por las cuatro horas". Me río mentalmente: mis labios están sometidos al hielo.
14:37	¿A quién le ofreceré la novela? Brazo, agua, brazo. No creo que interese mucho, pero alguien podrá leerla y decir: "es medio mala aunque la historia de cómo se escribió vale la pena". Brazo, agua.
15:00	Como, degluto más bien. Luis me indica que no voy ni a la mitad, casi cinco horas y no voy a la mitad. "Resiste" me dice, "*cheer up*" comenta el juez. Se me congelan los pies. No me quejo. Nado con las manos y después de quince brazadas los pies responden. No quiero pensar lo que falta, sólo pienso en lo que ya recorrí. En las páginas que ya escribí.
15:23	Una medusa me ha tocado la pierna. Duele, duele tanto que el frío se ha convertido en una brisa de agua templada. Pido brandy, Luis me muestra un medicamento, pero yo ordeno que me pongan brandy, como lo hizo Webb cuando una agresiva medusa quemó su pierna. El dolor sigue, el mar no se termina, llamar estrecho a algo tan ancho es una pendejada.
16:00	Como, escucho, bebo, reanudo.
16:45	Estoy seguro que será un gran texto, una novela realista. Brazo, agua, dolor, dolor, dolor, dolor…
17:00	Como, escucho, bebo. Mi mente duerme, mis músculos gritan, las medusas se ríen de mí.
17:17	¿Qué hago en esta agua fría y extranjera?
18:00	Más comida, vomito un poco y hay peces que salen a comer los desperdicios. Luis escribe, no comprende, pero escribe.
18:30	Mente en blanco, como sonámbulo del pensamiento lanzo los brazos al frente y acarreo agua.
19:45	No recuerdo si me dijeron que ya pasé la mitad o que estoy en la mitad o si estoy partido por la mitad.
20:00	Recién me doy cuenta que es casi de noche, ¿o es de noche? Como, bebo, dicto.

20:32	Las luces de los barcos son mis guías, nada más, mi mente me deja por momentos y son las luces las que me acompañan.
21:00	La noche es cerrada, las mareas me han arrastrado por dos horas, dice Luis. "Un esprint de tres horas para poder pasar la marea", anota Luis. Él calla y anota.
22:41	Sigo pensado que nadar es un deporte idiota.
23:00	Sin comer y sin beber sigo nadando, no me detengo, tengo que salir de esta contracorriente.
23:35	Desde el barco me gritan, me detengo, Luis me dice que apenas he avanzado unos metros, pero ya salí de la corriente. Como, bebo, dicto. Lloro un poco.
24:00	Estoy a pocos kilómetros. Webb tardó casi 22 horas, yo lo haré en menos pero llegaré el mismo día, el 25.
24:40	Como, pienso, lloro. Mi piel está cocida por la sal, mi mente sedada por el frío, no creo lograrlo. Las luces me invitan a seguir, el sentido común me tiene pensando en una cama. En una gran cama con tres almohadas.

Bitácora del 25 de agosto. Día de llegada	
01:00	Grita Luis que es menos de un kilómetro lo que falta, le pido que lo anote. Como. Bebo. Pienso. Brazo, agua, brazo. Brazo, agua, brazo.
1:30	Recuerdo la novela, ¿cuál novela? Nado, nado, nado, nado, nado. Veo luz.
2:00	Nado, nado, nado, brazo, luz, brazo, luz.
2:34	*Arrêtez, les pierres casseront votre tête!* No sé francés pero entiendo de gritos.

2:36	Pido ayuda, me dicen que no es posible: "Debes subir tú solo" anota Luis, no lo grites. No sé si las palabras salieron de mi boca pero lo pensé muy fuerte.
2:39	Termino de subir las rocas. Me reciben con silbatos marinos, luces y gritos en tres idiomas, al juez le da igual que haya llegado, ve esto todos los días, todo el día.
2:40	Regresamos a Dover. Duermo, duermo, duermo, duermo, no más brazos y luces, no más brazos y agua, no más cebo de ganso y gritos sobre piedras y peces. Anota Luis, anota.

Mis dientes están cansados. Durante dos horas sonaron como pájaros carpinteros y el agua caliente resbala por la grasa y me esperan papeles y más papeles para volver oficial mi hazaña. No veo nada, no escucho nada, todo son espumarajos de agua marina por mi mente. Ponen comida en mi boca, suero en mi vena, mantas en mi cuerpo. Yo solo veo espuma. Por un momento mi cabeza se llena de medusas y el recuerdo sigue siendo una leve deformidad en mi piel.
Bebo, como y adolezco. No tengo fuerzas para pensar en nada. No recuerdo mi novela ni a Webb ni lo mucho que odio nadar. Luces, medusas, hambre y frío; cubos de hielo golpeando todo mi cuerpo, azotándolo con gélidos recuerdos. Vuelvo a soñar con un caldo de pollo, esta vez es una marmita gigante. Mientras como me siento nadar en la gran olla y sueño con escribir una novela sobre la primera vez que se hizo un pollo en caldo. Duermo, duermo, duermo: en un momento de dolor desperté.

Han pasado doce horas y mi recuperación del mar comienza a devolverme a la realidad. Perdí quince kilos en la batalla contra el mar y las 50,000 calorías quemadas destrozaron toda la posibilidad de tener ánimos por muchas horas. En la cama de hotel pienso y sueño por momentos en un viento que cruza el estrecho erosionando los blancos acantilados de Dover. Pienso en la novela, en Webb, en mi carne cocida por la sal marina, en mis testículos congelados de miedo, en mi cara ausente, en las grietas de mis axilas. Pienso en la novela, en las trecientas páginas que escribiré sobre el Canal de la Mancha, en quién la leerá, en dónde la reseñarán. Pienso en muchas cosas, menos en ponerme de pie, tampoco pensaba en nadar, nadar es estúpido, nunca nadie debe pensar en nadar.

Luis afirma que mis sueños y alucinaciones duraron horas. Hablé de pollo y peces, de hielos y espumas, de ganas de llorar y sentimientos de morir, eso dice Luis y seguro es verdad, pero lo que me cuenta no podrá ser nunca una novela. Hablar de pollos y peces es lo menos literario del mundo. Es lo más elemental. Yo estoy seguro que soñé con los blancos acantilados de Dover y eso me basta.

Una vez recuperado decidí salir de casa, me calcé los zapatos y cubrí mi cuerpo con tantas prendas como pude. Luis estaba preocupado. Fue firme al advertirme sobre salir de la casa: "estás débil, no hay prisa". Él no tenía prisa, yo sí. Caminando por la calle fui cogiendo fuerzas, era como si el viento transportara ánimos a mis músculos. Fueron cien o doscientos metros, no recuerdo bien, pero llegué al White Horse y comencé a buscar mi recado del día en que cruce el estrecho. Lo localicé al lado de Matías N., debajo de July Ors. Mi recado estaba impoluto, con caligrafía perfecta. No traje *baguettes* para nadie, pensé, pero sí traje una novela conmigo, con mis brazos, con mi piel, con Webb. Rubriqué con orgullo, no con mi firma, lo hice con mi nombre completo: Gerardo Argüelles.

Octavio Guerrero

San Luis Potosí, 1996. Estudiante de la carrera de Lengua y Literatura Hispanoamericanas en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Ha publicado cuentos, crónicas y ensayos en distintas revistas de México, Colombia y Estados Unidos. Desde el 2016, es corrector y colaborador de *La Cripta Pulp Magazine* (Tepic, Nayarit). Actualmente, estudia en Granada, España. Escribe y vive en el Albayzín, un barrio multicultural lleno de callejas, grafitis y perros. Su más reciente colaboración fue para el CEART, en el dossier *10 años, 10 cuentos*.

Burley

Cuando llegué a Burley, Idaho, tenía sólo veintiocho años, una esposa joven y hermosa: mexicana como ya casi no hay. También traía quinientos dólares, me servirían para poder pagar la renta de un mes en lo que encontraba dónde *talachar*. Ese billete me hacía sentirme no tan vacío, porque cuando uno ya lleva rato viviendo aquí, la vida se vuelve rutinaria, trabajosa, matada; no sé bien ni cómo, si casi nunca nos falta trabajo, y como dicen en mi rancho: "si uno está triste hay que *talachar*".

Conocí a "Don Scott" —así le dicen los paisas- afuera de una tienda de a dólar. Escuché su troca, no arrancaba y como pude le hice entender en inglés: "yo le puedo ayudar". Rápidamente me asomé al cofre y mis manos se llenaron de aceite. Apreté rápidamente una bovina de la troca y ésta arrancó al llavazo. El viejo me tendió la mano y me dio cincuenta dólares. Los acepté. Mi esposa tendría hambre pronto y mi futuro hijo también. Me preguntó si estaba jalando, contesté que no. Él se palpó los bolsillos del pantalón y segundos después abrió la puerta de su camioneta, un sonido indicando una puerta abierta y el olor a asientos de piel le daban a uno ganas de superarse. El viejito de tenis blancos me extendió un pedazo de papel diciendo que lo llamara más tarde. Sabía mecánica porque aprendí en el taller de mi padrino, un viejillo que vende droga allá en Baja Califas, y bien listo, si te lleva a un restaurant a comer: dice que pidas *soda*, *fries* y todo lo que tú quieras. Cuando toca pagar se va al baño y se queda ahí un buen rato. Regresa cuando le calcula que has pagado y se ríe, aunque el vato la mera verdad tiene lana, pinche viejillo. A mí me dijo: "esto se baila así, por si le gustas entrar". No me gustó dividir mi tiempo en repartir *loquera* en una *vespa* y afinar *Tsurus* de taxistas. Me vine a la *YUESÉI*, y cuando empecé a ganar billete en California, poniendo piso en mansiones de lujo a la orilla de Long Beach, decidí simplemente mudarme, escapar: manejé y manejé hasta creer que ya había llegado al límite de este país. Ahora estoy en Idaho, pegado a Canadá, pero no me quejo, uno nunca sabe dónde va a terminar por ser mojado y mientras haya jale no hay que estar tristes ni agachados.

A la mañana siguiente ya estaba trepado arriba en una *F-250* de diésel, hasta con *traila* remolcada en la troca. Mi tarea era *easy, my friend*, decía Don Scott

con sus dientes blancos como sus tenis. Yo me encargaría de chequear las vacas enfermas en el establo, todo ésto junto a otros paisanos, casi todos sombrerudos de Sinaloa que ahora están aquí, en Idaho. Lejos de los quioscos y las plazas que de niños los vieron jugar beisbol, pero luego éstos se transformaron en construcciones, campos y cocinas de restaurantes y los infantes en trabajadores. Chequear las vacas era sencillo, simplemente había que mirar si no sangraban, especialmente de las ubres. También poner atención en las preñadas, si la vaca se muere los becerros también, y si se *petatea* el ganado nos morimos nosotros de hambre.

Los paisanos de Sinaloa se la llevaban *easy*, algunos se acostaban dos o tres horas en el suelo y recargaban sus cuerpos corriosos vestidos de franela en la paja. Bajaban el ala de su sombrero y se cubrían el rostro. Otro se quedaba echando aguas por si venía alguien, y eso era nunca. Yo no me dormía ni descansaba, lo segundo nomás pa' comer, tampoco bajaba el ala de mi sombrero. Me gustaba trabajar y ganarme cada dólar… esperar a el que como dice mi mujer: "ya viene en camino".

Al poco tiempo comenzaron las envidias de mis propios paisanos, los de Sinaloa. Ya no me volteaban a ver, pero a veces todavía me invitaban un taco cuando traían e igual yo: el dinero no se comparte acá pero la comida sí. El caso es que yo no me dormía y siempre presentaba mi jale en tiempo y forma, como nos indicaba el patrón. Éste comenzó a pagarme tres mil dólares al mes, también me dejó quedarme en una de sus casas con mi esposa, y hasta utilizar la camioneta del trabajo como propia. Igual sábados y domingos, días en los que descansaba. Don Scott nunca nos traía a raya en el trabajo, nosotros podíamos hacer y deshacer si queríamos, pero como no se vive en el país de uno; hay que portarse bien. Los únicos días donde nos poníamos más al tiro eran los fines de mes, ya que Lucas, el hijo de Don Scott venía de la universidad a ver cómo iba el jale y a visitar a sus papás: los viejitos de tenis blancos. Lucas traía siempre un *Jeep* color rojo. A veces yo le cambiaba el aceite, le daba servicio y hasta le reparaba los frenos. Había empezado a arreglar los carros del patrón y de los de Sinaloa. No les cobraba caro, como ellos dicen: soy baratero y de confianza.

Una noche se me hizo tarde en la granja, pero Don Scott era justo y pagaba por lo que muchos ilegales pelean pero casi nunca ganan: las horas extra. Terminé de limpiar la *traila* y de recoger a las vacas del veterinario: ninguna muerta y las demás ya habían sido inyectadas y desparasitadas. Nacerían algunos becerros,

y si me iba bien, me darían un bono o saldría alguna troca para arreglar y sacar una feria extra, porque siempre me recordaba mi mujer: "aquél ya viene en camino". Manejaba para la casa siempre al millaje señalado en la carretera; cuarenta y cinco millas por hora. Llevo once años en los *states* pero no sé ni cuánto vale una milla o un kilómetro. Ni la primaria acabé. Mi papá juró y perjuró que acá me iría mal, pero yo quisiera que me mirara ahora: troca de diésel, tres mil dólares al mes y hasta mujer bonita. Cuando nazca mi hijo en una de ésas voy a mandar por él.

Todos los días, a las 6 de la tarde, la ciudad se vacía. Los trabajadores del condado, en su mayoría hispanos, debemos pararnos pa' jalar al día siguiente, igual mañana y pasado; hasta que la vida de *wetback*[1] nos deje seguir con esta locura ambiciosa. Tras una máquina de volteo o con una pala haciendo hoyos pa' los *sprinklers*, da igual, de cualquier forma le entra uno al jale. Luego dicen que el tal Trompas nos quiere sacar. "Que el futuro del mojado está en Canadá". Según, allá uno tiene permiso de trabajo y se vive re bien. Otros dicen que nieva casi todo el año, pero yo les digo: "cuando eso pase alguien deberá quitar la nieve de las aceras". Luego pienso, me la voy a rifar y aquí mero me voy a quedar, en Idaho. Uno se acostumbra a ganar de los *purititos* verdes. Yo manejaba siempre con una licencia conseguida del patrón, todo legal, nada chueco. Trataba de no dar problemas, porque acá, si te tuercen patón luego luego te dan bajón. Ya de regreso a casa, para ver a mi mujer, el reflejo de las luces azules y rojas apareció en el retrovisor.

—*Can I see your license, sir?*

—*Yes, officer.*

—*"Immigrant with permission to drive in Cassia and Minidoka county".*

—*Yes, sir.*

Como creyendo que su placa y sus dientes blancos iguales a los de Don Scott le daban derecho, comenzó a romper mi licencia con una navaja que traía en el cinturón de policía. Me señaló una luz de la *traila* que estaba fundida, ésta iluminaba la mitad de la placa. Gracias a una lucecita yo me acababa de quedar sin licencia.

—*See you soon, Pablo, very very soon…*

---

1. Traducción en inglés de espalda mojada (mojado).

El gabacho me entregó el *ticket*. Mil quinientos dólares. Ya ni pedo, es mejor pagar. No como allá, en el país de uno; donde a veces hasta por trescientos varos se libra una situación. Al día siguiente pagué el *ticket* en las oficinas y me fui directito a jalar. No me esperaba que al otro día, al salir de mi casa en la mañana, la policía del condado y hasta el sheriff me esperaran en la puerta de mi casa. Con el dolor de mi corazón dejé sola a mi mujer. Don Scott fue por mí cuando cumplí la sentencia. Cuando salí de la celda, el gabacho celador del área donde yo estaba me llamó *taco eater* y se empezó a reír, algo me decía que no sería la última vez. Según la policía, me habían encerrado por evadir el juicio gracias a la infracción de la luz, y encima de eso, también me atribuían el andar manejando sin licencia. La mera verdad yo no sabía de ningún juicio, a mí sólo me dieron a entender el pago, al menos esa historia le conté a Edwin, un *guatemalita* que compartía celda conmigo, su delito había sido chocar bajo los efectos del alcohol. Ésa sí que aquí no te la perdonan, ni siquiera a Edwin. De seguro ya va en camino a ver a su señora y a sus hijos, pero uno noche antes de salir me confesó que él ya no se sentía "ni de aquí ni de allá" y si por él fuera, mejor se moría antes de regresar. Llegó febrero y los días empezaron a ponerse cada vez más grises en Idaho, y yo, cada vez más desesperado. Todos los días trataba de evitar los retenes de la policía en la ciudad justo a las cinco de la tarde, la hora de salida pal' hispano y para algún gringo que todavía le hace a esto de la clase trabajadora. Me atoraban siempre por lo mismo, *no license*, una, dos o tres noches preso. Ya hasta tenían mi nombre y foto por haber caído varias veces. Una cosa era cierta, yo me había movido de California pensando: "entre más al norte más seguras las cosas", pero me equivoqué y la ley se estaba poniendo cada día más dura. Ya de última llamé a un abogado, de espectacular en la carretera:

ESQUIVEL LAW FIRM

Bufete de abogados

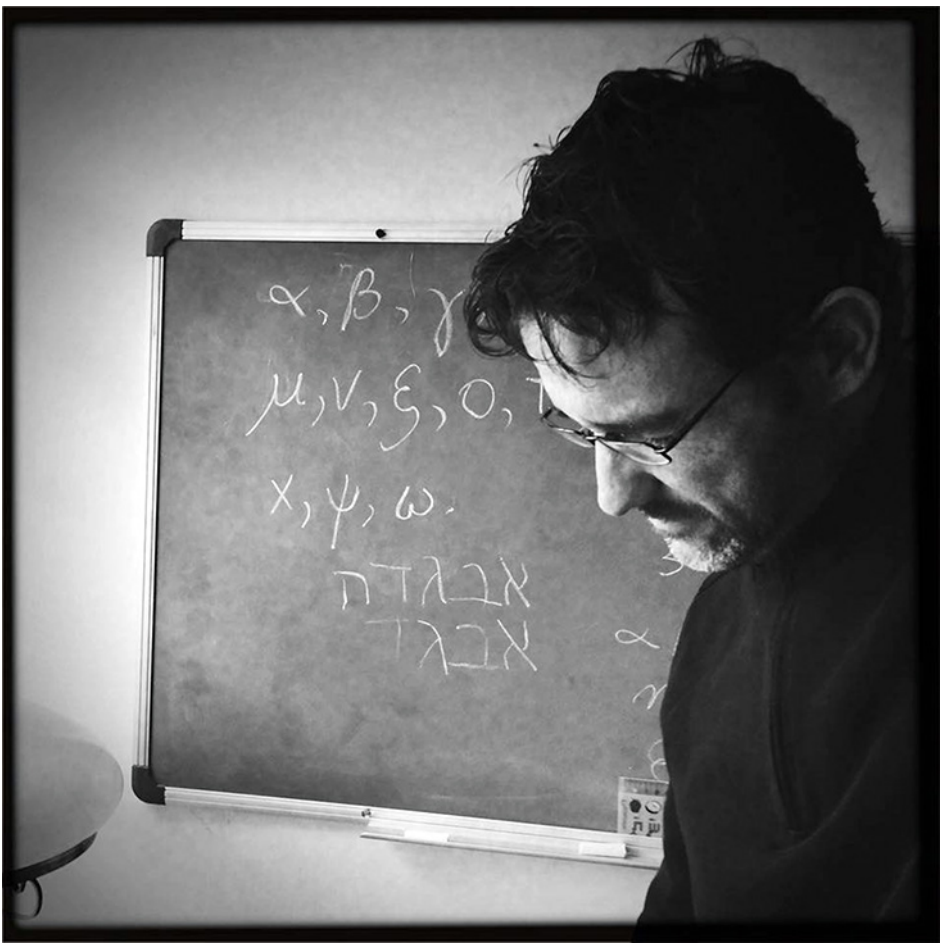
Ofrecemos servicios de inmigración, accidentes laborales, bancarrota, bienes raíces, corporaciones, ligitaciones, reparación de

El abogado pasó a verme a la casa, porque yo de plano, por el miedo ya no quería salir, nomás lo hacía pa' trabajar. Le expliqué el caso a lujo de detalle, el cómo había sucedió todo lo de la licencia y la puta luz. Él me miraba con las manos en el mentón mientras la hojarasca se arremolinaba en el garaje. Me explicó y mi caso era puro racismo. Todavía con los puños en el mentón me dijo la verdad: iba a tener que irme, si volvían a agarrarme, ahora sí, derechito como un mes al bote gringo y con un boleto clase económica para regresar a México. El abogado se portó buena gente y no me cobró, y aunque de nombre gabacho pero apellido latino me empezaba a caer bien. Cuando se fue de la sala dejó un papel sobre la mesa: Wichita Falls, Kansas.

Cuando amaneció me fui a jalar sin contarle nada a mi mujer. Después de explicarle todo a Don Scott tendría mi cheque y chance hasta una liquidación. Le diría todo a ella; coge tus chivas y vámonos. Bajé a las últimas vacas de la *traila* y cuando cerré el candado supe que nunca más me iba a ensuciar las botas en esta ciudad. El patrón se portó mejor de lo esperado, me regaló la troca con todo; título *clean* y dos mil dólares de liquidación. Salí de la granja apresurado y con los ojos bien abiertos por si miraba algún retén. Nada. *Stops*, *exits*, *gas stations* de la *Parkers*, *freeways*, *miles and miles of land*, nada más. Cuando llegué a la casa vi a Tere, la de la limpieza, porque cuando nos iba más o menos bien, hasta una señora contratamos para limpiar la casa. Rápidamente me dijo —con la voz de una señora gritona— que mi mujer había dicho: "mi esposo te pagará lo de hoy sin falta". Le pregunté dónde estaba mi mujer. No quiso hablar. Le pasé un billete de cien dólares y hasta sonrió. Dijo que mi mujer se había ido con un gabacho güero y alto en un *Jeep* rojo. Hasta con todo y maletas. Hija de su puta madre, pensé; la lana. Entré rápido a la casa y el *chirock*[2] de la pared estaba roto y adentro sólo quinientos dólares. Salí de la casa, me trepé a la troca y Tere me pidió *raite*, le grité que con el cambio de los cien se fuera a chingar a su madre. Crucé sin mirar *stops* y en la primer *exit* escapé de la ciudad. Wichita Falls, Kansas. Apreté con fuerza dos veces la tecla verde en mi celular mientras manejaba. *Your call cannot be completed as dialed. Please check the number and dial again…* Excedí el millaje por primera vez y mi troca rugió de cabo a rabo, luego grité por el teléfono: ¿Por qué no te mueres, *foquin bich*, y te llevas a ese becerro entre las patas?

2. Traducción en spanglish de tabla-roca, con la que generalmente están construidas las paredes de las casas en EUA.

Alejandro Tarrab



Ciudad de México, 1972. Es autor de los libros: *Siete Cantáridas* (2001); *Centauros* (2001); *Litane* (2006); *Degenerativa* (Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen, 2009); *Caída del búfalo sin nombre. Ensayo sobre el suicidio* (2015), y *Ensayos malogrados. Resabios sobre la muerte voluntaria* (2016). Parte de su obra ha sido traducida al inglés, al portugués, al francés, al checo y al serbio.

LO QUE TE DIGO SE DESHACE EN EL AIRE

Lo que te digo se deshace en el aire.
Esto que te digo, escúchame bien, se enciende, se deshace en el aire.
No palidece y cae para estrecharse entre las ramas y las brozas
y los restos de una naturaleza ya caída,
se pica y se impacienta,
se enciende e incinera antes de llegar.
Su destino. Esto que te digo,
no es sublime, sino etéreamente irreconocible.
Llega a tus oídos (pavesa, reliquia del carbón), porque lo que se alza y se arroja
[tiene que llegar,
tocar algún punto en su impaciencia.
Aunque lo hace —rebasa, quiere meterse— como algo ya crispado,
ya molido en su agitación y su prisa.

De ser algo, esto que te digo, sería la neblina implacable de ese paisaje al pie
[del Lago.
Un lago que, tras la vehemencia, descansa en sus heridas
un lago que no vi, pero que me mostraste como una imagen distante y blanca:
aquí estuve sin ti. Éramos algo.

Antes de decir, lo que te digo, antes de rayarse en el aire,
las palabras si acaso serían eso: eclipses,
paisajes de nada que aparecen de pronto y vuelven a romperse.
Ciudades derruidas, almas derruidas, consumiéndose en el aire.
Pero lo que se alza y quiere penetrar nació para perderse:
la palabra escucha, imperativa y perniciosa, la misma palabra protectora,
con su bardo de maldición, la palabra sorda, auscultando los ritmos lentos,
las palabras remanso de las palabras se queman y se acaban en el aire.
Estas almas, estos seres convulsos que en algún momento fueron visos,

señales de orientación para las civilizaciones farsantes
hoy crecen y se escuecen en la boca.
Yo las digo con una maldición. Yo las digo
para verlas romperse y llegar a su destino incierto ya perdidas.
Con un olor de inmisericordia en el aire. Esto que digo
se deshace, se pierde como los emporios y las almas en su clamor contrario:
la neblina de una embocadura. Esto,
mi resabio negro todavía encendido, mi asolada y tonante, envilecida.

[de *Maremágnum*]

TRATADO ÍNTIMO DE ALQUIMIA EN QUE SE IMPONE UN NACIMIENTO

En lo que impone, la alquimia. El milagro de sus coces
levantando la bruma, el nigredo, el cejo de la bruma.

Yo soy el palacio, aunque te ocultes.
Alguien dijo: si tiene algo valioso, alguien en algún momento
sintió la ira, el arrebato. Y tú sabes la pregunta:
¿Y la desgracia y la vergüenza y la exaltación?,
¿la zona incontrolable de llegar al día
33 es una víspera en que estamos solos?

En lo que impone, subir, sentir las marejadas,
los enjambres que trastornan al hombre como yo,
como a mí. No irás a lado alguno, sentirás, al contrario
a contrapelo, el ansia del animal salvaje,
electrizado en contra por tu acto.

—Yo estuve ahí en la deformación
del habla. Ba
bla ya.

—No lo creo.
—Ya.
—Ya.

En mi sueño más hondo saludaba a una jefa antigua,
la misma que golpeó sus dientes contra los míos.
Era un prostíbulo oculto de la zona, a la vez reconocido.
Ahora nos saludamos de paso en la ciudad, hacia la bruma.

Sentir las ganas de entregarse. Un hombre como yo,
como a mí, electrizado, en lo que impone,
sin lenguaje, con un golpe entre los dientes.

—Bla ba
ya
—¿Pateamos así, en la desgracia?, ¿y la vergüenza?,
¿estamos solos?

Los caballos corrían mal esa carrera.
¿O eran los jockeys con sus nombres pesados *Pequeño Juan*,
Alquimia el Salvaje, *Diente de Oro José Santos*, *Solo*
el Jacinto Fallecido?
Esta tierra no conoció el oro ni la bruma.
Con sus coces los caballos levantan la corriente.
Es el polvo, el puro polvo transformado, electrificado,
maldecido en diminutos granos, partículas que vuelan,
revolotean, a veces brillan.

[de *Maremágnum*]

CON LA VOZ. TERCERA VARIACIÓN

En su estructura guardamos nichos. Paredes de cal. Oramos durante largo tiempo. Por la aventura suprema, por las grandes ciudades del gran mundo, oramos. Aleteos de nuestro espíritu. Después vino el ruego. Minamos los abismos de las carreteras. Largas parvas de moscas desde las cercanías. Un cadáver en la pescadería, un cadáver para el aleteo blanco. Hacia las maquiladoras, hacia el abismo de las sepulturas,

se extiende este reducto.

***

Entre un paso y otra zona de las fallas sísmicas

se abren puentes en llamas; supercarreteras que conectan los hipermercados del mundo. Oblicuas extensiones alcanzan la luz rauda. El fin de un ciclo de edificaciones, el comienzo de otra cercanía. Al borde salvaje de los puentes, junto a una larga vía de hierro para trenes,

recuerdo la potencia de la voz.

***

(Deshicieron su voz ante el sonido)

Ruega. Concédenos ojos ante la noche.
Nuestra plegaria como una alarma. Ruega.

Turba nuestras tercas voluntades con dolor.

***

Cada *iris roto de lo que no tenemos*,
desunido, está alineado. Frente a los basamentos, viejos teatros, edificios municipales, traban sus cornamentas.

Juana Adcock

México, 1982. Es poeta y traductora. Su trabajo ha aparecido en publicaciones como *Magma Poetry*, *Shearsman*, *Asymptote and Words Without Borders*, entre otras. Su primer libro, *Manca* (Tierra Adentro, 2014), explora la anatomía de la violencia en México y fue nombrado por el distinguido crítico de Reforma Sergio González Rodríguez como uno de los mejores libros de poesía publicados ese año. En 2016 fue nombrada una de las 'Diez Nuevas Voces de Europa' por la organización Literature Across Frontiers. Radica en Glasgow, Escocia.

DEL AMOR Y LAS LENGUAS A PUNTO DE MORIR

En nuestras rotas lenguas madres,
en nuestro inglés llano,
en nuestro cuarto rentado,
en nuestro país extranjero,
con nuestros amigos migrantes,
poco a poco construimos
un vocabulario conocido sólo por nosotros.

Por ejemplo:

kamilo, derivado de mi palabra para caminar y tu palabra para camello, significaba 'el camino elegido a través del desierto'

pardo, eran 'los puntos de luz que se queman en la retina después de mirar al sol', también 'atardecer', o 'gato güero'

pero *kamilopardo* era: 'lindo' o, 'hay que hacer hijos'

thalassa, de tu palabra para denominar el mar y mi palabra para talar árboles, era una palabra usada para significar 'duele en la boca del estómago', o 'entiendo', o 'lo amamos porque es inasible, como la punta del arcoíris, o el color azul de la distancia'

Desarrollamos nuestra propia sintaxis.
El presente continuo siempre se estaba perdiendo.
Los artículos se obviaban.
Los sueños era algo que se veía, en lugar de algo que se soñaba.
No había objeto indirecto.
El futuro era un acto de pureza de voluntad. Por ejemplo:

shlixá, la palabra 'discúlpame', se utilizaba para significar '¿tienes quizá un cigarro?', el 'quizá' era un importante marcador de cortesía, como cuando el gobierno te llama por teléfono para decirte que tu casa será demolida dentro de 10 minutos en lugar de tomarte por sorpresa.

También habían cosas que nunca debían mencionarse:

la palabra 'amargura'
o la palabra 'perdón' ante una crítica.

***

Un día me tuve que ir. Me llamaron del trabajo, al servicio militar, o a atender a la muerte de mi abuelo.

Tú te tuviste que quedar. Terminar tu libro, o los estudios, o hacer té de cúrcuma para tu madre.

Al otro lado del océano, dejé que el sol me perforara los ojos con sus agujas, dándole instrucciones a cada músculo de mi cara para que no se contrajeran.

Pensé en un hilo de seda, que unía mi lagrimal con el tuyo. Le puse al hilo *pardo*, y canté canciones junto al lecho de muerte de mi abuelo. 'Esto es a lo que vine *para*', me dije. Para era una nueva preposición que significaba tanto 'desde' como 'hacia', en términos de origen y destino. Tenía la ventaja adicional de que, para ti, la palabra *para* significaba tanto 'junto a', como 'más allá de', como la manera en que la gente se queda junta en las buenas y en las malas.

Todas las noches me dormía repitiendo la palabra *thalassa* con cada exhalación, como una ola estampándose en el acantilado donde estaba

encaramada tu casa. Pensé que esto te ayudaba a dormir.

Luego me escribiste una carta diciendo que llevabas meses sin poder
pegar ojo. Que las olas exaltaban tus sentidos

PUERTAS QUE ABIERTAS HACIA ADENTRO ARDEN

Qué bendita dicha la de poder cerrar los ojos y ver alguien
cerrar los ojos

Que su antebrazo sienta las gotas y casi
antes de preguntar qué pasa se desmenuce su garganta en el suelo

Y qué bendita llave la que abría todas las puertas, la que
una tela humilde cruzábanos sus nudillos como manos en rezo
unos nudos temblorosos que se trenzaban en fardos, unos talones
¿quieres desnudar todos mis nudos? ¿abrir todas mis puertas?
sí, quiero abrir las puertas en tu pie: beso, las puertas en la uña de tu dedo gordo: beso, las puertas en tu astrágalo: beso, las puertas en tu sóleo: beso, las puertas en tu sartorio: beso, las puertas en tu pectíneo: beso, las puertas en tu hipocondrio: beso, las puertas en tu región del vacío, etcétera

Ayer vi los párpados volando hechos pedazos
los sitios salobres donde nos andábamos llorando
los huecos desanclados, desarraigados
el delgado canto que en la mañana nos alzaba

esa madre que no tengo, el huevo
detrás de mi cuello donde el hueco es el huevo es el hueco donde se gesta
el principio donde nace, esa sangre que se espesa, que se dispersa, que nos amarra

La neta: este piquete de avispa es mi única pertenencia, esa agua que se hacina detrás de las puertas en mi cara

DESDE QUE YA NO LE ENTRAS AL NEGOCIO ERES OTRO

Eres otro, completamente, te cambiaron los ojos
te los sacaron del casco, babita y pulida de manzana
te derritieron el entrecejo, te pasteurizaron y te hicieron bondadoso
pachoncito osito Bimbo, se te borraron las hileras de latas
las piedras, las cacas de perico

Ahora eres de mundo, con contrato
sin tirarle arañazos a la pared mientras duermes, contentillo.
Flores lácteas donde ya no estoy, pezones de abundancia.
En lugar de lenguarte la traba, te chorrea luz de las orejas. En lugar
de menguarte la aldaba o cortarte la fama, llegaste con tu perro y fue como
una fiesta,

todos nos alegramos, tu barriga de buda tambaleante, tu sonrisa. Mi corazón se hinchó, todo el cuarto latía de certidumbre, la casa se ladeó sobre la ola, las ventanas se envidriaron, los libreros —cuidando de no tirar sus libros— se inclinaron para saludarte, el bóiler llameó y hasta las julietas se quitaron el sombrero en reverencia. Me sonreíste y cantureé un *hello* como un canario en busca de su amo

Llegaste con tu perro y fue como una fiesta, pero no pude santiguarme,
sahumarte, saludarte, no pude moverme, mis dedos anclados al teclado te
clarearon los rayos que chorreaban ora también de tu panza. Tú eres como yo
y lo has logrado, cómo te explico cúanto te admiro, qué es lo que me dijeron
tus gotas de aguas coloridas colgadas de cuerdas, de acentos españolados, como
quien feliz de dejarse morir se tira al río, como quien feliz de haber vivido sigue
muriendo, incansablemente

CRÓNICA POTOSINA

Habíamos ignorado a un muchacho
con ojos de barranco.
Nos habíamos balanceado en la orilla clara: esa era
la forma última de hacer, que es morir.

Cómo por los pasillos andábamos diciendo "no sé
quién soy, de dónde vengo, a dónde voy"
con la voz posada en la orilla de la nariz,
atorándose en las fosas.

Nos pidieron cavar nuestras propias tumbas.
Nos tenían cavando.
Nos orinaron encima, nos prendieron fuego.
Ni siquiera se molestaron en quemarnos por completo.

¿Cómo se disuelve un cuerpo?
¿Cómo, por los cerros,
andábamos buscando?

Quiero encontrar todo lo inédito.
Qué ha vivido el corazón de un hombre
para ser capaz de esto.
Qué ha vivido el corazón de un hombre
después de las barbaries cometidas.

Cómo arranca un trozo de tortilla
para pizcar un poco de frijol,
con qué gusto se lo mete a la boca,
y aspira por la /iːʂ/ de lo picante,
o lo doloroso.

Quiero meterme en su corazón de paja.
Bailar banda en la angostura de la mesa.
Amarlo.

THE OVERBURDEN

Desde arriba observábamos cómo desollaban la tierra
sus músculos pulsátiles bajo el topsoil
topskin abultado bajo la herramienta raspadora

Habíamos amado su belleza como las líneas
alrededor de la sonrisa de nuestra madre

Le pusimos *the overburden*

y en marcha desparejados indexamos ganancias
y nos invitamos a caminar en alfombrarroja sangre
subiendo las escaleras entre éxitos centellantes

"el material de la superficie que recubre el depósito valioso"

porque todo se nos acaba, hay que robarnos mas
porque nos enseñaron a ser injustos
porque la ley del dinero es mas grande
porque

es invierno ahora y la tierra se deshiela
erigimos barreras de ramas secas como los paganos
el agua es arrastrada hasta aquí en carretillas

y las montañas desgarradas
vuelven a cerrarse alrededor del metal

poner el cuerpo entre los engranes de la máquina
escarbar en el cuerpo por los depósitos valiosos
abrir el cuerpo
hacer una incisión triangular en el cuerpo

y dejar a las montañas rotas

cerrarse alrededor del metal

cruzar las fronteras del cuerpo
ser partero del cuerpo
arrancarle con tenazas al cuerpo
jalarle las trenzas al cuerpo
distinguir el cuerpo
sentir con los dedos del cuerpo
olvidar el peso del cuerpo
estructurar el cuerpo
huir del cuerpo
cruzar la línea que divide al cuerpo

escuchar cantar a la arena
a los lagartos apañarse entre las rocas
mirar las rutas que trazan los bisontes

el cuerpo más transitado
el cuerpo disfrutando de la soledad
el cuerpo desanudado
el cuerpo florido
el cuerpo en centros de baile
el cuerpo quebrado
el cuerpo amaestrado
el cuerpo en Lote Bravo
el cuerpo que no se da a respetar
el cuerpo al borde de la cama, semidegollado
el cuerpo cantarito
el cuerpo que se levanta para ir trabajar cuando aún es de noche
el cuerpo impreso con las arrugas de las sábanas
el cuerpo brazo de la industria
el cuerpo cibernético
el cuerpo con manos atadas con las agujetas de sus propios zapatos
el cuerpo que requiere de ser acompañado por un hombre
el cuerpo en bolsas negras de plástico

el cuerpo que es el templo de dios
el cuerpo de cuyos pezones mana el alimento
el cuerpo que no le pertenece al cuerpo
el cuerpo colonizado
el cuerpo plegado entre el volante y el asiento de la camioneta
el cuerpo y su mente
el cuerpo ultrajable
el cuerpo humillado
el cuerpo alcoholizado
el cuerpo moreno
el cuerpo de cabellos largos
el cuerpo en Lomas de Poleo
el cuerpo tan sucio que no es persona
el cuerpo con mangas abiertas como fucsias
el cuerpo deseoso
el cuerpo que andaba en malos pasos
el cuerpo abandonado con vida
el cuerpo pasado debajo de la camioneta hasta quedar irreconocible
el cuerpo con falta de información suficiente
el cuerpo con todo el peso de la ley
el cuerpo que dibujaba círculos con la pelvis
el cuerpo atravesado
el cuerpo en busca de oportunidades
el cuerpo migrado
el cuerpo superado
el cuerpo rebelde
el cuerpo con impacto de bala
el cuerpo osamenta
el cuerpo con pantaleta a la altura de los tobillos
el cuerpo separado del alma
el cuerpo con implantes de silicona
el cuerpo con un seno cercenado
el cuerpo junto a un bloc de cemento con restos de cuero cabelludo
el cuerpo con fragmentos de tejido humano bajo las uñas
el cuerpo con el hímen intacto

el cuerpo en Cerro Bola
el cuerpo sembrado como mensaje
el cuerpo sin marcas de estrangulamiento
el cuerpo ahorcado con la correa de su propia bolsa de mano
el cuerpo con voz ignorado
el cuerpo expoliación

“the best part
about having
no body
is that i cannot be shamed”

por eso nos deshicimos del cuerpo
por eso nos quitamos el cuerpo como envoltura de regalo

el cuerpo que conoció
el cuerpo que deseó

el cuerpo en decúbito dorsal

la hoy occisa
se movía como culebra
presuntamente

Rocío Cerón

Ciudad de México, 1972. Poeta, ensayista y editora. Ha publicado *Materia negra* (Parentalia, 2018), *Borealis* (FCE, 2016), *La rebelión. O mirar el mundo hasta pulverizarse los ojos* (UANL, 2016), *Anatomía del nudo. Obra reunida* (2002-2015) (Conaculta, 2015), *Nudo vortex* (Literal, 2015), *Diorama* (UANL, 2012; segunda edición, Amargord, España, 2013), *Tiento* (UANL, 2010), *Imperio* (Ediciones Monte Carmelo, 2009), entre otros.

Recibió en Estados Unidos el Best Translated Book Award 2015 por su libro *Diorama*, en traducción de Anna Rosenwong, en 2005 el See America Travel Award, por sus crónicas de viaje y en México el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen 2000 por su primer libro, *Basalto*. Acciones poéticas suyas se han presentado en los Institutos Cervantes de Berlín, Londres y Estocolmo; Centro Pompidou, París, Francia; Southbank Centre, Londres, Reino Unido, Museo Karen Blixen, Dinamarca, entre otros. Obra suya ha sido traducida a más de ocho idiomas. Actualmente es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte del FONCA. Su obra puede leerse/verse/escucharse en rocioceron.com.

MATERIA OSCURA
(fragmento)

Conjunto de (in)materialidades ante observación. Aullido y dentellada surcan el cielo. Grafías de primitivo aliento: translucidos rojos se esparcen por fondo blanquecino. Trote de manada dentro, córtex. Palma verde al fondo, vitrina repleta de muebles antiguos. La cabeza —reducida— guarda en el hueco de la boca todo el rumor amazónico de la belleza.

***

A los costados la jauría. No hay lugar ni camino hacia el frente. Muro apenas levantado. Gruñidos. Catalogación de afectos, estigma sobre espalda. Violáceo el manto del cardenal. Púrpura o sanguíneo. Lo que toca el dedo sobre los labios: frase silenciada entre el paladar y lo sublingual. Incidencia de lo mirado en la articulación de las rodillas.

***

En el horizonte —azul convexo— verticalidades y grietas. Insistente, la mancha supura grafito y humo. En el aire, un punto. Gravitan formas ante la vista. El habla del mundo, la naturaleza de los objetos, mueren y renacen en el espacio, ante la mirada. Pliegues y estructuras en lo minúsculo. Cuerpo ovillo, fruto.

***

Luces sobrevuelan el arenal. Ascenso y caída. En ambos puntos sedimento y visión. Las hojas de todo árbol —sílabas blancas— enuncian hacia tierra la ofrenda de la ausencia: lo visible, el objeto, la mancha que flota en el vacío.

***

La línea —imán— aglutina percepciones, ideas, objetos. Un pensamiento, vértice, precisa instantes.

INCISIÓN

I.

Precipitarse en precisión.
En el orificio el encuadre del poema.
Latitud de aliento/imagen entre los 32 dientes de la boca.
Manglares bajo (esquiva) mirada de un hombre.
Un secreto. Un mensaje. Una palabra. Furia.
En el parque público, el hombre del tatuaje musita una tormenta a las abejas.
Cuerpos y fieras. En la exactitud del obturador la ciudad es polvo,
amantes perdidos.
Algas; lugares sagrados para el jugador anónimo.
Toda mar lleva en sí el rastro de la presa.

Precipitarse en la sonrisa, ante la cámara.
Compartir el miedo como moneda de cambio.
Los rastros de esa cara son la noche.
Redención del vaho entre la duda.
Las gotas desmenuzan la anticipación precoz de las manchas.
Tinta o flujo de significados.

Arde, todo arde.
Percepción en diferido.
Observación de calles registradas. Terrenos vagos.
Tres mil quinientas coordenadas de Paonoptes
para llegar a ti.

II.

Un objeto, sólo cuatro, son más que esto porque son.
Iluminación reticular.
La compañía de la luz siempre es oscura.
Tacto, brilla ante el miedo el tacto.
Ligereza de manos sobre superficie lisa.
Ha pasado el agua.
Enmudece al flote de los muertos.
Río que lame heridas. Agua acantilado.
El instante y lo meteorológico, el cayado mueve la ventisca oracular.
Pendiente atravesada por una mirada.
La compañía de esa luz: no más que láminas de asbesto sobre letras.
Vapor entre los cuerpos.
Brillan y anuncian en la TV: "La vida, una canción que se deshila".
Cuatro piedras son sólo un objeto, un arma, un acantilado, una sospecha.
Mira cada contorno de ellas.
Éste.

III.

Cruza sobre los cables una ardilla. Lentitud del esbozo.
Apenas garra, levedad de quien surca una tonada. Niebla.

Sobre el peso, la duda, la caída a tierra,
las secuencias del número y la posibilidad del mantra
capitulando sobre su recesión y copla mutilada,
su doblez en viento, en revire;
sonoridad que explota entre las hojas del olivo (fresno).

Entre los dientes cada palabra es precipicio a dorsal,
a tajada de alvéolos donde se quiere aclarar la voz de nacimiento,
la recibida en el oído.

La ardilla, en su parduzca forma, balancea la vida.

Su cola, principio de equilibrio; las manos de mi padre —pulso— principio de un lenguaje.

§

Jorge Posada

San Luis Potosí, 1980. En 2017 publicó *Habitar un país es llenar de tierra una piscina*, recopilación de sus primeros libros publicados en México, Argentina, Puerto Rico y España (Liliputienses, España, 2017). Ha participado en diversos festivales de América y Europa. Parte de su trabajo ha sido traducido al inglés, al italiano y al portugués. Es editor del proyecto “Poesía Mexa”.

días antes del eclipse
mamá nos viste y fotografía
con el traje de la primera comunión

ella usa vestido de novia

dice que si ocurre una tragedia
o enloquecemos
en esa última imagen llevaremos la ropa
con la que fuimos felices

***

el problema
fue imitar
a las familias
de la tv

creer
que en las discusiones
nadie se interrumpe

que no existen errores
de continuidad

que nos veríamos
radiantes después de las borracheras

y durante los últimos minutos

de cada capítulo
reiríamos
en vez de ahogarnos en bilis

***

hermana
a los 33 duerme
con mamá y papá

pelean
por saber quién
apagará la luz
por quién cocinará
al día siguiente

no es el único caso
en la familia

ninguno de los primos
ha salido de la casa
paterna

la de 37 y el de 35
trabajan mastican cagan
junto a sus mayores

el de 32 camina
en la renguera de su madre

los tres últimos huelen los genitales
de sus tatas

***

muere el hermano mayor de mi madre
el primogénito
el que decía ser un genio
el favorito de los extraterrestres

durante el sepelio
sus hijos leen el testamento

a mi madre le deja un vaso con agua
a mí un plato de sopa

al acercarme al ataúd
no recordé su nombre
ninguna de sus historias

su esposa asegura que su cuerpo astral
llegará a la superficie de saturno

al salir de la funeraria compro un telescopio
para averiguar si su alma quedó atrapada
en el cinturón de asteroides

***

mamá
se convirtió
en un monstruo

sufrió parálisis facial

papá
la llevaba
a las terapias
donde había otros

monstruos
que no podían
mover las manos
o las piernas

§

Sara Uribe

Nació en Querétaro en 1978 y desde 1996 radica en Tamaulipas. Sus últimas publicaciones son *Siam* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2012), *Antígona González* (Sur+, 2014) y *I never wanted to stop time* (Editorial Medio Siglo, 2015), su primer libro en edición bilingüe.

INSTRUCCIONES PARA CONTAR MUERTOS

Uno, las fechas, como los nombres, son lo más
importante. El nombre por encima del calibre de
las balas.

Dos, sentarse frente a un monitor. Buscar la nota
roja de todos los periódicos en línea. Mantener la
memoria de quienes han muerto.

Tres, contar inocentes y culpables, sicarios, niños,
militares, civiles, presidentes municipales, migrantes,
vendedores, secuestradores, policías.

Contarlos a todos.

Nombrarlos a todos para decir: este cuerpo podría
ser el mío.

El cuerpo de uno de los míos.

Para no olvidar que todos los cuerpos sin nombre
son nuestros cuerpos perdidos.

Me llamo Antígona González y busco entre los
muertos el cadáver de mi hermano.

[de *Antígona González*]

[

: ¿Quién es Antígona dentro de esta escena y qué vamos a hacer con sus palabras?

: ¿Quién es Antígona González y qué vamos a hacer con todas las demás Antígonas?

: No quería ser una Antígona
pero me tocó.

]

[de *Antígona González*]

Pero *ni rastro de fiera ni de perros que te hubieran arrastrado para destrozarte.* Donde antes tú ahora el vacío. Nadie llamó para pedir rescate o amedrentarnos. Nadie dijo una sola palabra: como si quisieran deshacerte aún más en el silencio.

Yo les hubiera agradecido que a donde se lo hubieran llevado, mejor lo hubieran dejado muerto, porque al menos sabría yo dónde quedó, dónde llorarle, dónde rezar. A lo mejor ya me hubiera resignado.

[de *Antígona González*]

GRACIAS POR ESPERAR, POR FAVOR MANTÉNGASE EN LA LÍNEA Y REGRESAREMOS CON USTED EN UN MOMENTO

Para Xitlalitl Rodríguez Mendoza

Es el teléfono lo que suena a todas horas. Son voces automatizadas

las que te ordenan que marques un número para luego tener que marcar
⁅otro número
para luego escuchar la música de espera, para luego marcar otro número,
⁅para luego
marcar otro número y que la grabación siga llevándote hacia una suerte
⁅de trance
como cuando estás sentado frente a tu terapeuta. *Haga una inhalación profunda por la nariz. Muy bien, sostenga el aire en sus pulmones.*
Ahora exhale, deje salir el aire por la boca. Sea consciente de cómo con cada respiración
usted se va sintiendo más sereno y descansado. Usted puede sentir cómo su cuerpo se va volviendo cada vez más pesado. Usted puede sentir cómo
su cuerpo cae, cada vez más y más pesado: abandonado. Entonces, cuando finalmente
después del laberinto de opciones numéricas y musiquitas para hacerte
compañía y que no sientas cómo es que el tiempo pasa, sólo entonces
una voz, que definitivamente no es humana, te dice: *gracias por esperar,*
te atiende _____ (ruido blanco), *¿cómo estás el día de hoy?*
y tú quieres decirle que estás hasta la madre de tantas y tantas cosas
que cómo puede hacerte esa pregunta justo hoy
justo en este país
pero en lugar de eso
abres un libro de Charles Simic
y comienzas
a leerle en voz alta:

⁅de *Abroche su cinturón mientras esté sentado*⁆

USE EL COJÍN DEL ASIENTO PARA FLOTAR

¿Es cierto que podríamos dormir sobre las nubes?
Diez mil pies de altura es la distancia exacta para qué, para quiénes.
¿Somos nosotros mismos mientras viajamos en esos minúsculos asientos,
sentados sobre cojines, que en caso de caer no servirían para flotar?
Para flotar qué mar.
Para flotar qué turbulencia.
No, no somos nosotros los que por las ventanillas miran.
Nuestros cuerpos nada saben de nadar, de nubes.
Las nubes son agua
sobre polvo
caída
a veces
el último
recuerdo
de cosas perdidas.
Soñamos que volamos
pero es humo.

[de *Abroche su cinturón mientras esté sentado*]

7. ESTA ES LA HABITACIÓN DE LAS SUTURAS, DICE EL RÓTULO

Esto es un sueño. Te quedarás quieta un rato y todo estará bien. No has visto sino el fondo de la sombra, los restos de la demolición de algo [...] *Pasará.*
María Negroni

Todavía estoy huyendo y ya desmantelan el escenario. Ya
las lumbres para sí reclaman los muros, las plazas las
fortificaciones. Una ciudad de utilería que a sí misma
se consume, que abandono a mansalva, sin
miramientos.
Bajo telones se calcinan los contornos.
Admonición es índice, hemisferio.
Arden los maniquíes tras los aparadores. Su humareda
tiene mal colocada la etiqueta del precio. Los saldos.
Las cenizas. Las calles adquieren la densidad del
desahucio.
Hay pájaros alejándose del incendio pero no son reales.
Me advirtieron: si minúsculo el corazón, artefacto,
empuñadura. Yo olvidé darle cuerda al mío, por eso es
que me marcho así, sin avisar a ninguno. Por eso es que
en mis sueños las ciudades ya se esfuman.
Por eso el hábito, la incandescencia. El vano lenguaje de
las despedidas

[de *Siam*]

1. CHUUN-INN

Eng Búnker murió de miedo la mañana del 17 de enero
de 1874.*
Nunca fue lo que se dice: un hombre solitario.
Nunca. A todas partes en compañía.
Lo despertó la noticia de que Chang Búnker. El hermano
al cual había estado unido. *Perímetro del limbo: nueve*
centímetros de largo, veinte de circunferencia.
Durante más de sesenta años. *El hermano esternón*
abdomen. Flexible como era. Epidermis bajo epidermis.
Elongación. Caudal que lo hizo sombra. Boxeo de sombra.
Sombra de sí.
El hermano réplica de su costado. *La mirada extraviada.*
Había. Por fin.
Desaparecido.

[de *Siam*]

§

Sergio Ernesto Ríos

Toluca, 1981. Publicó ***Quienquiera que seas*** (FOEM, 2015), *Brazuca* (Palacio de la fatalidad, 2015), *Obras Cumbres* (Bongobooks, 2014), *La czarigüeya escribe* (Editorial Analfabeta, 2014), en coautoría con Diana Garza Islas, *Muerte del dandysmo a quemarropa* (Universidad Autónoma de Nuevo León, 2012) y *Mi nombre de guerra es albión* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2010).

Tradujo del portugués *Bruno Brum a ritmo de aventura de Bruno Brum* (Palacio de la fatalidad, 2017); *Droguería de éter y de sombra* (Palacio de la Fatalidad, 2014) de Luís Aranha; *Oda a Fernando Pessoa* (Palacio de la Fatalidad, 2017), *Paranoia* (Palacio de la Fatalidad, 2013) y *Voy a moler tu cerebro* (Red de los poetas salvajes, 2010) de Roberto Piva; la antología de poetas brasileños nacidos en los ochentas *Escuela Brasileña de Antropofagia* (Kodama Cartonera, 2011). Tradujo del inglés, con Diana Garza Islas, *Una noche, senté a Donald J. Trump en mis rodillas / Y otras teorías estéticas del siglo XXI* (Oficina Perambulante y Palacio de la Fatalidad, 2017), a partir de un ejercicio de Chris Rodley.

Imparte los talleres de poesía latinoamericana Periferia de Escribidores Forasteros en la Ciudad de México y Toluca. Trabaja en la librería Mi Primer Día en el Salón de la Fama.

EL GANADOR DEL PRIMER PREMIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS INTERPLANETARIOS

Lá vem o lança-chamas
Pega a garrafa de gasolina
Atira
Eles querem matar todo amor
Corromper o pólo
Estancar a sede que eu tenho doutro ser
Vem de flanco, de lado,
Por cima, por trás
Atira
Atira
Resiste
Defende
De pé
De pé
De pé
O futuro será de toda a humanidade

Oswald de Andrade

que mi retrato petrificara a los selenitas
que mis retratos se cultivaran en invernaderos
y colgaran a gran altura
entre nubes salidas de heliotropos
que las aves hicieran con mi retrato pequeñas sombrillas
mi retrato como un campo magnético
una vacuna
una ofuscación
mi simple retrato pastando como un búfalo
alrededor de los satélites

***

este glifo esta hélice que remonta
cuando hablo a las astronaves

al fuego tupido de tentáculos
flotando con nos cuando giramos
disparados por un revólver

las astronaves y nos sobre un relieve ámbar

y les digo queridas astronaves hagan lugar a las escamas
los humanos son las escamas
ningún humano será un profeta barbado
un profeta barbado
es un francotirador en retirada

la historia de los profetas barbados
son cien por ciento abducciones
encuentros y rechazos y arduas preceptivas
de zarzas parlantes

yo amo zarzas parlantes fresquitas en mi plato

***

si es niña que se llame jerigonza
y luna en un jardín de miembros siameses
y la promesa y el monstruo
y no puedo levantar la cuesta
y jaula con máquinas para la ciudad al fondo de mi sien
y un dulce nuevo estilo de estar intoxicados
y bulbo que marcha a la sombra
equidistante
entre una sala de quirófano y un bosque
y golosina tras la muerte

y nostalgia subterránea extraterrestre
del calor de hogar

***

la gracia prudente
de una reservación de asientos eyectores
observados en un cuenco de cristal

en el desamor
que viste un kimono de luces plateadas
y rastros de paracaídas

medusas o pulpos o flores verticales
medusas o pulpos o flores verticales
medusas o pulpos o flores verticales

***

mamá compra para mí una de speedball
mamá me persigue con un cuchillo de caza
escoge el ángulo exacto en mi cerebro
ella no quiere cocinar
entre la gloria del mundo
la calabaza que respira con dificultad
ese olor amoniaco

cuando mamá pregunta por el Señor Barbijo
en realidad pide municiones para su M16
la sala de recepción se llena de efectos especiales
algo parecido a un hombre con zapatos de caballo
huye por el corredor

y luego mamá elije cualquier enemigo
en el manual de los peores rechazos

***

Tus ojos almendrados
tus ojos para romper en caso de incendio
a las nubes pesticidas en tu ojo derecho
a la ventana de cohete espacial en tu ojo izquierdo
a la duplicación de los Malmequieres
en el fondo cobrizo de los campos

***

lo recordaré más tarde
antes de viajar al cielo que cuelga las espigas de los
[temas de cautiverio
en ese elemento sedante yo tomaré el mando
los topos sacarán trabajosamente sus cronómetros y aparecerá un encabezado
[que anuncie
el invierno es un héroe de acción nato
ataca el hombre de vapor de las praderas
y entonces
robots en el jardín robots en un prado muerto
favor de bajar el tren de aterrizaje robots visiblemente alterados capturando
[azafatas
robots ahogando azafatas en un agujero de brea magnética
robots jugando a la epilepsia en las regaderas de emergencia de los hospitales
automatizados robots que provocan la crisis de la filosofía mesiánica
y será antes
antes que un séquito de incubadoras renegadas nos cierre el paso

***

le dije al Sr. Cavatumbas
los niños zombis aman a las tortugas deslizándose en sus jugos gástricos
entierra mi corazón en Varsovia

le dije al Sr. Cavatumbas
sólo si fuera convidado a un día de campo en el jardín selenita
entierra mi corazón en Varsovia

***

he calculado el horario estelar en el planeta de los obispos prismáticos
y debajo de sus cubiertos puse transmisores de onda corta
y debajo de sus sillas marmotas entrenadas
y debajo de la alfombra sólo encontrarán al jefe de estación

luego cogí sus manos sus temas de cautiverio y su contraespionaje
algo mejor que rezar es pasar toda la noche apretando el gatillo
aunque esa vez pedí al creador una maniobra que les desprendiera los birretes
e hiciera mermelada de cada cerebro

y también robots animándome como a un héroe
y que luego él tomará el centro de la luna como un micrófono gigante al que
fuera a dar un gran beso y me dijera muchacho muchacho conoce a tu enemigo
conoce a tu enemigo

***

busco ayuda psíquica
para perforar tu kimono de guerra

tu kimono que cae del árbol de las madres contemplativas
tu kimono que roba la gran vaca del océano primordial
tu kimono como un paquidermo que anuncia la estampida del servicio médico

***

la putrefacción de tu cobijo
o la hélice alzada como un villano contra las enseñanzas de los magos
mi cabeza atribuida a un piloto
mi cabeza en formación de áptero
mi cabeza que puede levitar sobre un aro brillante
mi desencantamiento
mi número de colisión
mi fuego mal rodado
mi doble hemisferio
mi cercenado motor

***

veo la película las aves están enfermas en el tope de la gravedad en una
[plantación del sur
es una chica yanqui a mi lado juego con su pelo de blonda concreta
[abandonamos la sala
dice llámame e d como todos y corre por el pasillo entre carteles que anuncian el estreno de una invasión de seres cítricos y algo infantiles para ser los conquistadores

le explico que tengo en casa un martillo gigante y una barrenadora y unos cuarenta andamios azules para imitar el cielo y que todo lo sé usar y podemos resistir esos ataques entre galaxias o no esperar más y arremeter a dos lo que prefiera

prefiere una intoxicación equitativa entre estos cielos bíblicos
lacrados

prefiere sonreír cuando el semáforo cambia a rojo o las hileras de dioses entecos nos hacen aborrecernos
la guerra le dejó tres medias hermanas de corea dice evacuaciones sanitarias fenómenos meteorológicos la selva no hubo una solución intermedia entre mis padres

cómo fue tu infancia
le cuento que estaba muy enfermo y el granizo subía casi un metro
tenía un helicóptero de cuerda amarillo que pilotaba un payaso

y agrega la soledad es nueva para mí

***

Tal vez pulpos que monten tus caballos
hay una corte glaciar en las calles glaciares
bajan cien topos de la grúa
a la altura del ombligo alguien los subtitula en hebreo

***

loado sea dios loado sea dios

con garras pegajosas
tomó el cráneo de la cabra y el pez de rayos largos
y en el firmamento al oprimir
un solo botón de su control remoto
inició el zodiaco
y en el firmamento al oprimir
un solo botón de su control remoto
reinició los aeródromos

es el agente unificador
que brilla sobre el hijo de la corona blanca

es la escuela imperial
en las ciudades crematorio donde cantan los selenitas su estribillo

es la versión gigante de un ciempiés que ocupa el globo terráqueo

y no servirá de nada
es la versión gigante de un milpiés que anula el tercer planeta
y no servirá de nada la autodefensa psíquica

es la silueta futura en forma de cilindro
es la silueta derribada en forma de cilindro

es el rompecabezas de objetos aéreos tripulados
es la nave nodriza de objetos aéreos tripulados
de seres aéreos
de seres aficionados al misterio de los cielos
de seres aficionados arrastrados como náufragos al misterio de los cielos

es el príncipe de los seres rojos en valle paraíso
es residente en su fuego
es el país donde los rayos del sol se encierran en una cámara de oro
es residente en su fuego
yo he venido en ese fuego

he abierto la casa de los tesoros del dios

***

Entre tus manos o entre las cosas que chapotean como heliogábalos o pantanos redondos escribo el bosque
el monociclo de los fuegos enanos
los vendedores de cocodrilos y pirámides cumplen con sus deberes
nenúfares uxoricidas con gafas oscuras viajan de mosca en el último vuelo del concorde
los peces muertos de Philip K. Dick vienen a doblar cucharas con otra gente de Sión

***

vendí la silla de ruedas de mamá
así se parece al daguerrotipo de esa estrella de cine germánica

no puede esconderse
pienso ponerla de pie en el escenario
y hacer que cante a las cinco puertas del infierno

no puedo sacar de mi cabeza
la alarma silenciosa de cada día

***

para Sisi

me dijo que venía de melmac
era pequeñita apenas ochenta y dos centímetros
y tenía el pelaje café claro
unos ojos redundantes en la oscuro
y la nariz curiosa de un oso hormiguero
unas botas grises extraordinarias le ayudaban a flotar y teletransportarse

su aeronave tenía la apariencia de una cáscara de nuez
todo lo controlaba con la mente y era instantáneo
subimos
esto es una bola de fuego
esto es la misericordia
las nubes repetidas en nubes espejos
dragones a contramano
un test espacial
los roedores suben noventa grados
las constelaciones son dirigidas en pases de molusco

***

Prisioneros del Ubi sunt
Prótesis
esferas moscovitas y coléopteros
los cantahuesos han concluido

§

Alfredo Garcidueñas

Nació en Morelia, Michoacán, en noviembre de 1992. Escritor y músico. Más que amor, siente una devoción extrema por la poesía, el fútbol y la contracultura. Es egresado de la carrera en Lengua y Literaturas Hispánicas de la U.M.S.N.H. No tiene obra publicada (está en proceso), salvo un par de textos dispersos en revistas. En 2014 obtuvo el 1er lugar en la categoría de poesía, en el Primer Concurso de Poesía, Cuento y Ensayo de su Facultad con un poemario sin título. En 2017 fue becario del Festival Cultural Interfaz del ISSSTE en San Luis Potosí. Espera vivir hasta los días en que el capitalismo caiga.

1 POETA VS 1000 POLICÍAS

Mil es multitud de ceros,
ópera de números sutiles
que encañona con su mano de azufre
el cementerio.

Una palabra
es suficiente para masticarte con desprecio.

El Escarabajo echa a rodar su mierda por el mundo.
Nadie se atreve a detener su avance de cuchilla,
subterráneo vómito que maquilla las ciudades,
se alimenta de códigos en blanco,
pequeñas complicidades y abusos.

Tu Madre no tiene la culpa de que seas un puerco.

Hijo legítimo de la pobreza,
arrojado al frente a morir cobarde.
Bisnieto del fascismo.
Carne de puerco los domingos de catedral
y paseo con la familia.
Mala hierba, sarna, Caín innumerable,
sobrepoblado.
Tú,
la cosa más triste entre la sangre,
despreciable flor carnívora
que camina ciega por la noche sin tesoro,
estás acorralado, como nosotros
y lo sabes,

no eres más que una vulgar presa
asalariada, jodida,
buscando quién sabe qué rosa bocarriba,
quién sabe qué placer sordomudo
para tus manos asesinas.

Tu Padre no tiene la culpa
de que seas un desperdicio de su semen.

Pasas la vida llenando el tanque,
vaciándolo,
recorriendo los barrios invisibles,
y cuando te toca romperte
contra la pared de un verdadero riesgo,
sacas a relucir tu piel de rebaño y lágrima,
recuerdas que eres humano
y se abre tu corazón
en las raíces del fuego y los perfiles desangrados.

Ah poeta,
pájaro acribillado en mitad del canto,
vas perdiendo la partida.

EN MEMORIA DE CHARLES MANSON

Músico, Sociópata y Reo

Dime, en una palabra, ¿Quién eres?
Soy nadie.

Te recordarán como el asesino,
aborrecible estrella pop.
Nunca estarás en el salón fama de los blancos,

pero harás dinero y gloria
igual que los muertos célebres.

Charles Manson,
Señor del inframundo,
tu conciencia ya es
pájaro de fuego.
No comprenderemos nunca
la marca en tu frente:
esa patada de caballo negro.

Antes que pan
pedías una guitarra,
para cantar tu muerte a solas.

Tus amigos eran otros reos
que conociste cuando joven
en comunas hippie.

Charles Manson,
el mundo no estaba preparado
para tu obra radical.

Ya nadie puede tocarte
ni molestar con su ruido
tu sueño de niña del infierno.
El ácido de la videncia
te hunde ahora en el misterio.

Charles Bastardo Manson,
oficiante del ritual de sacrificios,
heme aquí ante tu ausencia
limpiando mis oídos
con tu canción de inédita cárcel,
donde hablabas a gritos

con diez mil ángeles.

Antes de ti ya había criminales,
de Jerusalén a California,
buscándose la vida
en este juego sucio.

¿Qué hubiera sido
si tu cuna no fuera
nido de serpientes,
y tu patria,
primavera atómica?

¿Y qué,
si tu inteligencia ardiera
en el traje de la CIA
o en el Partido Republicano?

¿Qué sitio ocuparías hoy, Charles,
acaso, junto a Nixon o Kennedy
o al lado del más hermoso Walt Whitman?

Pero, oh maldito holgazán, granuja,
habías nacido para estrangular gaviotas
y orinarte en la estatua de la libertad.
No hubieras durado en este nuevo mundo,
te habrías suicidado de aburrimiento.

Los niños que te seguían
hoy son voluntarios en campañas pro vida
o son los muertos que te buscan en el paisaje ocre
o los que te entierran diciendo:
—Murió el Grano en el Culo del Sistema.

Pero tu muerte ya era páramo de luces,

tu muerte había ocurrido años atrás,
en el momento en que planeabas
el ataque a la casa de Roman Polanski
o cuando tu madre llegaba ebria
y hervía El Odio en tu corazón,
en la estufa, en el cartucho.

Aunque no quieran ver
tu rostro bendito y lacerado,
han de saber que tu música,
oh Charles,
está por encima de tu pecado
y de cualquier censura.

Tu voz es una trampa
en la que caigo
como el adicto al pozo.

Tierno cuchillo en la madrugada,
te absuelvo,
de este mundo de espejos putrefactos.

MILLENIALS

Cuerpos celestes que pueblan el firmamento.

Indocumentados detenidos por agentes de la patrulla
del fin del mundo.

Esta generación también se asume
calles abajo, 25 años clandestinos,
luego se identifica trágica situación,
tener un empleo y renunciar a él,

querer comprar una existencia sin virtudes
con conexión wifi.

Aquí radica la diferencia, no es una hipérbole,
el Teatro o Peter Pan y el matrimonio.

Yo he ido luego presenciando
una VIOLENCIA
contra la VERDAD.

El diagnóstico es:
Muerte,
Incertidumbre,
volver a nacer
atrapados en medio del miedo.

VIII

Hoy llegó la sombra más oscura
y se posó en la barra, sin rostro.
Venía de una calle sin estrellas,
ciega
como los animales submarinos.

Ladró,
su voz era un hacha en reposo,
Hizo preguntas
que no tardaron en caer
al fondo del espejo,
sílabas de odio cortés.

Se incorporó,
era del tamaño de cualquier fobia.

En alta claridad sobreviviente,
seguimos nuestra vida de silencio
mientras la sombra se va,
(se queda)
chorreando por las escaleras
el germen de nuestra desdicha.

[de *Lecciones de Bar* (inédito)]

X

Mi padre nunca me llevó
a conocer el hielo,
puso en mi sangre
la sed voraz de los abismos
y se alejó volviendo
como la espuma cada tanto,
viejo y azul.

A los cinco años hurté su brandy
mientras dormía
y supe -con el gusto y el cerebro-
que su lugar era el retrete.

Mi padre es una tumba
que orina sangre y canta
el dolor añejo de los boleros.

A mis espaldas
se cierran las puertas del bar
como si se tratara
del funeral vacío y bochornoso
de un desconocido.

Cada quien su motivo
para ser devorado por la luna.

[de *Lecciones de Bar* (inédito)]

§

Gerardo Isaac García Hernández

Nacido en 1996. Pasante de la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas en la Facultad de Estudios Superiores – FES Acatlán de la UNAM. Fue parte de los comités organizadores en las 1ª y 2ª ediciones del Encuentro Nacional de Estudiantes de Lengua y Literatura Hispánicas (ENELLHI), celebrado en la FES Acatlán. Ha participado en los "Miércoles Literarios" —presidido por Óscar de la Borbolla—. Ha participado en el Foro Nacional de Estudiantes de Lingüística y Literatura (FONALL), en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades de la UASLP, en San Luis Potosí.

EI OCULI PULCHRI SUNT…

A Octavio Paz y
Montserrat Bedolla

Unos ojos culpables lloran
ágatas, lirios y sangre...
Ojos culpables que no se atreven a mirarme.
Ojos culpables de una fiebre que pudre almas,
saca sonrisas y escribe
con los cristales que salen de ellos una tonada
alegre.

Un par de ojos culpables que me sacan una sonrisa...

El mundo se resquebraja en la sonrisa del lirio araña,
la vida se trasluce en un mantel naranja
el cual envuelve al mundo en un sentimiento de melancolía.

Naranja, vida naranja, muerte naranja.
Mi vida, mi corazón, parecen fracturados.
Esto es suficiente, es bastante para mí.

Todo es la sonrisa del mundo, el mundo sonríe en el apetitoso banquete
de la muerte que a todos nos espera.
Vida: una fumarola, un cúmulo de niebla
mientras escucho a Rachmaninoff y Liszt.

Sonrisas, sonrisas, sonrisas.
Veo su sonrisa y deseo sonreír; la vida poco a poco
me pide que haga un tributo a mi vida,

a su vida,
a la vida de todos
los que habitamos este mundo,
las sonrisas de ella, de ellos, del que está a un lado mío
de quien no está.
De mi madre bajo tierra.
De mi padre muriendo.
De mi hermano.
De ella.
De...

Mi sonrisa, es su sonrisa que se calla, se apaga y no prende de nuevo:
las lágrimas que caen en la lluvia, en todos lados, son mis lágrimas
de ayer, de hoy, de mañana...

Hoy vi su sonrisa.
También se puede seguir vivo por una sonrisa.

SOBRE UNA PINTURA DE TOYEN

La calidez de las
Garras de un halcón sujeta
Mi decapitada cabeza.
Todo es un sueño.
Canto un oarystis para ti.
Egipánicamente, quiero
Liberar mi espíritu, pero
Una vigilia
Enterna me impide
Ver tu rostro.

Quiero dormir;
Deseo morir.

Pero los corazones negros
Tardan en escuchar el lamento
De la pobre ninfa
Que deseo sea Siringa.

La vigilia sigue sin dejarme
Ver tu rostro.
Tu sonrisa malcriada.
Tu sonrisa espumosamente
Venérea.
Y Siringa tararea la triste melodía de la muerte.

RETRATO

A Karla Gómez Torreblanca,
con amor.

Tus ojos de oyamel son profundos
Espacios donde me pierdo sin volver;
Quisiera me mirase tu rosicler
Único de sepia, luz de los mundos.

Imítate desde los inframundos
El alba puro, carmín sin resolver;
Refinada mueca, bella por doquier:
Orfeo, Procris, Dido errabundos.

Megara envidia el nácar puro,
Ultimo en la tierra; sólo tuyo,
Cual de Neptuno pulcro cristal duro.

Crisantemo purpura que al ver fruyo.
Hespéride de cabello oscuro;
Oro blanco: de tu odio huyo.

PENSAMIENTOS DEL POETA

Vivo, eso sucede…

En los últimos páramos de la noche las viejas brujas y las perras de la nostalgia, flacas, viles, sucias (putas) vienen a quitarme el sueño, las ganas de vivir, el ánimo de abrazar; las palabras (putas) no dejan de molestar como los mosquitos de la malaria y cuando quiero gritar líricamente se esconden cobardemente entre mi pensamiento y mi feneciente cuerpo. Putas... las palabras viven y quiero matarlas, quiero hacerlas mías, subyugarlas y que se alineen en formaciones alfa y delta. Sin embargo estas se resisten y los cantos desesperanzadores terminan en el limbo de los sueños, bañados en lágrimas y cal, con un olor a éxtasis, metanfetaminas y galletas saladas... la noche trepida y mis tiernos cariños expiran como lo hace un jamón sin refrigeración. Las metáforas son inútiles, la vida es un carretón de la basura. Mi "poema" aquí termina. Mi insatisfacción comienza.

§

Edgar Flores

San Luis Potosí, 12 de octubre de 1991. Ex estudiante de la Facultad de Letras de la UASLP. Ha participado en lecturas y talleres a cargo de los poetas Mario Alonso, Daniel Bencomo y Luis Alberto Arellano. Fue incluido en la antología *La permanencia del deseo. Cuento de diversidad sexual XIII*, convocada por la editorial Décima. Más que poeta se considera un prosista criado entre lo que considera *verse workers*. Actualmente labora como librero en una de las cadenas de librerías más importante del país.

Poemas

I

Comienzo hacerme a la idea
que un poema condensa
de manera que sólo sean
los
signos
necesarios
y la idea sea
exacta.
Ojo, esto no significa que lo realice
en mi cabeza *le hago al cuento*
y así me quiero quedar.

Si guardo o condenso
me censuro y es injusto
y lo injusto contrario a lo justo
no me agrada ¿a quién le agrada?
si pagan justos por pecadores
deseo ser de los malos
o no de los malos, mejor antihéroe
que están de moda, y son guay.

Lo que es horrible
es partir la prosa
operarla y volverla verso
mocharla y parcharla.

Pobre de la prosa que se tope
con exigencias estéticas de verso.

Haga patria y lea poesía
en prosa.

II

¿Y si la poesía contemporánea es un conato de raps?
sin loops *ni drum and bass*
pero harto punch *line* en el fondo
dando duro y a la testa
al mundo fuera de foco
que nos toca en cada parpadeo.
Un emcí modula y controla
la palabra se arremolina y dispara
a veces calla y no reconoce que pierde
¿Y si la poesía contemporánea es un conato de raps?
¿O viceversa?

¿DE QUÉ COLOR ES DIOS?

Mi madre tiene la certeza
Que no caminamos solos en el mundo
Que dios es el mismo en todos lados
Y sólo cambia de color y ánimo
Dependiendo quien lo invoque
y el medio por el cual se realice
el rito.
Por mi parte, alguna vez durante
un examen de la materia
Educación en la fe
Una de las preguntas era
¿De qué color crees que es Dios?
Tomé mi papel creador
Y no sólo le di color

Agregué forma, tamaño
Para mí dios un gran ventilador rojo
Que sopla cosas buenas y malas
Sin distinguir tonalidades

TRATANDO DE VER CÓMO SERÁ

Imagino a mi hija
Ángela
buscando su identidad
entre las redes de la tecnología.
Un poema hecho por mí
por así decirlo también es retoño mío.
Si llevo a mis hijos a una piscina
¿Cuál de los dos flotará sin trabajo?
Y ¿cuál pedirá auxilio?
Cambiemos la piscina
por un grupo de críticos literarios.

Sin duda alguna
el poema sufrirá críticas de éstos
y cambios de parte mía.
Y Leona los miraba fijamente
levantará su dedo medio y hará el saludo
que le he enseñado.
No existe lógica ni retórica
en la situación anterior.
Sólo quiero presumir lo hermosa
que es mi hija y su nombre endecasílabo.

Dulce María Villanueva González

San Luis Potosí, 1975. Sin obra publicada.
Licenciada en Ciencias de la Comunicación en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Los últimos 15 años se ha dedicado a trabajar en la docencia, primero en dos universidades tecnológicas (Dolores Hidalgo Guanajuato y en San Luis Potosí).
Actualmente es docente en la Preparatoria potosina de la Universidad del Centro de México.

2018, EN MÉXICO

En mi país la política muda sorda manca tuerta pesca a manos llenas.
Extingue mazorcas, poda la última hoja.
La política hace magia
un balón llora, brinca, suda, para, se acuesta y luego desgarra.
Los perros alcanzan los huesos, después de roerlos.
Las tijeras con aire en vuelo han roto el papel que envolvió una piedra.
La gasolina en silencio calcinó por lo menos 43 cuellos.

Si no ensayas la ceguera, en mi país, vales solo cero.

La política es una monja que se santigua en la catedral después de acribillar a
Jesús y al Cuervo.

EL VIERNES EN CLASE CON 405

Llueven preguntas.
Comentarios se despliegan integrándose uno a uno en el inmenso engrane,
contra la incertidumbre, cuidando el detalle.
Los dedos como en la marea se arrojan inquietos,
entonces, los ojos despiertos y atentos, evitan jadear para no perder la parte.
¿Qué hacen los pies?
retienen sonidos, repasan las gotas de la experiencia y logran
otro ensamble.
Atentos al ritmo, suben otro engrane.

Pero si un pie no logró la rima se inquieta
su demonio desgarra entre la niebla, suelta alaridos, blasfema y revienta.

¿Sería el sol?
Yo siento la tormenta reluciente, íntegra y despierta.
la líbido se agita en lambada como en cualquier día de esta estación
la espuma se vertió de igual forma en todos los pies
si ese pie es parte de la generación X, Y, Z o AF, da lo mismo,
en todas hay porros, pisto, mofas.
Tal vez fue el desodorante que no hizo clic con la piedra lumbre y se aplicó en balde.
Dicen que un cacharro te vuelve piedra.
No lo sé.

Porque el cielo no suelta la mano de ese pie ante sus tropiezos.
¿Por qué será entonces?
¿Qué turba su paz?
¿Qué para la inocencia y la espontaneidad?
No puedo entenderlo si yo he visto ángeles y me han subido a un bocho.
Y Se han posado en silencio, a mi lado
a mi pesar.

¿Qué será entonces?
Yo solo escuché un momento...

UN VOLADO

Eche un volado
¿Águila o sol?
Sol
¡Gane!
¿Un volado?
Sol
¡Gane!
...Á gui la?

Colores resplandecen frente a mí
saltan la cuerda, brincan con alas, corren.

En las escondidas mueven el diafragma
y todo a grises
sin retorno
en un charco maloliente
sin retorno.

El caballo se ancló en la catarata,
los dientes ya tímidos olvidaron llamar el nombre bordado de una sábana.
El calor de tus brazos congeló a los elefantes dormidos.
Fue el héroe que cayó sobre sus rodillas, derrumbando todo a su paso.
Con esto, voló el jabón, se escondió el enjuague, el reloj tortuga todo toqueteó.

No más baños de azares
solo el 3.1416 endulzará mi café.
Paisajes lejanos
todo a la vez.
Tenía yo 3 manos, todo a la vez.

Ni la bala, ni la cuerda, ni las píldoras
alejarán la tormenta de las tinieblas.

Serán más de mil años, y todo a la vez.

SOLO 5 RESPIROS, NO HAY MÁS

En sus últimos 5 respiros, el filamento aún destroza las tinieblas
arrulla esperanzas, esclarece dogmas, forma caligramas.
Yo he visto sus canas, son huellas tatuadas, con esfuerzo, con alientos y lágrimas.
Las arrugas en su cuello son testigos junto con el cielo de encuentros y sueños, es más,
de confianza.

Morfeo no se cansa de envolverlo en sus alas para darle calma.
Pero hay otros cuervos que no entienden nada
se comportan como una herradura clavada,

sí, incrustada en sus pies como espada en la llaga.
Estos cuervos no entienden que al filamento le llegó el cansancio, el pesar y el tiempo
se siente inseguro, le huye el respeto
sus ojos son tristes y cansados sus dedos.
Se ha vuelto invisible, tardado, con miedo.
Sí, este filamento tiene miedo de ser un costal que se vuelva obsoleto.
Por eso, embolsa dineros para esos cuervos
custodia sus crías
y se traga muy lento, las humillaciones sin ningún lamento.

Yo creo que este filamento en los últimos 5 respiros, solo quiere sentir en sus manos el mar,
el viento, su fruto y añoranzas.
Porque ya vivió desvelos, sufrió toda norma, trepo en las ramas.
Ya sintió el frío en su cara, en la planta del pie y hasta recibió fianzas.
Ahora solo quiere colorear sus memorias, catar a detalle el vino y observar labranzas.

El filamento de mi casa, sigue avanzando, pero a la par
toma notas, resuelve dudas y le echa ganas.
Ya resistió más de 70 navidades con carreras, con tropiezos y sí, ganó muchas canas.
No atrofiemos ningún filamento, dejemos que vivan con paz su tiempo.

§

Sergio Velasco

San Luis Potosí, 1990. Sin obra publicada.
Estudió Economía en el Instituto Tecnológico Autónomo de México. Ha participado en el Taller de Creación y Crítica Poética del Instituto Potosino de Bellas Artes (IPBA), el Taller del Centro de las Artes (CEART), impartido por Luis Alberto Arellano y Daniel Bencomo; y el Taller de Tertulia y Creación Poética en Arteria Casa Cultural, impartido por David Bendicho.
Actualmente vive en San Luis Potosí, donde trabaja su huerto ecológico y una comercializadora de productos mexicanos artesanales.

PÚCHALE PLAY

¿Quién no ha actuado
como si todos anduvieran
igual de puestos que uno mismo?
Estamos en un solo escenario
el juzgado mira atentamente
siempre nosotros
colgados de la misma cuerda
que sacrifica al vecino
nos balanceamos ordenadamente
buscando algo
que nos haga sentir
menos vivos.
Pero espera,
a cada quien sus drogas
causan inigualables cortocircuitos
fuegos artificiales
visiones multicromáticas en HD
noches geométricas que estallan
en fragmentos de una realidad
ya de por sí bastante escandalosa.

Hagamos un brebaje,
veamos si descubrimos
el poder del vacío:
sin dejar de menearlo
agrega a la licuadora
chingos de ruido
presiones orto-sociales

harto-críticas fulgurantes
disparos de salva al firmamento
mundos virtuales
me gusta
no me gustas
autoclave para el cerebro
pasteurización de tus neuronas
cianuro suicida en tu muela izquierda
tiza blanca para esponjar los ojos
combustión interna
sin gasolina ni expectativas
marcha atrás sin meter reversa:

seguir viviendo
en la inercia
de un grano
de café girando
en el molino
girando
en la tierra
girando
en el sistema solar
girando
en la galaxia
girando
por el universo
girando.

Púchale play, wey
mira tu vida girar
destrozarse
contra el pavimento
deja las aspas mallugar tu carne
len
ta

men
te
sucumbir a la inercia
dejar de pensar en tu mente
picar el suelo en busca de alimento
escupir al aire y buscar los fragmentos
que golpean tu cara
pulverizan tus huesos
trascender
en una masa viscosa
tu carne llagada
colapsa y se la llevan lejos.

Púchale play, carnal
no hay pedo
al cabo que hay wi-fi.

UN SABROSO SASHIMI DE PERCEPCIÓN

Todos vivimos
en nuestro propio mundo
iconográfico:

rebanadas de un sabroso
sashimi de percepción

incauto marinado
en su propio reflejo

destellos de luz condimentados
que transforman la realidad en alucinaciones propias
de un teporocho en domingo

salteado a las brasas
con trozos
de sentimientos amorfos
y desmembramientos sociales:

todos quieren un pedazo de aquello
que sabe diferente a su hueso.

INSTRUCTIVO PARA UN HERMOSO ATARDECER URBANO©

Ingredientes*:
Trescientas mil latas de ruido para llevar.
Cinco paquetes de largos caminos (no es necesario contar con sentido).
Una pradera envuelta en celofán.
Un manojo de nubes frescas.
Un atardecer rojo, 25 minutos de duración.
Una conserva de horizonte en hollín.
Tres frascos de luciérnagas digitales.
Quinientos ochenta y ocho árboles en paquete mixto, listos para transplante.
Diez transeúntes perdidos.
Cien toneladas de smog, entrega a domicilio.
Trescientas treinta y dos mil casas de fabricación en serie.
Una mirada vacía.
*No se garantiza pureza ni calidad intrínseca de ninguno de los materiales.

Instrucciones*:
Mezclar los ingredientes al azar treinta minutos antes del ocaso: mientras mayor sea el caos, más real resultará su Hermoso Atardecer Urbano©. Agite con paciencia mientras considera la angustia que se forma en su interior. Espere a que surta efecto y disfrute del panorama.
*Garantía invalidada en caso de no seguirlas puntualmente.

§

Bertha María Inzunza Choza

Sinaloa, 1994. Licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma de Aguascalientes.
Ha publicado *Los campos no elíseos*, Premio de Poesía Joven Alejandro Aura (2015). Parte de su obra se recoge en antologías y revistas impresas como *La Catrina* y *Tierra Adentro,* así como en portales de internet dedicados a la literatura, entre los que destacan *Círculo de Poesía*, *La Otra Revista* y *Otro Páramo*.
Sus poemas han sido traducidos al árabe, al francés y al chino mandarín.

TU EDAD AL SOL

Mi padre ha comprado frijol de toda variedad.
Los mezcló para ver de cerca su belleza olvidada.
Mi padre ha puesto el frijol ante el calor del sol.
Les ha pintado con barniz para que no se llenen de polilla.
Puedo imaginar perfectamente la escena.
Mi padre y su piel de frijol negro, su cuello de frijol al mediodía.
Mi padre agachado, untándole barniz a los frijoles
como quien unta pomada a un hijo enfermo.
Así, sin prisa, mi padre un par de horas ardiendo.
Mi padre arde más que el sol.
Nunca se comería algo que ha amado tanto.
Después de la silenciosa parsimonia,
me manda una foto de su mundo de frijoles regado,
contraste de la túnica blanca.
Unos simples frijoles, diría cualquiera.
Son semillas de vida, me dice en la fotografía.
Qué pura es su edad al sol.
Qué sincera, qué simple su edad.
Dios, enséñame a verte en cualquier sitio.

HERENCIAS

De familia en familia
se heredan los amores.
El amor a la vainilla,
a la espuma del mar,
a la sal de grano,
a la crema corporal con aroma a cedro.
Se hereda el odio.

Se hereda la furia,
la lengua de la madre,
y el acuerdo.
Los secretos se guardan hasta la tumba, y después de ella.
Se heredan los nombres, los gestos,
se heredan los ojos tristes
(todos mis órganos tienden particularmente a la tristeza).
Se heredan las casas, los terrenos,
la misma tierra pasa de mano en mano,
de puerta en puerta,
de corazón en corazón.

LA MARIPOSA QUE INVENTÓ LOS DEDOS

De labios del Viejo Oriente
nació la leyenda de la mariposa que inventó los dedos.
La historia cuenta que en un principio
los amantes podían tocarse sólo con la palabra.
La costumbre de usar guantes todo el tiempo
los había hecho olvidarse del tacto.
Un día estaban dos amantes jóvenes en un temprano bosque,
buscando hacer el amor diciéndose poemas.
De pronto una mariposa se posó en la piel de la mujer,
y la tocó tan profundo que la hizo ver en un segundo
todos los soles y las lunas que se han posado sobre la tierra.
La mariposa tocó también al novio,
y su tacto fue tan leve, tan exacto
que le recordó el olor del pecho de su madre
cuando lo amamantaba.
Ellos conocieron el poder de la mariposa
y lo buscaron en su propio cuerpo,
encontrando que su parte más frágil eran los dedos.
Desde entonces, todos los amantes lento se tocan
para no decir en voz alta la palabra “amor”.

EN LA PIEDRA UN CORAZÓN

A veces dios se equivoca,
digo, a todos nos pasa.
Pone la flor en la frente,
o el nopal en las manos.

El río desnudo, la mujer pariendo lunas.
Cambia las tierras de lugar
y nos acuesta en el regazo de un cerro.
Los pies en la espalda,
o en la piedra un corazón.
Adiós. A dios. ¿A dios quién lo perdona?

Daniel Wence

Plaza del limón, Michoacán. 1984. Egresado de la Facultad de Letras de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
Es autor de *Nada de Incrustaciones* (Fondo Editorial Tierra Adentro-Conaculta. 2010), *Astrolabio de astronauta* (Sueño Colectivo, Espacio Libre y la Ciudad de los Violones. 2012) y el Ebook *Notas de Atar*, presentado en el XI Jazztival de Morelia. Dirige, junto a Leonarda Rivera, el Encuentro Nacional de Poetas Jóvenes Ciudad de Morelia. Ha colaborado en publicaciones nacionales e internacionales como *Oráculo*, *Tierra Adentro*, *Revista Cronopio* o *Vozquemadura* y fue miembro del comité editorial de la revista *Clarimonda*.
Desde 2012 se forma y trabaja como Educador para la paz y los derechos humanos con perspectiva de género, a través del Colectivo de Educación para la Paz.

B)

Entro a tu habitación:
deshabitada.
Subo a tu cama:
tendida.
Paso a tu baño:
pulcro.
Huelo tu ropa:
estéril.

Usa tu cubrebocas para incidirme
tu bisturí será tu aliento, filoso,
y tu bata un fetiche que llevo en el clóset
de mis parafilias por años.

Nuestra vida se parece a una camilla que avanza.
Mi madre y tu madre se fusionan, amorosas.
Todas las madres en un racimo.
Y mi padre.

Los pasillos se llenan de familiares
todos saltando de trenes
el tren de las madres no sabe sobre sangre
ni sobre madres ni sobre amores o células
ni sobre culos que habremos de limpiar,
ensalivados.

No sabe sobre omisiones.

C)

I can't afford to be afraid
i will jump for joy
everyday
The Shivers.

Ay, qué hermosa la hora
tu café, tus frutos, todo
sentado sobre mi regazo
qué hermosa la hora.

No puedo permitirme sentir miedo.

Todo poeta, todo enfermo
debe tener un enfermo y un poeta
sobre el colchón limpísimo
tendido y célibe: temores.
Todo poeta.

Me llevarás, prometes
adonde está mi padre.
Hablaremos de tus lujos
de mis faltas
de nuestra despedida amarga
moribunda
espléndida.

Hablaremos de tu diámetro
como una invitación a desahuciarme.
Acepto.
Me inserto.
Mi diámetro, negro.

Aceptas.
No se piense en obligaciones,
no en consuelos.
Los diámetros están para recorrerse.

Y me inserto, yermo
quiero reproducirme contigo
que sea mi semilla la génesis de nuestra progenie
que tu cuerpo germine, florezca, sane.
Escúchame: deja tus manos marcadas como una firma.

D)

Recuerdo soñabas desnudo.
El hueso de tu rodilla saltaba exagerado
virtuoso.

Yo fumo mientras él baila
yo fumo mientras él me cuenta
cómo lo asesinaron:
su madre lo abrazó como si fuera su pequeña nena
le acarició las cicatrices
las hermosas costillas.

Me vuelvo loco,
fumo, me excito.

Él danza para mí una historia
cuya sangre no sigue ninguna ruta,
nuestros tumores se suspenden en el aire
en el ambiente arrabalesco
y aspiramos, aspiramos
para tendernos uno sobre el otro.

Este
tercer Dossier
de la Revista IMÁN, de la
Asociación Aragonesa de Escritores,
se terminó de componer en Pueyo de Marguillén
el día 18 de noviembre de 2018, sesenta y seis
años después de la muerte del poeta
Paul Éluard.

ASOCIACIÓN ARAGONESA
DE ESCRITORES